

[Capítulo I

Breve historia del tema del petróleo en la novela venezolana]

Cinco años antes del comienzo de la producción del primer pozo petrolero exploratorio (Zumaque N^o1, en el Estado Zulia), Ramón Ayala A. ofrece en su novela *Lilia* (Caracas, 1909) tal vez la primera mención en obras del género de la riqueza petrolera de Venezuela.

Para entonces, la historia del petróleo en Venezuela se reducía a los relatos tradicionales del uso que del Mene hacían los indígenas de la costa del Lago de Maracaibo, en aplicaciones prácticas a modo de impermeabilizaciones. A vagas alusiones al empleo semejante, en el calafateo de barcos, que de él hicieron conquistadores españoles. A las referencias a las incursiones, con frecuencia por la fuerza de las armas, de piratas ingleses y franceses del siglo XVII, al Lago de Maracaibo para apoderarse de asfalto para calafatear sus barcos (estableciendo desde el comienzo la rapiña en la historia del petróleo de estas tierras). Y los datos más cercanos relativos a la primera explotación comercial y refinación en 1878 en el Distrito Rubio del Estado Táchira por parte de la Compañía Petrolia del Táchira, integrada por empresarios nacionales y dedicada a la explotación de un lago de asfalto y a la realización de mínimas perforaciones; a las primeras concesiones de considerable extensión para la explotación de asfalto otorgadas a solicitantes venezolanos y referidas a los estados andinos, Zulia, Guárico y Falcón; a la presencia directa de compañías extranjeras, como la inglesa Val de Travers Company en el Estado Monagas, y la norteamericana New York and Bermúdez Company explotadora del lago de asfalto más grande del mundo: el lago de Guanoco, en el Estado Sucre (compañía, dicho sea de paso, que encarna tal vez la primera intervención petrolera descarada en la política nacional con el propósito de derrocar

un gobierno,¹ a las primeras concesiones de amplias zonas otorgadas a venezolanos y de inmediato compradas por compañías extranjeras², para las cuales ellos sólo sirvieron de intermediarios.

Ayala no percibe aún la problemática petrolera que se va concretando con peso cierto en la realidad nacional, y se limita a señalar la existencia de gigantescas *minas de asfalto*³ como uno de los más grandes recursos naturales inexplorados en el país. Así, cuando salen embarcados rumbo a Trinidad, en escapatorio exilio ante las contingencias políticas, Juan anima a Carlos a tener fe en la capacidad de desarrollo de Venezuela en el futuro, a base de sus múltiples riquezas naturales:

... sus minas de oro, de cobre, de hierro, de asfalto, estas últimas las más gigantescas de la tierra, están clamando por la mano de la civilización. (p. 114).⁴

Y en esta enumeración se advierte una esperanza, donde el soporte central lo constituyen esas gigantescas minas de asfalto; que, por cierto, como anhela el autor en interesante visión de porvenir, no tardarán en recibir no sólo la mano de la civilización, sino también –por desgracia– de la desmedida explotación, en diversos sentidos del término.

El mismo Juan precisa que todo es necesario preservarlo y aprovecharlo para el bien del país como defensa continental ante los apetitos yanquis:

... mas llegará la hora de la reconstrucción patria, que así podremos contribuir a dar fuerza al abrazo en que deben estrecharse todos los pueblos latinos del continente, ya que el águila del norte nos asecha, con más avidez y aun más de cerca, que los buitres siempre hambrientos de la Europa conquistadora... (p. 115).

Y aquí, de hecho, Ayala –que había vivido en Estados Unidos, exilado por el gobierno de Castro– está fijando un vínculo que habría de ser definitivo en Venezuela: el petróleo y el pico voraz del águila del Norte. Hecho para él natural y directo, pues la prevención ante las pretensiones del imperialismo yanqui –comprobada para aquella época en la historia cercana– fue actitud bastante generalizada entre los escritores progresistas de la época en toda Hispanoamérica; quienes, más que sus semejantes liberales de la actualidad, parecen haber tenido públicas posiciones pa-

trióticas de raíz nacionalista. Además, era un temor basado en la práctica, una amenaza tan actuante como lo es ahora. Son las actitudes las que han variado; la amenaza no sólo existe, sino que se ha plantado como realidad cumplida.

En 1912 aparece (aparentemente en Caracas) la novela *Elvia*, de Daniel Rojas; representando ya una incorporación considerable de temas y situaciones concretas derivados de los comienzos activos de la explotación petrolera y sus manejos dolosos, dentro del asunto general que mueve la trama sentimental novelesca, la creación superficial de personajes y un interesante propósito de reflejar ambientes caraqueños.

Para el momento de la publicación de *Elvia* no se han producido significativas modificaciones en el estado de cosas petrolero ya señalado con respecto a 1909, año de edición de la novela *Lilia* de Ramón Aya-la. Pero Daniel Rojas avanza sensiblemente en el camino de la denuncia de las depredaciones de los yanquis en materia petrolera, al presentar detalles del modo pirático en que intentan apoderarse de una zona rica en yacimientos. *Elvia* se desarrolla hacia los años finales del segundo gobierno del general Joaquín Crespo, época en la cual el comercio de exploraciones y explotaciones petroleras era aún muy incipiente. Parece claro que Rojas incorpora a la acción novelesca experiencias vividas por el país en los años que median entre el momento histórico que da marco al libro y su fecha de aparición.

En *Elvia* se encuentran menciones –semejantes a las de la novela *Lilia* de “lagos de asfalto” y “mina de asfalto”⁵; pero igualmente ya se habla de “petróleo” al parecer por primera vez–, por cierto a propósito de una de las preocupaciones centrales de la novela: la voracidad imperialista de Estados Unidos y su plan de anexiones y dominios económicos, el cual es entrevisto, a manera de angustiosa pesadilla, por don Roberto, y que comporta claras y concretas aspiraciones relativas a Venezuela:

En esta última, un tanto esquiva a nuestro afecto, debemos doblar la actividad para obtener la explotación de sus selvas, la apertura de canales, concesiones fluviales, propiedades de asfalto y petróleo y la navegación del Orinoco. (p. 108).

Por cierto que los temores de Rojas con respecto a los apetitos petroleros, entre otros, de los yanquis, se fundaban en la práctica y en hechos ya casi totalmente cumplidos, y que, por desgracia, hacían inoperan-

te el calificativo de “un tanto esquiva” ante los Estados Unidos para Venezuela, al menos en lo que a gobierno se refiere y en especial con relación a la época de aparición de la novela, ya en plena dictadura gomecista. Pero aun con respecto al período histórico en que ocurre la acción de la novela, el gobierno de Crespo, las circunstancias políticas hacen valederas sus alarmas, pues los vecinos continentales del Norte no sólo ejercían presiones, difundían apetitos y ganaban autoridad sobre los países, del Sur, sino que además lo proclamaban de la manera más rotunda.⁶

Concretamente en lo que hace a la trama de la novela, será el descubrimiento en su hacienda de los Llanos de una “mina de asfalto”⁷, lo que dará al joven Enrique Bustamante perspectivas de hacerse rico, salir de sus diversas deudas y aspirar con decisión a la mano de su amada Elvia. Pero no bastará todo su entusiasmo para dejar de oír y seguir el consejo de Pedro, encargado de la hacienda y descubridor de la “vasta extensión bituminosa”, basado en la experiencia de la atracción ejercida por los codiciados yacimientos y las amenazas de los ansiosos extranjeros:

... Por eso quiero que no perdamos tiempo y vayamos los dos a verla para acusarla pronto, no sea cosa de que algún *musiú* o algún personaje del gobierno se entere y nos la quite con cualquier pretexto. (p. 128).

Sin embargo, las prisas de Enrique no bastaron. Aun después de hecha la acusación legal de la “mina”, el mercader petrolero yanqui John Smith —de intencionado nombre masivo— tendría un recurso para aprovecharse de la excesiva buena fe del joven: lograr su firma del documento de venta sin la entrega inmediata del dinero. En efecto:

Mr. Smith propuso a Bustamante comprarle la mina por ciento cincuenta mil pesos al contado y el veinticinco por ciento del producto líquido. (p. 136).

El futuro suegro del joven expresó con toda claridad sus reservas al caso:

—Ojalá, amigo mío —dijo el señor Díaz—, ojalá salga bien, porque con los yanquis ni al cielo. Debemos procurar no hacer nada con gente tan peligrosa, ponerle moralmente una especie de murallas chinescas que nos eviten

en lo posible su estrangulante contacto, al menos durante el tiempo necesario para que lo neutralice bien la influencia europea y nosotros podamos ser personas de respeto por el progreso y por la confraternidad de todos los Estados Suramericanos. (p. 135).

Pero, a pesar de sus bien fundados temores —rematados con unas vanas esperanzas, muy difundidas en la época como un refugio ante las ambiciones yanquis, de un contrapeso ejercido por países europeos, sin ver en ellos también apetitos imperialistas—, don Roberto acaba por dar su aprobación a la oferta de compra, por cierto con interesantes argumentos no desprovistos de realismo:

Don Roberto encontró la oferta muy aceptable, hasta por no existir en el país dinero ni vías de comunicación regulares para explotar nuestras riquezas espontáneas, y por vivir pendientes, como ahora de que los movimientos revolucionarios detengan o arruinen las empresas criollas, lo cual da al extranjero dobles derechos y ventajas. (p. 136).

El engaño tiene lugar; pues, en el momento de la venta⁸, cuando Enrique firma el documento correspondiente sin recibir en el acto el dinero. Smith parte de inmediato para Nueva York, y envía a otro aventurero, Morgan —de nombre no menos significativo—, para explotar el yacimiento.

Ahora, en vista de las protestas del joven y de sus intentos de defensa jurídica, los petroleros recurren a un viejo procedimiento en el cual poseen, indiscutiblemente, experiencia: logran hacer aparecer a Enrique como implicado en un movimiento conspirativo contra el mandatario de turno. Enrique va a la cárcel y luego al exilio.

Sin duda éste pareció a Rojas un final muy violento para una novela de asunto amoroso. Aunque tal vez también sabía que era un final muy realista. Pero el elemento sentimental pedía otra cosa; y así, a fin de cuentas, el juicio es ganado por el joven, que logra demostrar los malos manejos de Mr. Smith y compañía. Pero, con todo, Rojas no olvida que vivía en la época de los reclamos de “indemnizaciones” de las grandes potencias sobre los países hispanoamericanos, y en particular con relación a Venezuela, y remata el caso dejando abierta la demanda amenazante de los petroleros que no se dan por vencidos:

Mr. Smith escribía desde New York que si perdía en los Tribunales de Caracas, su gobierno pensaba revisar la sentencia en la Corte Superior de los Estados Unidos, o invocar ante la Administración de Venezuela los servicios que le prestara en recientes años, para que reconociera los derechos de Mr. Smith, o se le indemnizara debidamente. En efecto, pocos meses después de la sentencia, llegó una insinuación diplomática con reticencias imperativas, para que Venezuela pagase a Mr. Smith cien mil dólares por denegación de justicia! (p. 1741-75).

Del mismo modo, tampoco da Rojas por terminado el asunto sin ofrecer —por boca del personaje más decididamente antiyanqui— un pintoresco, agudo y exacto retrato de los invasores petroleros:

—Son los jesuitas del comercio político, que principian por llevar una máquina de escribir; por ejemplo, a un país, y luego se quedan con éste para defender los intereses creados por la máquina. (p. 139).

Cuatro años después del comienzo de la explotación petrolera en escala comercial, publica José Rafael Pocaterra su novela *Tierra del sol amada* (Caracas, 1918). Para entonces han ocurrido hechos de marcada importancia, transformadores de las perspectivas de la industria del petróleo en Venezuela.

En efecto, se había otorgado en 1912 la gigantesca concesión Valladares (doce estados y el Territorio Federal Delta Amacuro), de inmediato adquirida por la Caribbean Petroleum Company (ahora del grupo Shell), que comportaba el derecho a denuncios de explotación hasta por sesenta años⁹. De otra parte, en la zona de Guanoco, Estado Sucre, la New York and Bermúdez Company había empezado en 1913 la explotación de petróleo, determinando el surgimiento del más antiguo campo petrolero productor de Venezuela. Finalmente, en 1914 la Caribbean Petroleum Company puso en actividad el primer pozo petrolero de gran importancia: el Zumaque N^o 1, en el Distrito Baralt del Estado Zulia; señalando al mismo tiempo el descubrimiento del campo de Mene Grande, el más antiguo de la región zuliana y uno de los más ricos de todo el país. La significación especial de este hallazgo y de este primer auge en la producción ha establecido que las compañías tomen, para su historia oficial, ese año de 1914 como fecha de iniciación de la industria petrolera en Venezuela.¹⁰

Sin embargo, a pesar de estos hechos y de la circunstancia más particular de desarrollarse la novela *Tierra del sol amada* en Maracaibo, al borde del Lago que empezaba a identificarse como una de las zonas de mayor abundancia petrolera en todo el país, Pocaterra no dedica atención especial al tema. La acción novelesca ocurre ya avanzada la primera guerra mundial: podría situarse hacia 1916 (la obra viene fechada: "Maracaibo, 1917-18").

Pero el interés del autor se orienta hacia la pintura crítica y satírica de la vida social de la capital marabina, con sus tipos característicos, sus prejuicios aplastantes, sus intereses creados y nacientes, sus vicios e hipocresías.

La presencia del tema petrolero en *Tierra del sol amada* se limita a dos o tres páginas en las cuales Pocaterra desarrolla por primera vez la idea después repetida en otras novelas del nuevo "conquistador", haciendo un paralelo entre el inglés y el yanqui de ahora y el español del pasado.

El primer momento es la llegada de los nuevos "españoles", armados de extraños aparatos y dedicados a sentar marcas incomprensibles:

Ya la ranchería cayó a golpe de invasión: un día algunos "españoles" montaron sobre tres patas largas, de ave zancuda, un aparato oscuro, una especie de garza grotesca con ojos de cristal; dibujaron algo, fijaron a lo lejos una vara llena de jeroglíficos negros y rojos y entraron en la selva por donde ellos abrieron picas inverosímiles, y recorrieron la ribera a lo largo del curso de las aguas y salieron luego en la llanura, fijando estacas, encerrando en ellas la montaña, la sabana, el río paternal... (p. 83).

Pero todo no quedaría allí. Después vendrían los otros nuevos conquistadores, los que perforarían la tierra para extraer no un simple jugo del subsuelo, sino un verdadero *oro líquido*, aunque su color no fuese dorado sino negro o parduzco. Es importante hacer notar esta caracterización porque revela de parte del autor una clara conciencia del valor económico de esta riqueza del seno de la tierra, lo cual da mayor énfasis a su protesta ante la nueva invasión:

En lo adelante irían por allí otros "españoles" abriendo caminos, removiendo piedras, perforando la tierra desde lo alto de torres fantásticas, extrayendo el chorro fétido, rico de grasas, el oro líquido convertido en petróleo... (p. 83).

Paralelamente, al destacar la condición más cruel y avasalladora de los conquistadores sajones, plantea Pocaterra el problema real del desalojo de los tradicionales pobladores de las tierras ahora dominados por la caravana petrolera y de la subsecuente emigración:

Estos, más duros, más crueles, más invasores —más “blancos” también— eran peores que los otros, que los primeros, a los cuales bastaba ceder el lindero de un conuco y la guaricha hermosa... En cambio daban aguardiente, abalorios, un fusil brillante... Ante éstos de ahora han tenido que huir, selva adentro, remontando el ribazo del río, abandonando las trojes, cada día a una más remota jornada... (p. 83-84).

Aunque Pocaterra refiere su idea de la nueva conquista al caso particular del indígena de la zona de Maracaibo —el goajiro, sin duda—, es evidente la simbología general, aplicable a toda Venezuela. Es el mismo sentido absoluto de sus fatales palabras finales sobre el tema, especie de profecía que revela su interés y su angustia sobre el caso; profecía cumplida y preocupante:

La incursión sajona seguirá, metódica, implacable, con oro, con máquinas, con fusiles, río arriba... (p. 84).¹¹

Cuando aparece la novela *La bella y la fiera* (Madrid, 1931) de Rufino Blanco Fombona, se han operado cambios totales no ya en las perspectivas, sino en la realidad de la industria petrolera en Venezuela. No en vano han pasado trece años desde la publicación de *Tierra del sol amada*. La transformación es tan radical que ya puede hablarse de una *economía petrolera* y de un *poder político petrolero*.

En este lapso previo a la quinta obra novelística de Blanco Fombona, las modificaciones ocurridas en la explotación del petróleo en Venezuela pueden considerarse definitivas, y no sólo en cuanto al auge de producción, sino igualmente en lo tocante a repercusiones económicas y políticas en la vida nacional. Los hechos son de extraordinaria significación. Así, en 1917 se inician las exportaciones petroleras, dando comienzo a la que habría de ser en poco tiempo fuente principal de ingresos para el país. La economía venezolana dependía esencialmente de la agricultura y a esta rama se dedicaba el gran conjunto de la población activa.¹² El petróleo no era aún factor dominante. Sería necesario que llegase el año de 1922 para que de manera definitiva se marcara el comienzo del gran cam-

bio. En efecto, en diciembre de 1922 se produjo el primer “reventón” fabuloso de petróleo en el pozo “Los Barrosos N^o 2”, del campo La Rosa (Estado Zulia), que se convirtió en una especie de surtidor incontenible durante nueve días, arrojando unos cien mil barriles diarios. El hecho atrajo la atención del mundo petrolero sobre Venezuela, y en particular sobre la zona. Puede decirse que ese “reventón” fue una señal y fue un señuelo: reveló las riquezas petrolíferas del país y atrajo las voraces apetencias de los grandes círculos financieros internacionales de modo decisivo. Es la época del comienzo de la gran locura del petróleo: siete años después del “reventón” de Los Barrosos, en 1929, setenta y tres compañías buscaban afanosamente petróleo por separado.¹³ Es el período de consolidación de los capitales petroleros extranjeros en Venezuela y de su consiguiente dominio efectivo. Ya puede decirse que los acontecimientos políticos nacionales giran en torno al petróleo; que la dictadura de Juan Vicente Gómez se afianza a la sombra de las grandes compañías petroleras; que la política internacional venezolana está determinada por los intereses de los grandes *trusts* petroleros mundiales, fundados sobre capitales ingleses, holandeses y norteamericanos. De otra parte, el cambio no tarda en hacerse sentir en la economía del país “hacia 1926 el café es desplazado por el petróleo en la primacía de la exportación”.¹⁴ Mientras tanto el auge sigue sin cesar: en ese mismo año de 1926, en que Blanco Fombona empieza a escribir *La bella y la fiera* (la novela viene fechada en: Madrid, 1926-1927 y Clos Simón Bolívar, Toulouse, 1929), surge otro campo petrolero en la costa oriental del Lago de Maracaibo, Lagunillas, que en poco tiempo se convirtió en el principal de toda Venezuela.

La significación de esta obra de Blanco Fombona en la evolución del tema del petróleo en la novela nacional es destacada, por cuanto introduce vitales aspectos para la justa y profunda visión política y social de la cuestión. Si bien la presencia del tema se limita a los ocho breves capítulos de la *quinta parte* de la novela, la novedad del asunto y la penetrante caracterización de elementos básicos, conceden valor extraordinario.

De un lado se encuentra Juan Vicente Gómez, el dictador multimillonario que incluye entre sus posesiones “Lagos de petróleo” (p. 856), y del otro quienes lo sostienen, hombres con “cuentas corrientes y acciones que se cifran por millones de dólares, por millones de libras y por millones de florines” (p. 838). Pero Blanco Fombona no sólo establece el vínculo entre el dictador y el poder petrolero que lo mantiene, sino que

además sabe destacar por encima de todo la significación del yanqui en todo esto, preponderancia que ya era una realidad en la época:

Amo de vidas y haciendas en su país, busca fuera, ya que no puede dentro, un señor a quien servir; y se ha puesto a las plantas de los Estados Unidos a quienes vende el país, retazo a retazo, y las riquezas nacionales, día tras día ... Los Estados Unidos, a su turno, lo sostienen en el poder contra los nacionales que no piensan que aquel oscuro Nerón sea el gobernante ideal para una democracia. (p. 862).

Al presentar diversos aspectos de la situación políticosocial del país, el autor describe un campo petrolero como una región “distante, gris, calcinada por un sol tórrido”, donde “se levantaban tiendas, barracas, casucas provisionales” y va en seguida al planteamiento directo del sentido económico profundo de la cuestión:

Es una región del petróleo, es decir, para los trabajadores, uno de los infiernos de aquel país, y para los millonarios y sus agentes, uno de los paraísos de la tierra. (p. 838).

Pero donde Blanco Fombona logra especial significación y claro impacto es en la descripción de un conflicto reivindicativo entre los trabajadores que demandan aumento de salario y los directivos de las compañías extranjeras, que lo niegan. De allí pasa a plantear por primera vez en la novela venezolana una situación de huelga petrolera que tiene además una salida sangrienta donde muestra su complicidad el régimen de gobierno imperante en el país, las “autoridades”, que no tardan en desencadenar su fuerza represiva. El pasaje es vivo y penetrante:

¿Qué ocurre aquella mañana que los obreros no parten como suelen, hacia los pozos y campos de petróleo, al golpe de las siete campanadas que caen de las torres católicas? Los obreros han pedido un miserable aumento de jornal, y aquellos hombres rubios, de ojos azules, aquellos hombres que tienen en los Bancos y empresas de Nueva York, de Londres y de Amsterdam, cuentas corrientes y acciones que se cifran por millones de dólares, por millones de libras y por millones de florines, se lo han negado.

Tres hombres pelirrojos, con cascos de corcho, vestidos de blanco y con quitasoles blancos, reciben, a la puerta de su casa, muy repantigados en su poderoso Roll, la última Comisión de los obreros. Por la primera vez, los tres hombres rubios y barrigones están de acuerdo. Sólo tienen una respuesta, dividida en tres:

El inglés dice:

—No.

El yanqui dice:

—No.

El holandés dice:

—No.

Y corren veloces hacia las autoridades. Poco después de un cuartel parten piquetes de tropa. (p. 838).

La situación llega al climax con la lucha sangrienta entre las dos fuerzas enfrentadas. Los soldados, obedeciendo órdenes de las compañías petroleras, acribillan a los huelguistas y los persiguen cuando van en desbandada... El gobierno se siente satisfecho por el buen servicio prestado a sus poderosos aliados internacionales, y se ocupa entonces de inventar una justificación política interna para sus desmanes criminales:

Ha sido una buena jornada para el monstruo. En la noche, los periódicos hablan de una revolución comunista debelada por la energía del impertérrito “general”. El cable transmite la noticia al mundo. Agencias de información, al servicio de los capitalistas, de los imperialistas y de jefes de Estado como don Tiberio Borgia, confirman el atentado comunista y recuerdan sin ironía el lema de don Tiberio: “Paz y Trabajo”. (p. 839).

Por último, en el tono de sus habituales salidas satíricas —de marcados y expresivos perfiles—, Blanco Fombona proyecta el asunto hacia el vasto campo de las lisonjas que los satisfechos petroleros prodigaban al dictador Gómez; como una representación extrema —culminante en su momento, pero también viva hacia el futuro— del contubernio sin recato. De allí que la nota humorística no deje de ser amarga:

Un contratista inglés, personaje petrolífero, con ínfulas y apoyos oficiales, lisonjea al monócrata irresponsable y bárbaro en esta forma pintoresca:

—Yo estar mocho descontento de sus pisanos, Général. Yo escochar mocho comparación Général con Bolívar. Este mocha injusticia parecerme a mí. ¿Cuándo Bolívar hacer tantas carretas ... tantas carriteras? (p. 863).¹⁵

En el mismo año de 1931 aparece en París la novela *Cubagua*, de Enrique Bernardo Núñez, obra de original factura, de reconstrucción histórica urdida en dos planos distantes y a la vez comunicantes por correspondencias de temas y personajes: el período colonial y la época contemporánea a la publicación del libro.

Para el rastreo de la huella petrolera, *Cubagua* ofrece algunos puntos de referencia. En primer lugar, una alusión al atractivo de los campos petroleros para los trabajadores de zonas lejanas, en este caso la Isla de Margarita, y en especial para aquellos que se encuentran sin ocupación o sumidos en la miseria:

La perla es la vida de todos. Pocos días antes los trabajadores de Margarita solicitaron la apertura de la pesca antes de que el *turbio* dañase los ostrales. No caía gota de agua en la isla. Las labranzas quedaban abandonadas y los que podían emigraban a los campos de petróleo o al Orinoco. (p. 24).

De otra parte, la novela muestra, con relación al petróleo, un claro ejemplo del doble plano histórico que la compone. Así, Cedeño hace referencia a la existencia de yacimientos petrolíferos en la Isla de Cubagua, y de inmediato la mente de Leiziaga comienza a proyectarse primero hacia el pasado lejano:

¿Hay petróleo? Su memoria comienza a reunir datos, noticias vagas. En Londres se suicidó un sujeto que afirmaba la existencia de una fuente de petróleo en una isla venezolana. Desde Cubagua remitían a España un betún muy solicitado para usos medicinales. Los viejos duques lo pagaban a precio de oro. (p. 38).¹⁶

Para luego lanzarse con pasión hacia un futuro ambicionado, donde la moderna explotación petrolera modificaría toda la vida de la isla, impulsada por el cambio económico y demográfico, y en última instancia regido por el sello de propiedad estampado en lengua inglesa, o más bien norteamericana:

De una vez podría realizar su gran sueño. En breve la isleta estaría llena de gente arrastrada por la magia del aceite. Factorías, torres, grúas enormes, taladros y depósitos grises: "Standard Oil Co. 503". (p. 39).

Pero además de esta mención directa de la Standard Oil Company –siempre dueña del petróleo venezolano en cualquier punto donde aparezca, aun en la histórica Isla de Cubagua, si fuera el caso de explotarlo–, la novela ofrece una breve y vigorosa caracterización de la atmósfera que privaría en el supuesto campo petrolero isleño, todo en una alucinante combinación de vida y muerte, de progreso y confusión, de elementos históricos que se repiten: el tráfico de aventureros, la contrata de negros, las embarcaciones –buques, naos– que parten hacia puertos extranjeros. Y todo corresponde imaginarlo a Leiziaga, que evita lamentar la decadencia absoluta del pasado activo de la isla y su presente yerto y estéril, asiéndose al futuro revivificador que su mente ambiciosa entrevé por el camino de los veneros del petróleo:

Pero no importa, piensa Leiziaga. Las expediciones vuelven a poblar las costas. Se tiene permiso para introducir centenares de negros y taladrar a Cubagua. Indios, europeos, criollos, vendedores de toda especie se hacinan en viviendas estrechas. Traen un cine. Se elevan torres de acero. Depósitos grises y bares con anuncios luminosos. También se lee en una tabla: "Aquí se hacen féretros". Los negros llegan bajo contrato. Los muelles están llenos de tanques. Los buques rápidos con sus penachos de humo recuerdan las velas de las naos. (p. 76).¹⁷

También en 1931 se publica, en Madrid, *Odisea de tierra firme* de Mariano Picón-Salas, especie de mosaico novelesco de cuadros históricos y narraciones autobiográficas, con aspiraciones literarias, sociológicas y políticas.

Al hablar de la situación general del país en la época, Picón-Salas destaca cómo los yanquis entraron a Venezuela en plan de dominadores gracias al general Gómez, con base al hecho histórico de que en el curso de la dictadura del déspota andino fueron entregadas de manera indigna las riquezas petroleras nacionales a los imperialistas del Norte. Y hace resaltar las buenas relaciones entre ambos países, representadas en la persona del embajador yanqui en Caracas, quien a más de su sueldo de di-

plomático, recibe un emolumento especial del general Gómez. Así, todos los años, en las festividades de Año Nuevo, el diligente embajador presenta al general sus saludos y buenos votos “en nombre de la democracia norteamericana”. Y esto es así porque en el fondo Gómez es un eficaz mayordomo de la Casa Blanca, que cuida de las riquezas petrolíferas que ahora pertenecen a los yanquis en última instancia. La denuncia de Picón-Salas es vigorosa y directa, acorde con su posición inicial de demócrata progresista en diversos aspectos:

No hay país más amigo de los Estados Unidos que Venezuela. Los yanquis descubrieron en Venezuela a una nueva riqueza bruja que estaba escondida en el fondo de la tierra y se llamaba *Petróleo*. Venezuela –dicen los diarios del general Gómez– es el segundo productor de petróleo del mundo. Este petróleo ha enriquecido, a más de los yanquis a los hijos, sobrinos, yernos y compadres del general Gómez. (p.144-145).

Esta situación ha hecho de los yanquis efectivos dueños del país, donde ellos se mueven, en las distintas zonas, con aire de aventureros, en calidad de autoridad armada y aun con lujo de modernos recursos para asombrar a los nativos:

...yanquis que se reparten por el interior de Venezuela, con sus trajes kaki, sus revólveres Colt y sus encendedores automáticos. (p. 145).

Desde luego que es un estado de cosas que para sostenerse necesita sus adecuados fundamentos en la política interna. Así, al lado de las carreteras construidas, de los automóviles importados en número creciente, de los millones acumulados por los personajes del gobierno, y de los yanquis que se reparten el país,

El general Gómez tendrá tres o cuatro mil personas en las cárceles. (p. 145).

Pero había otros fundamentos no menos importantes. En determinadas oportunidades –más por los habituales vericuetos– de la ley que por trabas impuestas intencionadamente por el gobierno las compañías petroleras necesitaban de hombres capaces que defendieran sus ambiciones y beneficios en el terreno jurídico. Pero esto no tardaba en solucionarse, ya que el estudio de Leyes en Caracas estaba administrada por

hombres sumisos que sabían formar abogados para las compañías petroleras y para los discursos bombásticos de la tiranía. (p. 147).¹⁸

Actividades que por lo general iban unidas, como naturales complementos: servicios a las dos formas de gobierno.

Y con todo esto, PicónSalas, al mismo tiempo que avanza en el camino señalado por Blanco Fombona y enfatiza las relaciones entre el poder civil y el poder petrolero, plantea por primera vez el tema oprobioso del servil abogado criollo que defiende los intereses de las compañías por encima de los de su propio país.

Miguel Toro Ramírez¹⁹ publica en 1934 en Caracas, su novela *El señor Rasvel*. Para entonces el incremento de la explotación petrolera en Venezuela podría evidenciarse con una cifra: 47 compañías operan por medio de 140 subsidiarias. La mayoría de ellas desaparecerán algún tiempo después, decaídas por la competencia de las mayores, o absorbidas por éstas; pero en aquel momento forman parte del atractivo auge creciente. Al lado de este desarrollo es necesario consignar el dato revelador de un estado de cosas: de que, por oposición, no se producen cambios importantes en la legislación petrolera que viene de 1922. En cambio ya se cuenta con una Oficina Técnica de Hidrocarburos en el Ministerio de Fomento, de donde salen becados al exterior jóvenes ingenieros, a prepararse, como dice sin ironía un texto publicado por la Creole Petroleum Corporation, para realizar una labor que “ha protegido los intereses de la nación” y ha garantizado a las compañías “una administración equitativa e inteligente de la política petrolera del gobierno”. Justamente las novelas relativas al tema del petróleo muestran lo menguado de esa “protección” y la generosidad de esa “equidad”²⁰.

El señor Rasvel posee importante significación en el desarrollo del tema del petróleo en la novela venezolana. Y ello a pesar de que no se concentra en el asunto en cuestión. En verdad, las breves dimensiones de la trama novelesca giran en torno de las condiciones muy particulares de desorganización administrativa de una compañía petrolera con oficinas radicadas en Caracas. A fin de cuentas, la novela persigue, por encima de todo, la pintura de un personaje peculiar; el señor Rasvel, con todas sus variadas características de hombre astuto, intrigante, donjuanesco y vanidoso. Rasvel es secretario del gerente inglés de la compañía norteamericana; pero la incapacidad administrativa —que aparece ingenuamente exagerada en la obra— de Mr. Watson, le permite al aventurero criollo, como hombre de confianza y de oportunas soluciones a conflictos generales de

la compañía y personales del gerente, convertirse en el verdadero y oculto jefe de la empresa. Y toda la acción estará determinada por las circunstancias específicas —a veces sorprendidas y amenazantes de escándalo— que se derivan del estado de cosas reinante en la contabilidad de la empresa y del desorden de la vida privada de Rasvel: excesivas exigencias de las amantes, antagonismos con el jefe de contabilidad, la atracción del dinero, los orgullos ofendidos, el deseo de retirarse a disfrutar de la riqueza mal habida.

El señor Rasvel no es propiamente una novela petrolera; pero se presenta como la primera novela venezolana cuyo tema está ligado a una situación derivada del auge de la explotación del petróleo en el país. Podría objetarse que, a fin de cuentas, la empresa petrolera que aparece en la obra es sólo un elemento de fondo, que rodea y hace tal vez más verosímiles los manejos de Rasvel; ya que la misma trama hubiera podido sustentarse sobre una situación semejante en otro tipo de empresa, no petrolera, con sólo bajar las elevadas cifras de los beneficios y adecuar la terminología comercial a la rama específica de que se tratase. No es, pues, el asunto petrolero determinante en la novela. Pero, junto al retrato espiritual y animal de Rasvel —propósito central, bien logrado en algunos aspectos y situaciones muy bien captadas y descritas en forma ágil— la obra contiene varias alusiones y tratamientos directos del tema que nos ocupa en esta oportunidad. Veamos.

El proceso ascendente en la presentación del tópico, que va de lo local a lo internacional, del presente a un futuro utópico, tiene que basarse en un elemento práctico muy claro como factor de origen para muchos observadores externos: el sello de “superioridad” que acompaña al extranjero. Planteamiento que en este caso roza ligeramente el conexo de la discriminación racial:

Mr. Watson es indudablemente un excelente hombre con suerte, un hombre inglés que debe aparecer de lejos superior a un hombre sudamericano. Por eso, entre otras razones, no tuvieron inconveniente los yanquis en darle la dirección de una empresa americana. Los indios son trágicos y cualquier inglés o norteamericano puede dominarles con sólo decir cuál es su patria... (p. 7).

Luego, con argumentos que mezclan la apreciación ingenua con la observación aguda, Toro Ramírez busca explicar un poco el complicado

engranaje que echa a andar las fluctuaciones de los precios internacionales del petróleo. A fin de cuentas, algo siempre queda claro: Venezuela es la que pierde. Y ello en la medida en que las compañías van extrayendo el petróleo que casi se les regala de una fuente permanente. Queda expresado aquí el criterio irresponsable de tantos que se han enriquecido como cómplices de las compañías, alegando una supuesta eternidad de las minas del codiciado aceite. Esto ocurre cuando Mr. Watson pregunta a qué achacar la baja del petróleo en Nueva York, y Rasvel responde:

—¿A qué? Igual que a todo lo extranjero. Ellos tienen muchos millones. Juegan con el petróleo venezolano porque siempre ganan. Todos juegan y ninguno pierde. El juego de bolsa es allá un gran negocio. Tentado estoy de pasarme en Nueva York una temporada para convencerme si es cierto que los yanquis tienen sesos o simplemente suerte y facilidades.

—¡Oh!, ¿cree usted que siempre ganan?

—Nosotros somos los perdidosos, es decir, nosotros tampoco perdemos nada.

—Alguien debe perder, Rasvel.

—Se equivoca usted, Watson. Nadie pierde. Nosotros dejamos de ganar algo que nunca podemos prever [*se refiere a la Compañía*], lo cual no es perder, pues esta tierra es más o menos como una vaca y la leche no nos cuesta nada.

—Pero, ¿y la vaca, Rasvel?

—La vaca parece inagotable, Watson. (p. 8).

La abundancia sorprendente de petróleo (la novela habla de “la abundancia del petróleo en las tierras zulianas”, p. 16) se corresponde con la apropiación indebida que de él hacen, en igual proporción, los yanquis. Y Toro Ramírez pasa a hacer un planteamiento directo de la expoliación petrolera de que es objeto Venezuela por parte de los yanquis, en continuación de la vigorosa expresión del caso hecha por Blanco Fombona y Picón-Salas en sus novelas consideradas. Es el propio autor quien denuncia, dando luego salida a las justificaciones de Rasvel ante su conciencia:

La vaca daba para todo. Rasvel lo había dicho. A cada nuevo taladro reventaba un pozo de miles de toneladas de oro negro, oro de las entrañas de Venezuela, del cual se habían apropiado los yanquis por un precio irrisorio. ¿Por qué no aprovecharse? Ese petróleo pertenecía a los venezolanos y sin

embargo apenas podía compararse a un cántaro de agua lo que ellos sustraían de ese inmenso mar que diariamente enriquecía a millares de hombres de otra nación. (p. 16).

Y es en esa misma dirección hacia donde se dirigen los argumentos de Simón Contreras, jefe de contabilidad de la compañía, bajo la presión de su conciencia y ansioso de justificar sus manejos sucios y convencer a un posible socio. Es el criterio del cómplice de Rasvel que excusa su robo con el sofisma de que ese robo despoja a ladrones millonarios; ocultando que su robo obedece a ambiciones personales y nunca a nada que se parezca a recuperación colectiva. Justamente esta búsqueda de justificativos y la baja condición moral de quien protesta, podrían hacer descender la fuerza de los hechos denunciados; sólo que son tan evidentes que aun en tales condiciones conservan su valor y su verdad:

Esta empresa la forman diez mil accionistas yanquis, casi todos millonarios. Las acciones han centuplicado su valor. Esos tíos están podridos de dinero. ¿Por qué nosotros [se refiere a los empleados de la Compañía] hemos de permitir que se lo cojan todo? (p. 77).

Del planteamiento de aspectos financieros específicos de la industria —un paso más en el desarrollo de la novela del petróleo—, pasa Toro Ramírez a una proyección más internacional con relación a la política económica que las grandes compañías disponen desde Estados Unidos. Siempre con la conciencia clara de que en cualquier circunstancia la perdedora es Venezuela, ya que los yanquis atenderán, por encima de todo, sus propios intereses internos. Así, a propósito de la posible superproducción mundial y sus repercusiones en la explotación petrolera venezolana, Rasvel:

Como experto en las negociaciones mundiales, presentía que la superproducción de petróleo traería indiscutiblemente un paro indefinido en la explotación de las minas venezolanas. Siendo los Estados Unidos el principal productor, preferiría por todos los medios detener la explotación de sus yacimientos en Venezuela, con el objeto de que su petróleo no sufriera una gran depreciación. (p. 82).

La anterior apreciación, que podría parecer de simple lógica, lleva al autor a consideraciones mecánicas que le hacen prever una saturación petrolera de los mercados que conducirá a una paralización de la explotación en territorios que no sean Estados Unidos. Claro que para la época de publicación de la novela el autor no podía calcular que los cambios de las situaciones políticas producirían a los petroleros yanquis el conflicto de atender a las exigencias inaplazables de la extracción en su propio país y la necesidad de conservar sus mismos yacimientos como reserva, ya que no es posible confiar indefinidamente en el mantenimiento de las facilidades que los países sometidos a ellos política y económicamente les ofrecen en un momento dado. La opinión la comunica Rasvel a Mr. Watson:

No olvide que ya es tanto el petróleo que se explota en el mundo que dentro de poco costará más almacenar el excedente que explotar los yacimientos. Como los Estados Unidos son dueños de las tres cuartas partes del petróleo, optarán por explotar el que más les convenga, y al gobierno yanqui no puede convenirle sino el que posee en su propio territorio, aunque sea más costoso que el de Venezuela. Los yacimientos que tienen en el extranjero le quedan como reserva. (p. 83).

El autor insiste en el peligro del excedente como un factor que conducirá a la reducción de la industria petrolera, y nuevamente mezcla apreciaciones sensatas e ingenuas para predecir el futuro. De un lado señala el gran incremento que se produjo en la época en la explotación del petróleo soviético, como una amenaza para la producción venezolana; y del otro anuncia las grandes posibilidades del petróleo como producto base para aplicaciones diversas por medio de la química. De un lado supone un empleo cada vez mayor del petróleo; y del otro piensa en un inevitable excedente paralizador. Es siempre Rasvel el encargado de decir estas cosas al simple Mr. Watson:

El petróleo abunda como el agua de mar. Ya Rusia explota tanto como Venezuela, y del mundo apenas se habrá explotado una quinta parte. Es muy creíble que en el fondo de los mares haya grandes yacimientos. Pero, apartando eso, el consumo de petróleo tiene que basarse en las industrias que algún día se empleará hasta para fabricar tinta de escribir. En la actualidad lo consumen millares de industrias, y sin embargo empieza a haber un exce-

dente. Ese excedente es un peligro, pues si se deja de explotar habrá un capital muerto y si se sigue explotando y almacenando, el capital paralizado será mayor. (p. 84).

Por último, ya lanzado por el camino de la fantasía que despierta un tema fascinante como es el del petróleo, el autor; siempre por boca del vanidoso Rasvel, considera la utopía del incremento del consumo del petróleo si las petroleras fabricasen y vendiesen a bajo precio máquinas y utensilios que funcionen con petróleo. Pero, combate la idea, destacando el conflicto que se crearía con las fábricas específicas de esos aparatos y la necesidad que habría de una producción inmensa de aparatos, renovada, para todo el mundo. (p. 84-85).²¹

De este modo, *El señor Rasvel* concede a Toro Ramírez un lugar significativo en la trayectoria de la novela del petróleo en Venezuela. En ella se desarrolla una trama asentada sobre asuntos relativos al gran tema, se amplían las perspectivas con la inclusión de aspectos financieros y hasta se buscan perspectivas económicas y políticas internacionales. Ya se ha dicho: no es una novela del petróleo, pero es la primera en basar su trama —o buena parte de ella— en ambientes de tipo petrolero.

En el proceso general del desarrollo de la novela del petróleo en Venezuela, corresponde ahora ubicación cronológica a la primera novela del petróleo propiamente dicha, en realidad fundada de modo íntegro en el tema petrolero, sus ambientes, sus personajes, sus problemas y sus perspectivas. No se publica en Caracas sino en Bogotá. Su autor no es venezolano sino colombiano. Se titula ***Mancha de aceite*** (1935) y es obra del destacado novelista César Uribe Piedrahita.²²

Con esta novela ha ocurrido un hecho que si bien la ha perjudicado grandemente en cuanto a su estudio y valoración por parte de la crítica, también establece al mismo tiempo los extraordinarios alcances del producto literario, que no acepta fronteras nacionales estrictas, así estén éstas con toda claridad trazadas en los mapas y celosamente vigiladas por guardias en la realidad. La circunstancia es la siguiente: como *Mancha de aceite* novela asuntos enmarcados en ambientes venezolanos, escasamente se le comenta en textos críticos colombianos, y a veces apenas si se le nombra, como si se dudase de su derecho a ser considerada como novela colombiana; y de otra parte, como *Mancha de aceite*, a pesar de captar realidades venezolanas, es de autor colombiano, en los manuales y esquemas de historia literaria de Venezuela no se le incluye, temerosos los

pocos que la han leído de que parezca demasiada pretensión conceptuar como venezolana una novela de un escritor nacido del otro lado de la frontera. Así, *Mancha de aceite* se encuentra sin una ubicación nacional fija, en la curiosa condición de novela apátrida, al parecer sin derecho a tener lugar propio en una literatura regional definida.

Pero, más allá de esa lamentable y absurda situación de artificial apartamiento, el hecho concreto es que *Mancha de aceite* posee una destacada significación en la historia de la novela venezolana, y que ya con referencia al desarrollo del tema del petróleo en Venezuela esa importancia es básica. Sencillamente, en este rastreo del asunto petrolero es la novela que impone una división, un hito decisivo. Hasta ahora se han presentado las primeras huellas –algunas menudas, otras medianas– del tema, los tanteos de los precursores. En cambio *Mancha de aceite* es la primera realización, es ya el surgimiento de la novela del petróleo en un verdadero sentido efectivo. A partir de ella sólo será cuestión de referirse a obras decididamente fundadas en el tópico petrolero o vinculados a él de manera considerable. La etapa precursora quedó atrás de 1935.

La fecha de aparición de *Mancha de aceite* coincide con un momento en que ocurren acontecimientos que por primera vez afectan, con iniciales señales de crisis, la realidad y las perspectivas futuras de la explotación petrolera en Venezuela. Estos hechos son: la depresión económica en Estados Unidos y la limitación de las importaciones por Estados Unidos del petróleo extraído en Venezuela. Sin embargo, estos factores aún no presionaban firmemente sobre la situación petrolera venezolana, ya que “para 1935 el 91,2% del valor de las exportaciones lo constituían la exportación del petróleo y derivados”.²³ No obstante, la novela no toma en consideración estas circunstancias porque su acción ocurre en época bastante anterior. En el breve exordio que el autor colocó a la cabeza del libro se explica que lo narrado responde a “los recuerdos de algunos años” de su “vida aventurera”, cuando están “muy lejanas ya las emociones inmediatas”. Aunque resulta evidente la ubicación pretérita de la trama novelesca, parece también claro que el autor no pretendió dar a su obra un preciso lugar histórico, determinado por una fecha exacta. Y esto seguramente para conceder mayor fuerza sintética a los hechos y aun otorgarles derivaciones simbólicas fuera de un tiempo rigurosamente establecido en función de años. La situación real es que las posibles delimitaciones cronológicas, que pueden derivarse de alusiones a hechos o documentos, son contradictorias: de un lado podría pensarse en 1922 por la descrip-

ción del reventón del pozo de Los Barrosos, y del otro habría que retroceder más de diez años si se atiende al cartel ordenado por el presidente del Estado Trujillo para celebrar la orden de construcción de la carretera trasandina.

Mancha de aceite se asienta sobre vivencias, nace de experiencias directas del autor durante su permanencia como médico en compañías petroleras explotadoras de zonas del Zulia y Falcón. De allí, sin duda, que la novela resulte tan convincente, tan palpable como cosa verdadera. Este hecho —la base vivencial— es excepcional o único en el pequeño grupo de novelas del petróleo en Venezuela, y con seguridad fundamenta la condición singular de la obra de Uribe Piedrahita.

En su conjunto *Mancha de aceite* es una crónica de los campos petroleros, y al mismo tiempo una requisitoria contra la esencia injusta y los métodos condenables de la explotación imperialista —encabezada por los yanquis— del petróleo de Venezuela. Tiene así el elemento documental y el factor interpretativo y representativo trascendente que parece característico y casi definidor de la novela como género. La totalidad es la suma de los más diversos aspectos de la vida en los campos petroleros, siempre vistos desde el nivel que establece el personaje central: el médico de preocupación social que progresivamente va concretando su rebeldía hasta darle una explosiva salida pública. Página a página desfilan ante el interés del lector escenas reveladoras de las relaciones humanas, económicas y sociales en los distintos estratos de los altos jefes de la Compañía, de los medianos empleados, de los trabajadores y los cesantes; es decir desde los verdes campos y las pulcras viviendas de los yanquis y sus privilegiados hasta los enfermizos y miserables ranchos de los obreros más bajos en la escala de puestos. Todo ello dentro del claro propósito de vincular los hechos y las situaciones con sus causas profundas, que siempre se encuentran más allá de las fronteras del campo petrolero y de las del propio país. El resultado es una extendida gama de temas y circunstancias de carácter petrolero; y para ordenar ese conjunto es necesario fijar asuntos dominantes y más representativos. A ellos se hará referencia en lo que sigue.

El factor inicial es, por fuerza, el contacto humano, social y político de los petroleros con el medio que ellos buscan transformar económicamente. Y este cambio tiene dos grandes puntos de relación: el hombre común, habitante cualquiera o trabajador de la compañía, y las autoridades gubernamentales. En ambos sentidos la novela es sumamente clara: allí están el casi congénito prejuicio racial de los invasores; los falsos postulados

de progreso dispensado, para acallar la protesta de no se sabe qué oculto rincón de la conciencia; el nexo cómplice –bien pagado– con las llamadas autoridades civiles, militares y de todo género aprovechable para los insaciables propósitos explotadores. El petrolero Mc Gunn se encarga de hablar directamente en tono de intimidad, al doctor Gustavo Echegarri:

... Es difícil trabajar aquí, como usted lo habrá visto. No podemos conseguir obreros si no se está “muy de acuerdo” con el jefe civil y con otros empleados oficiales... Es necesario que nos adaptemos a los usos de los latinos. Son muy simpáticos, demasiado simpáticos, adorables, pero no saben trabajar... son muy simpáticos. ¡Bastards! ... ¡Petróleo! Petróleo es dinero, dinero es lo único que puede dar bienestar. Después, al diablo con Sudamérica y con todos estos “piones” y agentes zalameros y traidores...

—Usted no es de esta tierra, doctor: A usted qué le importa lo que suceda aquí. En eso tiene usted razón como la tengo yo y la tienen los americanos que aquí trabajamos con el fin de sacar de la tierra una riqueza que esta gente no conoce y no sabe cómo explotarla ni para qué sirve... (p. 18).

Estos aspectos son presentados extensivamente en la novela, e influyen en la evolución misma de los personajes, en particular en el médico colombiano que sirve a la compañía pero ve con dinámica claridad la situación profunda. Los petroleros se saben los amos, y por eso no se preocupan por las justas observaciones –que destacan las extremas facilidades que da el gobierno a las Compañías– contenidas en la respuesta del Ministerio de Fomento a un Memorándum de las empresas explotadoras (p. 40-44). Y el aparato de dominio se basa en la complicidad de las autoridades, situación donde el espionaje y el soborno son columnas fundamentales. Todo se aparece claro en la experiencia directa del médico:

Conocía ya el vasto sistema de espionaje y de soborno que descendía desde las oficinas de la Superintendencia, trepaba hasta Caracas y se enredaba en el Congreso para envolver íntegramente a la nación. La correspondencia con Colombia, los fragmentos de periódicos, las noticias de concesiones y contratos, todas las artes y sutilezas de los agentes y observadores, decíanle que los tentáculos del pulpo llegaban más allá de las cuestiones políticas e industriales, atenazaban al trabajador, lo explotaban y escurrían en beneficio de unos pocos. (p. 102).

La novela va incorporando distintos asuntos complementarios —como la historia mayoritaria de los ingenieros yanquis que vienen a la Compañía, y el contacto de los buscadores de petróleo con los indios motilones, el subsecuente desenlace trágico, y el “humanitario” plan de los petroleros y los Rotarios, con el apoyo del Gobierno, para exterminar a los “salvajes” en nombre del progreso²⁴— hasta centrarse en el asunto decisivo, que rige el mecanismo profundo de la realidad y confiere un sentido ideológico a la novela: las relaciones entre los trabajadores y las Compañías, las discriminaciones aplicadas, la explotación del hombre y su trabajo, la lucha inevitable. Así, en la parte más caracterizadora del libro, se va desplegando el enjuiciamiento de la realidad, con manifiesto propósito condenatorio. A veces surgen ideas muy concretas, no exentas de tono oratorio, de boca del médico ya asfixiado por el ambiente y sobre todo por su condición de alto empleado que le obliga con frecuencia a fingir ignorancia de la verdad:

—Precisamente porque los hombres se mueren en los pantanos buscando petróleo. Porque las compañías hacen alarde de beneficiar a los nativos e imponen un sistema de sobornos que cubre desde los altos personajes del gobierno hasta los más infelices servidores públicos. Por toda esa trama sorda que sospechamos. Porque usan los hombres como simples cartuchos de tiro al blanco y desechan el cascarón. Porque han hecho de este pueblo y de todos los que tienen el infortunio de poseer petróleo, unos pueblos esclavos. ¿No ves, Peggy? Por eso siento rencor y despecho. Tú no comprenderás nunca. (p. 61).

El desajuste se nota en especial al contrastar el empleado extranjero con el peón criollo o, peor aún, con el campesino de la región. En el mismo lugar, en sitios próximos de trabajo, se encuentran dos niveles de vida opuestos, basados en la discriminación económica y la injusticia en sus máximas expresiones. Uribe Piedrahita apunta aquí un planteamiento que luego se verá desarrollado en la novela de Gallegos de título acusador: *Sobre la misma tierra*. Y detrás de la reveladora situación, aflora, muy bien visto y sugerido, el camino del sentimiento de inferioridad del criollo:

Desde la calle mal empedrada con toscos guijarros arredondados, algunos peones boquiabiertos admiraban la capacidad alcohólica de los amos extranjeros. Como no entendían aquel lenguaje nasonado, querían adivinar en

las palabras o sonidos incomprensibles, extraordinarias revelaciones de ciencia o de poder. Admiraban la prodigalidad de aquellos peones rubios que ganaban centenares de dólares extraídos de un suelo estéril que a duras penas podría sostener hambreados a los pobres campesinos. ¡Seguramente aquellos hombres eran extraordinarios! Ganaban quince dólares de jornal cuando el peón apenas recibía cuarenta centavos. (p. 33-34).

La situación acentúa sus perfiles negros cuando se trata de los barrios de los bajos peones, que son arrojados, cuando ya no pueden trabajar; enfermos y abandonados, a los sitios más insalubres, verdaderos caminos de la muerte y cumbres de la miseria:

A lo largo de callejuelas carcomidas por arroyos profundos, tropezando en raíces y fragmentos de cactus, anduvo el médico guiado por el mulato Anselmo. Chozas miserables y barracas desparramadas por el campo inculto, cenagoso, componían el barrio de los obreros nativos. Alguna tenducha mal alumbrada vertía una luz sucia sobre el arroyo lleno de basura y detritus de naturaleza indescriptible. En el paisaje flotaba un olor penetrante de cubil y de materias fecales. (p. 99-100).

Con el propósito de lograr cierto equilibrio objetivo, la novela presenta –siempre en boca de petroleros o de sus mujeres– opiniones y argumentos que destacan los que pueden llamarse elementos positivos para el país en la explotación del petróleo. En especial se mencionan los que fueron, y siguen siendo, preferidos, por ser aparentemente más indiscutibles, de todos los defensores de las Compañías petroleras: sanidad, carreteras y altos salarios.²⁵ Pero aun en el intento de mayor objetividad, la situación revela claramente su base de injusticia y despojo. Es evidente que la sanidad y las carreteras son para que el saqueo resulte más efectivo y expedito; es indudable que los altos salarios –que las ganancias de las Compañías permitirían elevar diez veces más sin quebrar sus economías– son un señuelo para asegurar la continuidad de la expoliación. Y de allí que no haya desviación posible. En todo momento está presente el proceso de aniquilamiento del trabajador; de aprovechamiento del hombre y su trabajo hasta la extracción del máximo de sus capacidades de dedicación y labor; para luego arrojarlo como un deshecho inútil, abandonado. Es situación que la novela plantea con énfasis, y que podría resumirse en la imagen: “Los taladros piden más carne humana”. Es el símbolo de la ex-

plotación destructora. Esencia del sentido general de la novela. Causa directa de la necesaria rebeldía reivindicativa. Pero no se queda todo en una simple constatación; se va a estados profundos en el señalamiento de la complicidad permanente del gobierno y su relación con el éxodo campesino, y en particular, en las agudas observaciones acerca del vínculo entre la carretera y el petróleo. En varias ocasiones la novela reitera su mensaje central:

Graves noticias llegaron al hospital. En los campos petrolíferos situados al sur del lago, entre las ciénagas y lagunas de Chama y Onia se morían los hombres. La malaria perniciosa, la hemoglobinúrica y el vómito de sangre hacían víctimas por centenares. Los jefes Civiles habían agotado el personal campesino. El desarrollo de las exploraciones con taladro pedía más carne humana; como si la perforación de un pozo debiera hacerse con sartaes de cadáveres. (p. 49).

Gustavo no pudo contestar. Le parecía ver la fila interminable de hombres amarrados por el cuello y por los codos que desfilaron frente al hospital hacia los patios de la Casa de Gobierno. Pensó que la carretera costaría tantas vidas y tanto dolor, o más, que los que reclamaban el Campo de Onia, las perforaciones de Los Barrosos y Dabajuro. La carretera se tragaría toda aquella tropa de campesinos esclavos. La carretera debía comerse las sobras que dejaban los campos de petróleo. (p. 58). Salvador había trabajado en Onia, en Boscán y en Los Barrosos. Ya no podía trabajar más y fue despedido. Esa era la suerte de todos, de millares de peones. Los cartuchos vacíos, los bagazos del trapiche tremendo. Salían sin sangre después de pasar por el servicio de las petroleras.

En otras barracas había más hombres inutilizados, muchos habían muerto allí. Otros caían en los hospitales de Maracaibo o volvían a su montaña a expectorar los pulmones. Los demás... a las carreteras a trabajar apaleados por los capataces. Había una extraña relación entre los petróleos extranjeros y las carreteras oficiales. (p. 111).

El paso de la constatación de la realidad inaceptable a la rebeldía subsecuente, es un proceso natural en todo espíritu reflexivo inmerso en el ambiente dominado por la injusticia y el engaño. No podía ser distinto en un novelista de inquietud social como Uribe Piedrahita. Ni tampoco en un personaje de íntima solidaridad con el pueblo, como el médico Gustavo Echegorri. Por ello no sorprende –al contrario, culmina el desenvolvi-

miento— la presencia en *Mancha de aceite* de una actitud rebelde que se va afianzando en personajes determinados, en las palabras, en la acción, casi en el propio aire del campamento petrolero.

Para el gobierno, la rebeldía pertenece en primer lugar a los conspiradores contra el régimen, y en esa categoría se encuentran los “malos hijos de la patria” y los “colombianos políticos” (p. 14). Pero la realidad era que, a pesar del terror y el espionaje, laboraban y hacían proyectos revolucionarios jóvenes “nobles y altivos, que soñaban con cambios profundos en el estado social de su patria” (p. 77). Esa juventud era la esperanza de una transformación, de un futuro digno y justo. Y con ella hace contacto el médico, ya liberado de sus obligaciones de asalariado de la Compañía, exteriorizada en palabras su rebeldía (p. 65 y 75). Esta actitud de protesta verbal del doctor Echegarri, siempre estimulada por el alcohol circunstancial del bar; representa en la novela el proceso de rebeldía del burgués que se niega a ser cómplice de la explotación de un país y de un pueblo. Es todavía una actitud individual que poco representa en el orden social. El nuevo sentido de las cosas lo dará la rebeldía colectiva. Y todo ello a buena distancia de la falsa rebeldía —minada de ignorante egoísmo y desorbitadas ambiciones personales— de los “hombres sin fe”, conspiradores sin ideales sólo movidos por ansias de beneficio personal, generales y “terratenientes arruinados y aspirantes a los puestos que ‘los del gobierno’ explotaban” (p. 71); y a quienes el autor agrupa en un breve capítulo de título caracterizador: “Los Libertadores”.

Por último surge la rebeldía determinante: la inconformidad de las masas lleva a la protesta colectiva. El proceso del despertar de la conciencia de clase de los trabajadores está acertadamente presentado en la novela como derivado de la práctica, proveniente de la injusticia y la discriminación que deben enfrentar cada día. Después, las palabras del médico ayudan a concretar el espíritu de lucha. Ya es un sentimiento palpable, una decisión irrefrenable (p. 105-108). Por último, la imposición de la

Compa-

ñía de pagar el 85% del salario en bonos del Comisariato, rebasa todos los límites, y encona la protesta soterrada. El descontento crece y se oye hablar por primera vez de la organización de un sindicato.²⁶ Y este hecho es suficiente para que, a solicitud de la Compañía, las autoridades civiles y militares intervengan, no sólo con ostentosas amenazas, sino realizando crecientes detenciones. La situación violenta aún más a los trabajadores ya enardecidos, y éstos deciden acudir ante el Comisariato a protestar por lo

ocurrido y a solicitar explicaciones por las anormalidades en el pago de los salarios. Allí son recibidos a tiros. La masacre se desata como una advertencia aleccionadora para quienes logran salir con vida, en uno de los capítulos más vigorosos de la novela, cuyo título, "¡Vamos sin armas!" destaca aun más la diferencia de actitudes de un bando al otro, y recoge el grito, a la vez de rebeldía y de búsqueda de parlamento, del médico:

—¡Vamos sin armas! ¡No disparen!

El reflector volvió a repararlos y una ráfaga, continua como una guadaña, resonó desde el piso alto. Cayeron los hombres del frente cegados por la metralla. Félix dio un grito y cayó de espaldas. La pierna de palo quedó cogida entre dos piedras. Martín se dobló sin protesta. El coriano rodó escarbando el suelo. Y el médico... abrió los brazos, se dobló primero hacia atrás y luego se retorció sobre las piernas y aró el suelo con la cara. Hilos de sangre que manaban de su boca corrieron sobre las yerbas y penetraron en el suelo. Los brazos en cruz abrazaron la tierra ... La sangre siguió corriendo en hilos tenues y calientes, desde su pecho, al través de sus labios hasta bañar las matas y empapar los terrones sedientes. (p. 136).

Después de la clara lección de lucha inevitable y estratégica, después de la evidente necesidad de agrupamiento de un mayor frente de masas, después de la muerte y el crimen, no queda lugar sino al fuego implacable. Es la respuesta a la masacre. Es el fuego de la revolución. Es todo el fuego como una representación de la revolución misma. Así termina la novela, en una proyección simbólica que le otorga clara trascendencia y lleva la acción más allá de los límites del presente, lanzada hacia un futuro inapelable:

El fuego abatió las torres, devoró los edificios y corrió desbordado por las colinas hasta el lago. Hervía el agua en los arroyos. Todas las casas ardieron como yesca y estallaron en pavesas que volaron entre el humo que ascendía hasta las nubes alumbradas por la tea del incendio.

Entre el aletear de las llamas corrieron los corceles de fuego sobre la selva sacudiendo las crines llameantes. Azotaron las hojas, retorcieron las ramas y encendieron antorchas en las copas de las ceibas, y fogatas en la manigua enmalezada.

El agua hervía en sus senos profundos, se quemaba en las crestas de los

borbollones y subía en vapores a juntarse con el humo enrojecido.

La pira simbólica se ensanchó por la tierra, sobre el lago y disparó contra el cielo sus lenguas erizadas de saetas.

La hoja petrolífera amenazaba convertirse en un horno, quemarse en holocausto de venganza, de muerte y purificación. El fuego siguió gritando y el agua y la tierra gimiendo.

¡El fuego devoró la Mancha de Aceite!... (p. 137-138).

La novela *Mancha de aceite* contiene tantos aspectos significativos e innovadores en el camino del tema petrolero, que resultaría excesivo enumerarlos al detalle. Baste decir que es la primera novela del petróleo en Venezuela, propiamente dicha, y que su enfoque es integral y de profundidad reveladora de los ocultos engranajes de la situación y definidora de las verdaderas esencias del estado de cosas. Uribe Piedrahita lleva adelante y desarrolla en sentido culminante el señalamiento de Blanco Fombona del proceso rebeldía-protesta-masacre, con la derivación simbólica del fuego final vertido hacia el porvenir. La experiencia directa del autor y su postura ideológica de preocupación social, asientan *Mancha de aceite* sobre una base vivencial que la hace la más vigorosa novela del petróleo en Venezuela hasta el presente.²⁷

En 1936, aparece en Caracas la primera novela petrolera de autor venezolano: **Mene**, de Ramón Díaz Sánchez. La obra había sido terminada un año atrás: en 1935 había concurrido al certamen promovido por el Ateneo de Caracas, donde fue “recomendada” por el jurado. Es decir que acaba de ser escrita al mismo tiempo que se publica *Mancha de aceite*. Y también como ella tiene el valor especial de la experiencia directa: en efecto *Mene* procede casi de manera documental de una serie de situaciones vividas o vistas por el autor durante su larga permanencia en la zona petrolera del Zulia, desde 1924, y en particular en Cabimas, desde 1930 hasta 1935, como empleado de una compañía petrolera y en seguida como juez Municipal. Sin embargo, la diferencia con *Mancha de aceite* estribaría en que *Mene* no alude a experiencias realmente vividas en sentido histórico y cronológico por el autor: su acción se ubica en período anterior a 1930, en la época “del descubrimiento y las iniciales explotaciones”.²⁸

Y también a semejanza de *Mancha de aceite*, aunque en otro sentido, *Mene* ha sido víctima de los prejuicios y lugares comunes de la crítica. En efecto: cuando Díaz Sánchez escribió esta original novela petrolera,

no tenía fama de escritor; sólo se le conocía como periodista; y entonces *Mene* fue la “novela de un periodista”, de “estilo periodístico”, de “construcción periodística”. Fue una cómoda manera de clasificarla, de reducirla a una categoría supuestamente inferior a la de las novelas más “literarias”; y de allí nadie ha sacado al grueso de la crítica. La incesante repetición de estos lugares comunes, al parecer, llegaron a convencer hasta al propio autor; quien acostumbra referirse a *Mene* como a un libro de segundo orden. En un momento dado Díaz Sánchez tuvo la honradez intelectual de expresar su opinión de la propia novela: “*Mene* es un libro de juventud en el que no escasean las incorrecciones formales. Su mérito consiste en su carácter documental y en la sinceridad con que fue escrito...”; y entonces el lugar común se hizo ley: cuando el mismo autor lo acepta ... Sin embargo, en ese texto Díaz Sánchez tuvo agudeza como para destacar la significación histórica de su libro, del tema abordado y de los riesgos políticos implícitos.²⁹ La verdad es que si la crítica revisa los juicios emitidos y se subleva contra el lugar común, podrá ver y destacar la originalidad temática y estructural de *Mene*, así como la modernidad del conjunto de su estilo, que oculta las principales fallas expresivas del escritor que se inicia, colocando en su verdadero lugar la más importante y más viva novela de Díaz Sánchez.

Mene se articula en torno a las transformaciones ocurridas en las poblaciones zulianas de Cabimas y Lagunillas, y sus alrededores, a causa de la iniciación de la explotación petrolera. Los cambios materiales y espirituales determinan un nuevo estado de cosas. Allí están los más visibles elementos constitutivos: la aparente bonanza económica; la corrupción de las costumbres; la discriminación; el crimen; el robo; el suicidio; el accidente mortal o mutilador. Se trata de esto, de una novela que plantea un tema y capta un ambiente. Los mismos personajes están creados como una consecuencia y a su vez como un aditamento de la ambientación, que es lo central y determinante. Más que de personajes individuales, habría que hablar de un gran personaje colectivo: el petróleo, proteico en sus criaturas.

El conjunto de la novela da sus claves en las partes en que viene dividida y en los títulos, de cromática simbología, que llevan: “Blanco” (la vida apacible del pequeño pueblo antes de la explotación petrolera); “Rojo” (crímenes y desgracias ocasionados por el ambiente de locura que rodea al petróleo); “Negro” (la vida de los negros antillanos empleados de las petroleras; la historia particular de E. N. Philibert, como símbolo de la más abyecta discriminación racial: el ambiente oscuro y sórdido de Lagu-

nillas; el negro lago de petróleo); “Azul” (con la crisis, la vida tiende a hacerse más normal, reposada; al final, Narciso y José salen en busca de otro ambiente y otra vida). De esta vasta totalidad sobresalen aspectos y asuntos concretos que significan renovados pasos en el camino del tema petrolero en la novela venezolana.

Así aparece en primer lugar los “nuevos conquistadores” —correspondencia antes establecida por Pocaterra en *Tierra del sol amada*—, dueños repentinos de todo el lago: “hombres rubios gigantescos, con sombreros de corcho” (p.26). Estos conquistadores transforman el paisaje con sus naves y sus aparatos: son más absolutos. Y también más prácticos: no sólo traen consigo a los entreguistas de tierras, como Joseíto Ubert, sino también a los guías e introductores adecuados para el caso:

Todo cambió desde entonces en esta ruta terrorífica y aterrorizada, por donde ahora avanzan proas de hierro presurosas. La tradición de aquellos mascarones de las carabelas, con sus sonrisas sembradoras, está siendo cortada por este filo negro.

...

En el puente del primer navío va un indio doctoral y complaciente que instruye al nuevo conquistador en el misterio de la virginidad lacustre: —Aquello es Cabimas, punto central de referencia. Todo aquello negro que hace guiños sobre el lago, al pie de los cocales, es petróleo. Ya lo conocíamos de antaño, pero no con este nombre. Lo llamábamos MENE. Los indios y los españoles venían a embrear sus navíos y estos últimos lo llamaban *pisafalto* y *pixmontana*. (p.32).

La novela pone énfasis en destacar la función facilitadora de la invasión petrolera de los entreguistas de tierra. Así nace un personaje importante en la obra: Joseíto Ubert, representativo de los criollos cómplices de las Compañías y enriquecidos a costa de ellas. Otro es Carolino Kuayro. Y ambos son solamente partes de una vasta maquinaria mecánica y humana que no puede ser detenida en su lanzamiento invasor y que se presenta en las garras de un águila grabada en una moneda de oro que deslumbra a los pobladores de las orillas del lago:

Los que acompañaron a la comitiva cargando sus extraños aparatos reunían un mitin en la plaza y mostraban a todos unos discos de oro, pesados

y relucientes:

—¡Oh! —saboreaban con las pupilas encendidas—. Son nuevecitas.

—¡Oh! Y ese pájaro que tiene, ¿qué será?

—Un zamuro...

—Parece una lechuza...

—Pero, ni zamuro ni lechuza. Era un águila. (p.28).

Pero el águila no es sólo el símbolo de un nuevo estado de cosas económico, sino también el ave extraña que anuncia un cambio total del ambiente. Detrás del águila vienen los buques, los camiones, los tractores. La transformación alcanza los más diversos aspectos de la vida de los pobladores de la región petrolera. Hasta se modifican el paisaje y los elementos materiales más cercanos al individuo. Y alrededor de esta situación comienza a consolidarse el principal factor documental de *Mene*: el reflejo del conjunto de ese ambiente; máximo objetivo de la novela y sin duda su mejor logro.

En consecuencia, surgen claros cuadros del proceso de cambio violento inicial. Las máquinas no admiten espera ni solicitudes: es la fuerza material, es el movimiento irracional de los hechos que imponen al hombre desapercibido un nuevo ritmo y una nueva orientación. Es un alud enloquecedor que a todos envuelve en un frenesí de actividad y en un afán de incorporarse a la marcha de las torres y los taladros. Había una evidencia: "Detenerse era morir"; y allí estaba la prueba material: "Los camiones tenían que ir haciendo ziz-zagues para sortear las embestidas de otros camiones" (p.39). En medio de la confusión, el hombre, sorprendido, maravillado en su ignorancia, no podía hacer otra cosa que acatar el cambio y formar parte de él:

Comenzaron aquellas ruedas dentelladas y aquellas cuchillas relucientes una tarea feroz. El monte fue cayendo, como la barba bajo el filo de la navaja. El indígena miraba absorto la avalancha. Hallaba en ello algo mágico que su simplismo no se explicaba. Pronto fue sumado él mismo, en cuerpo y alma, al diapasón elemental, y se sintió nuevo, descubierto en partes propias que hasta entonces ignorara. Descubrió que sus manos eran aptas para poner en marcha los devastadores artilugios. Pero aun así, cada mañana le traía una nueva maravilla. Las tractoras, las aplanadoras, las hoces no sólo servían para arrasar el monte sino también para nivelar la tierra y hacerla llana y firme.

Pueblos oscuros, Cabimas, Lagunillas, Mene, se incorporaban al frenesí del mundo. Las veredas se convertían en calles, los cujiales en viviendas. Unas viviendas presurosas, hechas con los cajones de las máquinas y tapadas con planchas de zinc. La demencia de un ensueño extravasado de las fronteras oníricas. (p. 34).

En el nuevo orden material y espiritual el petróleo se hizo leyenda, y su riqueza atrajo gentes de las más distantes latitudes, seducidas por las promesas del oro fácil y pródigo. Fue la invasión de los instrumentos humanos de dominio, después de la primera invasión de los nuevos conquistadores. Detrás de la avanzada de la posesión vino la de la explotación. Entre tanto, el nativo de las tierras ambicionadas era dominado por la sorpresa deslumbradora:

La leyenda de la riqueza del petróleo, de los salarios fabulosos, de las transacciones fantásticas, se irradiaba por toda la nación y atravesaba sus fronteras. Venía un ejército delirante de todos los vientos del globo. Sem, Cam y Jafet trasplantaban sus odios seculares a este trozo escondido y febricitante de la tierra. Y el nativo de mirar melancólico y de limitados horizontes intelectuales contemplaba con estupor el tropel que hollaba sus tierras y arrasaba sus sementeras y consumía la carne de sus rebaños arrojando el oro con loco desprendimiento. (p. 73).

Riqueza, movimiento, maquinaria, tropel, invasión, cambio, sólo van dejando una estela turbadora afianzada en lo efímero, en la fugacidad de lo perecedero a corto plazo. No hay nada permanente todavía. Después quedará como saldo definitivo la transformación con respecto al pasado. Pero de momento, ni siquiera lo que debería ser fundación establecida —la casa, el poblado—, tiene carácter duradero. Surgen las poblaciones parásitas: pequeños caseríos o grandes concentraciones humanas:

A las orillas de los caminos nacían unos hongos donde se guarecían los advenedizos. Casetines inverosímiles que se llaman *gatos*: casas, muebles. (p. 35).

El pueblo de Lagunillas era un cencerro. Una colmena enloquecida. Casas, casitas fabricadas a la diablo. Casitas de tablas, esquemáticas, sucias, grasientas, hacinadas a ambos lados de un callejón que de pronto se trocaba en

puente de tablonces negros suspendidos sobre columnas de mapora por encima del lago: *La planchada*. Esta plataforma prolongada sobre las aguas como un dedo estirado para apreciar la temperatura lacustre, temblaba medrosamente bajo el peso de una muchedumbre histérica y transpirada, compuesta de mujerzuelas y quidames. (p. 91).

El otro gran elemento central de *Mene* —además del reflejo del ambiente turbulento de las zonas petroleras— es el planteamiento de la discriminación racial y de los conflictos en las relaciones humanas y sociales entre los extranjeros y los nativos. Al respecto, la novela revela una actitud decidida y franca de denuncia de los prejuicios inaceptables y de la injusticia de ellos derivada. Todo esto, destacando siempre la complicidad y el sometimiento servil de muchos criollos, que hasta en lo que significa una especie de autodesprecio sirven a los amos. Así, se establece una cadena que va desde “el tono imperativo para mandar las cosas o para pedir las” de los nuevos conquistadores yanquis (p. 46), y el hábito de los jefes extranjeros de “tratar a los trabajadores a patadas” (p. 61), hasta la implantación de la gran arma represiva de las Compañías: la *lista negra*; reservada para los trabajadores rebeldes o condenados a castigo por infracción de las normas impuestas por los petroleros en su predominio económico, político y racial. Es un instrumento monstruoso: “—Al que lo pongan en ella, que se vaya, si no quiere morir de hambre” (p. 38). Y la representación extrema de este recurso discriminatorio, de bestial represión, corresponde en la novela al negro antillano Philibert, condenado a la negación de trabajo, e indirectamente a muerte, por el más circunstancial y fisiológico de los motivos:

De súbito brilló una palabra que no había tenido tiempo de evocar no obstante haber estado girando a su derredor como el caminante que en medio del camino busca el camino: “Black List”.

—¡La lista negra!

¡Espantoso! ¡Catastrófico! Le habían puesto en la lista negra: “Enguerrand Narcisus Philibert, negro antillano, por haber osado ocupar el retrete de los blancos”. (p. 90).

Tanto el despotismo como la discriminación racial se fundamentan en el poder económico y político de los extranjeros. Pero hay un elemento más de fortalecimiento de los excesivos y tiránicos derechos que se toman los petroleros: es de orden social y psicológico: el fetichismo del

extranjero y el afán de imitarlo por parte del criollo:

La técnica del extranjero fue una brujería inexplicable e inimitable. Un tabú. Y tabú también la belleza de sus mujeres. Esta actitud refrendaba el concepto apriorístico del blanco sobre el nativo.

...

Se vio al indígena alterar sus costumbres, proscribir su viejo saco, su rústica blusa de lienzo, para exhibirse en mangas de camisa. Y dedicarse al aprendizaje de las lenguas invasoras o simplemente a su remedo. (p. 73).

Tal vez el tema más novedoso de *Mene* se refiere a los comienzos del automatismo en la industria petrolera y a los efectos en Venezuela de la crisis económica internacional. Sólo la novela *El señor Rasvel* había tocado antes el asunto, aunque de manera más hipotética que real. En este caso, *Mene* lleva el planteamiento a sus expresiones más amplias, a sus repercusiones en forma de alto a la desenfrenada locura del petróleo.

En primer lugar, la “personalidad” de la propia máquina. La explotación petrolera exige un equipo asombroso por el adelanto técnico que revela. Y cada máquina impone su ritmo, su modalidad de funcionamiento al hombre, que debe amoldarse a los imperativos de los engranajes que no conocen ni el cansancio ni el sueño y que amenazan con suplantarlo (p. 110). Es el camino de la automatización. Ya los petroleros se han ocupado de despertar entre los trabajadores el fetichismo de la máquina, así como incrementan el fetichismo de ellos mismos: conferencias sistemáticas convencían a los obreros del cuidado que debían dispensar al costoso equipo petrolero, y hasta les daban sanos y morales consejos para la vida privada, pues un hombre después de una parranda o una borrachera está en malas condiciones para atender debidamente la preciosa máquina (p. 65). Pero la crisis no puede ser detenida. Llega primero como un rumor y en seguida como pánico total. Se acaba el auge desenfrenado del comienzo. Muchos vuelven a sus lugares de origen. Es un estupor colectivo:

Las noticias eran alarmantes. Una palabra presagiosa floreció en todos los labios: *Crisis*.

Un día corrió la nueva de que algunas compañías eliminaban hasta sus empleados rubios traídos de Europa y Norteamérica bajo contratos especiales. Reinó por un momento el desconcierto, casi el terror de los naufragios.

Las gentes iban por las calles realizando sus bienes para no perderlos todos en la total depreciación que presentían. Casas, tierras, muebles. Zarpaban los buques hacia las rutas del mar; cargados de emigrantes que ya se fatigaban de azotar las calles. El hambre asomó su ceño en los cielos teñidos por el rubor de los mechurrios.

¡La crisis! (p. 110).

El alto en la locura inicial que significó la crisis condujo a cierto asentamiento, a la reflexión y a la vuelta a determinadas prácticas tradicionales. Se piensa en cosas más permanentes. Hasta se decide en el pueblo hacer una escuela: "Nunca se pensará en atacar obra semejante en las épocas de derroche y ruido". (p. 112). ¿Es un cambio? No, en el fondo se trata del cumplimiento de una primera etapa, con respecto a la cual la crisis fue un límite final. Las poblaciones tienden a ordenarse según formas acostumbradas antes de la locura petrolera, pero todo dentro de nuevas situaciones. La fuente económica vital sigue siendo el petróleo. Los amos extranjeros están allí. Y el afán de imitación de parte del criollo hacia los invasores permanece igual o se ve acrecentado en su aspiración de, una vez ordenadas las poblaciones, hacer vida de relaciones abiertas con ellos. A fin de cuentas, el único cambio cierto se produce en la mente de los individuos. El autor precisa la esencia de esta transformación de manera no exenta de retórica:

La emotividad humana fue buscando el equilibrio perdido. La música de nuevas esperanzas reguló el ritmo de los corazones. Del estruendo discordante de aquellas muchedumbres atolondradas, se ha pasado por el tamiz del dolor al reposado compás de una ciudadanía que de pronto se descubre en posesión de cariños y deberes inexplorados. Cariño y deber al pueblo donde corrieron sus ansias, donde quedó un poco de su sangre trasfundida en otras venas. Descongestionados como ahora, tras la revelación de la crisis es como pueden los sentidos descubrir el verdadero valor de la nueva ciudad fundada en horas de ceguera y desenfreno. (p. 111).

Los diversos elementos temáticos constitutivos de *Mene* confluyen en la determinación de una conclusión caracterizadora de todo el conjunto ambiental que ella refleja: el efecto asesino del petróleo es lo que define su explotación. En especial la parte segunda de la novela, "Rojo", evidencia la sangre y la muerte que acompañan al petróleo y su co-

mercio en la época inicial; pero también las otras partes de la novela revelan los perjuicios y desastres derivados del petróleo, no siempre representados por la muerte física, sino también por el aniquilamiento espiritual y la más absoluta amoralidad.

Dentro de ese propósito de mostrar los efectos destructores de esta etapa de la explotación, se comienza por plantear el caso específico de las exploraciones en tierra motilona, donde los hombres son aniquilados por la fiebre o por las flechas, y quienes regresan lo hacen en condiciones de desechos humanos (p. 61-63); para luego pasar o ofrecer toda una gama de modalidades del robo, del asesinato, del suicidio, de la prostitución, porque “el petróleo envenena a la gente” y se está en una zona petrolera, es decir donde “el más sano se vuelve una fiera” (p. 77). De otro lado se encuentra el matrimonio desajustado, falso, entre el yanqui y la mujer criolla –como el caso de Jorge y Ángela–, donde los prejuicios sociales y raciales acaban por establecer la salida de la decepción y el suicidio. Y el afán de riquezas. Y el olvido de las buenas formas en el trato. Y la locura del oportunismo. Y el vasallaje espiritual. Y todos los males, reunidos, recrecidos. De donde nace no sólo el espanto y el rechazo ante esa realidad, sino hasta una suerte de prejuicio casi supersticioso contra el petróleo. Como en el caso de Narciso, quien llega a pensar, para explicarse la total sequía, de las tierras de la zona, que “el petróleo que llena todo esto por debajo, es lo que no deja brotar el agua dulce y crecer las matas” (p. 134). En lugar caliente y árido no podrá imaginarse mayor maldición para el petróleo que considerarlo la negación de los ríos y la vegetación. Es la asfixia.

Allí está la gran conclusión que deja la novela, y no sólo como una afirmación de los hechos de la realidad, sino así mismo como el señalamiento de su permanencia: Lagunillas es arrasada por un incendio, pero se rehace en seguida (p. 98); es el símbolo del desastre del petróleo, pero también de la capacidad de recuperación del ambiente petrolero.

Como recapitulación, cabe destacar a *Mene* como la primera novela del petróleo de autor venezolano; obra de gran valor original en su concepción general y de sólida significación documental, basada en las experiencias directas de Díaz Sánchez. Reafirma y amplía esta obra el panorama general de la creación novelesca venezolana sobre el petróleo, abarcando con acierto y poder sugerente la atmósfera total de las zonas petroleras en su etapa inicial, con temas tan nuevos como el relativo a la

crisis económica. De otra parte es la más viva e importante novela de Ramón Díaz Sánchez.

Cuatro años después de la aparición de *Mene*, publica Ramón Carrera Obando un largo fragmento de **Remolino** (Carúpano, 1940),³⁰ que hubiera sido la segunda novela petrolera de autor venezolano —y la tercera en orden cronológico temático—, de haberse editado completa. La parte ofrecida al público consta de treinta y tres páginas, suficientes para evidenciar el gran interés y la notable fuerza del tema que las recorre y del tratamiento realista que el autor les confirió. Interés y fuerza que hacen desear la lectura del texto total, y lamentar su no publicación hasta el presente, o lo que es aun peor, la posible condición inconclusa.

Remolino lleva el subtítulo de: “Aspectos del petróleo en Venezuela”, y a la captación y reflejo de este asunto dedica sus páginas fragmentarias. La acción se ubica con toda claridad en el espacio: el Oriente de Venezuela, probablemente la zona de Caripito (señalándose como la primera pintura novelesca de ambientes petroleros que se sitúa en esa región del país y se sale del monopolio mantenido por el Zulia). Del mismo modo se precisa en el tiempo, con claras determinaciones históricas: los comienzos de la búsqueda y explotación del petróleo durante la dictadura de Gómez. Y, extremando la delimitación, si se acepta que el lugar petrolero de nombre disfrazado es Caripito, podría pensarse en 1928, año en que la Standard Oil Company hizo el suculento hallazgo del campo de Quiriquire, en las cercanías de Caripito, que por entonces era una pequeña aldea como la que pinta la novela.³¹

Cuando Carrera Obando publica el fragmento de *Remolino*, las nuevas condiciones económicas han llevado a Venezuela al lugar de segundo productor de petróleo del mundo,³² auge acrecentado por las exigencias en hidrocarburos provocadas por la segunda guerra mundial. Sin embargo, son hechos ajenos a la acción de la novela, ubicada, como se ha dicho, en la etapa inicial de las exploraciones y la primera explotación. Entonces las condiciones eran distintas y a ellas se atienen hechos y ambientes presentados.

Todo empieza, como en otras novelas, con la llegada de los invasores. Los yanquis arriban al pueblo de Mapirito, en medio del recibimiento servil de parte de las autoridades del lugar. Y de inmediato comienza a operar el efecto deslumbrante de la noticia del descubrimiento de petróleo en el sitio. Es la “nueva conquista” (p. 106), que ya habían descrito y calificado *Tierra del sol amada* y *Mene*. Llega la avanzada. Son pocos; pero ya aparecen provistos de extraños aparatos y artefactos que empiezan de

inmediato a ejercer sus efectos mágicos:

Del lado del llano, por detrás del Cementerio de los españoles, llegaron tres extranjeros con sus trípodes teodolíticos, sus parasoles gigantes, y sus maletones provistos de grandes cantidades de alimentos manufacturados. (p. 86).

Al poco tiempo aparece el “portón petrolero”: la zona de la Compañía “Aceite Crudo Venezuela Co.” (p. 93), y acuden trabajadores de los más distintos orígenes, atraídos por la oferta de salarios elevados, que resultan, en la realidad, mucho más altos que los de otros oficios (p. 89). En seguida se hacen sentir los efectos nocivos del cambio. Es el mismo planteamiento de novelas anteriores, y en especial de *Mene*: la llegada de forasteros diversos y de pocos escrúpulos llevan el pequeño pueblo a la descomposición general. Sin embargo, no cae Carrera Obando en la ingenuidad de describir la vida del poblado en la etapa anterior a la era del petróleo como placentera y equilibrada, con el solo propósito de hacer más aguda la contraposición con respecto al nuevo orden impuesto por la invasión bituminosa. Su visión realista le hace destacar —no olvida el autor que se vive bajo el régimen gomecista— cómo desde antes el jefe civil Linares en combinación con el presidente de Estado tenía como negocio propio los impuestos y sobre todo las multas a que hubiera lugar en Mapiroto. Lo que sucede entonces es que la gerencia de la petrolera suplantó a la jefatura civil: Mr. Tom, el gerente de la Compañía, toma el asunto en sus manos, gratifica a las autoridades civiles con dinero y dispone la ley a su antojo. Es Mr. Tom quien impone sanciones a los obreros que él considera que han incurrido en falta menor o grave (p. 92) y hasta ha conseguido por convenio con el presidente de Estado que los presos sin dinero cancelen sus multas trabajando en la Compañía (p. 102).

El poder económico de la empresa petrolera se va haciendo cada vez más absoluto, hasta envolver a un número interminable de servidores y cómplices. El halago del sueldo elevado, de la gratificación extraordinaria, de la amistad protectora, resulta invencible. En la lista de fieles asalariados de la Compañía ocupa lugar destacado el médico venal, que se presta a ocultar las causas de muerte por accidentes de trabajo, convirtiéndolas en enfermedades comunes, para evitar desembolsos y problemas a la petrolera (p. 113). Allí están también el jefe civil, el abogado servil, el vigilante dispuesto a espiar y delatar. Pero *Remolino* va más allá y añade nuevas complicidades hasta entonces no presentadas en las nove-

las del petróleo. De una parte, el cura –dominado por los beneficios económicos y la prepotencia que se derivan de la alianza con la Compañía–, que sabe enseñar al pueblo “cuáles eran los santos caminos de la salvación: ¡la peinilla y el taladro!” (p. 111). Y de la otra –más concreta y productiva–, el inspector de hidrocarburos, pagado por la petrolera, representante de

la complicidad que siempre existió entre los empleados de las Inspectorías de Hidrocarburos: señores que vivieron la “paz gomecista”, encastillados en el Hotel Yanky, con todo libre, para que el oleoducto corriera con libertad hasta los “tanks” conductores de aceite... (p. 113).

A semejanza de *Mene, Remolino* destaca el dominio de la máquina y sobre todo del vehículo de motor sobre el hombre. Es la fiebre de los carros y la proliferación de los choferes (p. 109), partes de una transformación total que se va operando. Pero donde centra generalmente su énfasis es en la presentación de la expansión de las propiedades de la Compañía por medio de la compra de tierras en condiciones abusivas e impositivas (p. 96). El procedimiento habitual es ofrecer cantidades nunca imaginadas por los dueños, y cuando falla el atractivo del dinero, pasar, con el apoyo de las autoridades civiles, a la vía más expedita de la coacción por la amenaza o el daño inferido a manera de muestra. De este último recurso es víctima el pequeño propietario Julián Ferino, que representa la resistencia ante los invasores, conserva su dignidad y no acepta vender a pesar de los halagos de Mr. Tom y las amenazas del jefe civil. Esto le lleva a prisión, y luego a ser remitido a la cárcel de la capital del Estado (p. 99-101). En un sentido más general, don Salustiano encarna el caso mayoritario del dueño de tierras forzado a vender por las circunstancias externas y las necesidades económicas personales, y que luego lamenta verse separado de sus campos de labranza, atemorizado, además, ante el futuro incierto (p. 104). Duele el abandono de la tierra familiar, y duele que todo sea en provecho de los nuevos conquistadores y en perjuicio del pueblo, que se transforma de modo negativo en todos los aspectos:

El que ha nacido campo adentro, en la tierra que produce el racimo, la mazorca y la piña melosa, sabe cómo duele cuando los tractores y las cuchillas “Robsbilders” y “Caterpillar” arrasan los campos de agricultura, para tender

la carretera que ha de conducir la “planchada” del taladro. Cómo se transforma el florecido regazo agrícola, en el erial del bituminoso material que se nos va del suelo a robustecer la transacción judía que nos trae la carestía de la vida; que arrastra la guerra entre vecinos; que acecha entre hermanos; que tapa los ojos a la caridad; que ofrece la chispa para el incendio destructor; que mata a mansalva como la palabra de Judas... (p. 104).

Directamente unido al tema de la adquisición abusiva de tierras, surge el otro asunto central de *Remolino*, que se vincula con su propio título: la transformación del medio, que se convierte en un verdadero remolino físico y espiritual. Es el cambio total. La desarticulación con respecto al ambiente tradicional, a la historia, a las costumbres establecidas. La tierra se ve hollada, profanada en su eglógico aspecto legendario. Y todo por exigencia del nuevo orden económico, de la conquista petrolera. Carrera Obando no puede evitar el tono exaltado al reivindicar las formas inveteradas del paisaje y de las costumbres:

La tierra dulce, la que se granaba todos los años en cosecha de pan; la que endulza la múcura de la piña; y da el albo bocado de la yuca; la que florece en abril, mientras el arrendajo cuelga la manga de su nido y saluda con el lírico capullo de su trino la orgía luminosa del nuevo día; la de los ricos frijoles de Doña Lucía y la azucarada panela de Don Salustiano; la bravía de Ferrino que sabe defenderla; y claudicante de Gallito, el gendarme y espaldero de los tiranuelos; ésa se iría pronto entre los dientes de los “Caterpillar” y los “Robsbilders”, para dar cabida a la otra, a la del hombre de la camisa de kaki, a la de la victrola ofrecida por Salomón; y a la que se doblega diplomáticamente ante el cheque azul del alto empleado; y en el brindis espiritutoso de la Sal Molía, y en el barato precio del “guachimán”, matador de su hermano, mientras el extranjero le azuza al oído la primera palabra de la nueva conquista... (p. 106).

Por encima de todo se precisa la sensación de alteración, de violencia sobre lo asentado, que define el alud petrolero. La búsqueda en el seno de la tierra es la única obsesión válida; en su nombre todos los cambios adquieren significación primordial en la nueva etapa que viven las poblaciones sacadas de su anterior economía agrícola, y todo se justifica en aras del progreso. La máquina sigue su marcha sin cesar. Es la esencia y el

símbolo determinante de *Remolino*:

La rueda lo arrasa todo, mientras el taladro busca con su aguja mágica las fuentes prodigiosas que alimentan las bolsas, preparan las matanzas y decujan el árbol de la tradición... (p. 111).

Cuando Rómulo Gallegos publicó su octava novela, ***Sobre la misma tierra*** (Barcelona, España, 1943), quiso lograr con ella la visión fundamental de una importante y característica zona del país: el Zulia, y a la vez desplegar ante sus compatriotas un verdadero programa ideológico para enfrentar los males más visibles del país. En ambas direcciones tenía Gallegos que abordar el tema petrolero: es imposible tratar de la región zuliana sin referirse al petróleo, como es igualmente imposible enfocar el conjunto de la realidad venezolana sin encarar el problema petrolero. *Sobre la misma tierra* no es una novela del petróleo, pero de él deriva una de sus esencias. En efecto, el asunto petrolero es uno de los dos principales soportes temáticos e ideológicos de la obra, junto al que se relaciona con la comunidad goajira y sus particularidades. Sin embargo, a fin de cuentas, por fuerza lógica y como una muestra de la agudeza del autor, ambos asuntos se vinculan en lo que puede ser considerado como el sentido final de la novela: sobre la misma tierra se levantan, casi una al lado de la otra, la miseria del indígena (vale decir el criollo, el habitante de la tierra) y la riqueza sorprendente y ajena del petróleo. Cuando Remota vuelve a su Guajira nativa, el chofer del carro que la transporta lo expresa con total claridad:

—¡Ah mundo! Esta pobre gente teniendo que caminar kilómetros para llevarse al rancho la chirigüita de agua sucia y el viento perdiéndose por toda la Guajira, sin la torre de un molino que lo haga trabajar para que el indio siquiera beba una agüita limpia. ¡Ah mundo! Y no muy lejos de aquí, en la zona petrolera, ese torrerío ajeno enriqueciendo al musíú, sobre la misma tierra. (p. 157).

Esa claridad en el planteamiento de la verdad definitiva —reveladora de una situación económica y política— con respecto al sentido de la explotación petrolera, no sorprende en la novela de Gallegos de más resaltante intención social, ni en una época en la cual equivocarse con respecto al real estado de cosas en materia de petróleo en Venezuela sólo

estaba reservado a los ingenuos desmedidos y a los cómplices igualmente sin medida. Para el momento de la publicación de *Sobre la misma tierra* se ha producido un notable ascenso en la producción y exportación del petróleo venezolano, en aras de la segunda guerra mundial, sin embargo entorpecidas temporalmente por las incursiones de los submarinos nazis en el Caribe. Los años de 1940 y 1941 señalaron la iniciación de la producción comercial de nuevas compañías. Y el auge de los beneficios de las empresas –evidentes para todos y muy claros para un escritor penetrante como Gallegos– llevó en 1941 al gobierno del General Medina a hacer públicas manifestaciones de sus propósitos de aumentar la participación de la Nación en los beneficios del petróleo, lo cual se haría patente en 1943 con la promulgación de una nueva Ley de Hidrocarburos que imponía aumentos en el impuesto de explotación. Sin embargo, Gallegos escribe su novela en una etapa de reflexión y consideración atenta del problema petrolero. Las situaciones cambiantes de aumento y descenso de la producción; el debate público suscitado desde tiempo atrás por la publicación en 1936, del artículo slogan de Arturo Uslar Pietri: “Sembrar el petróleo” y sus derivaciones de enfoques prácticos para aprovechar la riqueza del petróleo en inversiones que impulsasen otras riquezas, como la agricultura y la ganadería; el fin de un lapso, en 1943, de recuperación de la crisis mundial, según algunos expertos³³; son todos factores que llevan a la meditación equilibrada sobre el petróleo. Y ello se palpa en *Sobre la misma tierra*.

La visión de Gallegos del problema petrolero en esta novela podría concentrarse en siete enfoques, correspondientes a otras tantas ideas o interpretaciones. Con lo cual se está afirmando que no se trata de reflejo contemplativo del asunto, sólo documental, sino que, de acuerdo al procedimiento acostumbrado por el autor, hay el claro afán de penetrar, de comprender y explicar razones profundas y sentidos ocultos. Y justamente así como en otros terrenos sociales, económicos y políticos el enfoque galleguiano resulta parcial y hasta superficial por las limitaciones impuestas por las fronteras cercanas de su campo ideológico, es en la materia petrolera tratada en *Sobre la misma tierra* donde logra ahondamiento excepcional, sólo superado por *Mancha de aceite*. Y esta penetración es en particular válida en cuanto a la esencia misma de la explotación petrolera, sus órdenes impartidas en inglés, sus gruesos beneficios orientados hacia las cuentas bancarias de los grandes *trusts* internacionales; ya

que la novela no entra en los medios posibles de enfrentamiento y superación de este despojo supuestamente legalizado.

El primer enfoque del tema petrolero en esta novela se refiere a la instalación de las compañías, afincada en los manejos dolosos de los propios *trusts* y en las facilidades y complicidades aseguradas por los intermediarios entreguistas y los abogados a sueldo de las empresas. Los vendedores reales y los fingidos que participaban en falsas ventas fueron los primeros en abrir las puertas a los invasores. En ese grupo se encontraba el mismo Demetrio Montiel, como destaca amargamente *Remota* (p. 124). Y allí privó el negocio turbio, el engaño inhumano del ignorante y del indefenso, la simulación, la trampa; para adquirir tierras en favor de las Compañías y comenzar a bailar “la danza de los millones”, como decía Demetrio Montiel (p. 79). Después, todas las barreras legales fueron franqueadas por los abogados sometidos a los intereses de las petroleras —Gallegos vuelve aquí al tema apuntado en *Odisea de tierra firme*—; en tal número incorporados al frenesí del dinero distribuido con largueza, que de pronto resultaba asombroso encontrar alguno “de los pocos abogados que no habían querido lucrarse con la venta del subsuelo zuliano al taladro extranjero” (p. 83). Estos comienzos fueron una verdadera rebatiña infame, traidora, donde sólo prevalecían los intereses personales de los ambiciosos, que los hábiles extranjeros sabían explotar con todo cálculo. Es una vergonzosa realidad que lleva a Gallegos a dar, desde el principio, un tono de alegato, de requisitoria a su presentación del tema. Un buen exponente de su actitud es esta escena, que recuerda otra de forma similar, aunque en distintas circunstancias, de *La bella y la fiera*:

...no tardó en divulgarse la estupenda noticia de que en el Zulia se estaba pisando sobre oro negro.

Y comenzó la rebatiña de las concesiones en torno al dictador omnipotente:

—¡A mí, general! ¡No me olvide, viejo! ¡Un papelito de éstos y cuente conmigo, jefe!

Los intermediarios ya de la esterlina, del florín y del dólar no estaban en el campo de la rebatiña, pero ya habían hecho las guiñadas de ojo del entendimiento malicioso.

Y a los bufetes, después de los forcejeos de la subasta, para que los abogados diligentes les aplicasen a los papeles su discreta ciencia.

—*All right* —aprobó el circunspecto Londres.

Y Holanda tiernísima:

— *Splendid!* —suspiró.

Y el cordialote New York, a la pata la llana, como gente de la casa:

—¡O.K., boy!

Pero todos muy cumplidamente, al doctor aplicado, por sus buenos oficios:

—Y para usted...

Royalty. La palabra inglesa adecentó la codicia criolla entrando en el argot de la gente afortunada que ya podía ser elegante, y una inmensa porción del subsuelo venezolano pasó al dominio del taladro extranjero. (p. 7576).

Después de sentar las características de esta iniciación de la piratería petrolera, *Sobre la misma tierra* señala un aspecto esencial de los métodos de sostenimientos del estado de cosas implantado: concretamente la iniquidad que rige las diferencias en materia de vivienda y de salario entre el petrolero yanqui y el trabajador venezolano. Esta injusticia se encuentra en la base misma de la explotación petrolera y en cada uno de los planos de su proceso total. Pero algunas manifestaciones del abuso resultan más visibles, chocantes e inadmisibles, sobre todo cuando afectan de modo directo al elemento humano: la discriminación, el despotismo, el engaño. En este caso, Gallegos destaca el desequilibrio existente en materia de salarios y que beneficia al trabajador yanqui en perjuicio del criollo, ya que entre ambas categorías no existe el elemental principio de "igualdad de tratamiento en igualdad de circunstancias" (p. 134). Del mismo modo se pone énfasis en mostrar el contraste entre Lagunillas de Agua, no sólo reducida a la miseria sino prácticamente a cenizas después del conocido incendio, y las agradables y casi elegantes zonas de viviendas para importantes petroleros venidos de fuera:

Las floridas parcelas de los altos empleados de las compañías, extranjeros todos; las ordenadas oficinas laboriosas; los verdes prados para el juego del golf y las canchas de tenis... (p. 126).

El tercer enfoque se refiere a una idea especialmente original, profunda y verdadera: hay un país petrolero dentro del país Venezuela. Es tal vez la constatación política más aguda de toda la novela. Y a través de ella se ve la existencia de un poder petrolero que se ejerce sobre la nación dominada como un ejército invasor se adueña por tiempo indefinido del territorio conquistado. El símbolo es "mushiú Dola" (p. 122), y el hecho

concreto aparece señalado en una conversación entre Remota y el singular Mr. Hardman. El yanqui lo expresa de manera casi burlona (aunque no parece intención del autor que se perciba de ese modo en ese personaje), con rasgos de humor cruel: invita a Remota a conocer la zona petrolera para charlar

—Mientras yo le muestro a usted un país mío que está pasándose una bonita temporada en el país de usted.

—¿Una temporada solamente? —había objetado ella. (p. 120).

Y esta pregunta con que replica Remota ayuda aún más a precisar la posición de amarga protesta al respecto, de Gallegos. No son unas fructíferas vacaciones nada más las que se está pasando el país petrolero extranjero en el país Venezuela, se trata ya de un orden, de un estado de duración indeterminada.

Lamentablemente, Gallegos no desarrolla esta interesante revelación de la existencia de un país petrolero que se rige por sus propios principios y leyes, provenientes de la metrópoli sin tomar en cuenta las normas internas de la colonia. Sobre todo deja fuera —o sólo toca levemente— la cadena de complicidades que comienza en el pozo petrolero, pasa por el escritorio del gerente de la Compañía y termina en el despacho del propio jefe de gobierno. Es la corrupción oficial nacional en el engranaje petrolero —que con tanto énfasis denuncia *Mancha de aceite*— y cuya ausencia en *Sobre la misma tierra* constituye una de las lagunas esenciales del reflejo que allí se logra del problema petrolero³⁴. Por suerte la novela contiene reiteradas presentaciones gráficas y ostensibles del poder extranjero del petróleo en tierra venezolana, significando la esencia final de la realidad; algunas tan bien logradas como ésta:

Locomotoras, camiones, tractores, grúas... Toneladas de hierro y acero ajenos que hacen retemblar la tierra venezolana y el músculo venezolano contraído en recia actividad dirigida por palabras inglesas, entre bocanadas de humo de tabaco de Virginia, cachimba en la boca. (p. 81)

El cuarto enfoque del tema petrolero en esta novela tiene proyecciones internacionales bien definidas. Significa la búsqueda de las expresiones finales —o elementales, si se toman a la inversa— de la realidad petrolera total, ya fuera de los falsos límites nacionales, en solicitud de las

bases definitivas de la gran maquinaria petrolera. Es una verdad breve, pero de gigantescas proporciones, que viene a culminar el enfoque anterior, concediendo a esta obra de Gallegos particular profundidad y valor en la denuncia reivindicativa del despojo petrolero. Con determinada intención –muy idealista en un afán de demostrar equilibrio ante el yanqui–, corresponde decirla a Hardman, el singular *driller* de Arizona:

...Yo soy parte de una máquina grande y fuerte que se maneja desde Wall Street. (p. 92).

En seguida puede precisarse en *Sobre la misma tierra* un quinto enfoque: las ventajas y los males derivados del petróleo. En primer lugar fue la locura del petróleo, sembradora de confusión, elemento de desequilibrio de pronto lanzado en un país de estructuras económicas tradicionales. La consigna fue “¡Petróleo o nada!” (p. 79). Y de inmediato surgieron las poblaciones improvisadas, representaciones del desorden repentino. Pueblos “desmirriados, torcidos, tarados... mal paridos por la prisa aventurera”, llenos de ranchos y barracas, de taberneros y prostitutas (p. 80). Los propios pobladores de estos centros enloquecidos, los trabajadores del petróleo, eran un claro signo de la desarticulación: atraídos por el resplandor de los salarios elevados, habían dejado sus tierras y sus rebaños para correr tras la nueva esperanza de mejoría económica (p. 83, 123). Son realidades que llevan al autor a referirse al progreso petrolero en un tono de acre ironía:

Petróleo era riqueza y el porvenir diría si habrá valido la pena. ¡Venezuela en marcha! (p. 80).

En un momento dado, la sensación de tierra de “porvenir próspero” por aquel “poderoso esfuerzo industrial”, se da a Remota Montiel (p. 120). De otro lado el sin par Mr. Hardman expresa, como uno de los beneficios derivados por Venezuela del petróleo, una circunstancia específica de orden proletaria que sencillamente significa el desarrollo de una clase obrera consciente de su sentido y de su fuerza. Este importantísimo señalamiento sólo se hace de pasada, y al aparecer en boca de Hardman pierde la mitad de su esencia esperanzada. Queda registrado junto a otros

supuestos beneficios intangibles:

...el obrero venezolano está adquiriendo un sentido de responsabilidad personal, de eficacia y una conciencia de clase, que es también sentido de responsabilidad social, que realmente no tenía. (p. 133).

Pero estos intentos de equilibrio, de ver objetivamente aspectos negativos y positivos, no dejan duda en cuanto al balance: se trata de un país convertido en “monoprodutor y de riqueza extractiva, por añadidura”, y será siempre discutible si las ventajas económicas derivadas del petróleo compensan de los males materiales y espirituales ocasionados a los pueblos y habitantes de los lugares petroleros y del desajuste económico y moral causado a todo el país.

En el mismo afán de forzada objetividad, Gallegos entra en la consideración de la personalidad humana de los petroleros. Allí se siente en la obligación de presentar a un yanqui perforador de pozos al servicio de la Compañía, que, por misteriosas cualidades íntimas, hasta entonces ocultas, de repente decide ser un hombre de honor y separarse de los negocios turbios de la gran empresa. El razonamiento, sin duda, es el siguiente: no todos los petroleros, uno a uno, pueden ser individuos insensibles al mal que ocasionan a Venezuela, dominados por el interés económico y la ignorancia de lo que no sea su beneficio personal; no todos pueden estar regidos por sentimientos de superioridad de colonizador y por odios raciales; no todos pueden obedecer ciegamente las órdenes de la Compañía hasta el extremo de intervenir, sin protestas, en los manejos más dolosos y las usurpaciones más escandalosas. Y hasta aquí todo parece inobjetable. Al menos teóricamente, la excepción es posible. Además, hay que ofrecer una visión objetiva, desapasionada, de la realidad. Y en verdad lo que se logra es un enfoque idealizado, artificial por las imposiciones teóricas. Lo que se ha hecho es *inventar* a Hardman. Su misma índole excepcional, a todas luces singular, le resta significación en una novela que aspira a tipificar una realidad, dando de ella lo que le es característico y habitual, y no lo que sólo tiene cabida por la vía de lo insólito. Desde luego que Hardman ha sido un personaje muy del gusto de críticos literarios norteamericanos, quienes, seguramente sin ánimo tendencioso, han destacado la pintura de este yanqui *bueno* como una demostración de la gran objetividad de Gallegos, representativo de las buenas intenciones de los amigos del Norte y disipador del gusto amargo dejado por el Mr. Danger

de *Doña Bárbara*.³⁵ Pero en el fondo es una mera fantasía que se ajusta al rigor excesivo de ciertos patrones preconcebidos por Gallegos para sus novelas. Lo que sí está visto con los pies —sobre la tierra sobre la “misma tierra” donde se explota el petróleo, en este caso— es que para quien tenga la ocurrencia de actuar como Hardman no queda sino la salida de la renuncia (p. 193).

Por último, el enfoque total, síntesis del sentido general de la novela: sobre la misma tierra toman vida y permanencia, en sitios colindantes, la miseria propia y la riqueza ajena. Es la esencia del planteamiento final, que Gallegos ya insinúa en el título de la obra y que después enfatiza en sucesivas reiteraciones a lo largo de las páginas. Ya se mostró este mensaje al comenzar a tratar de *Sobre la misma tierra*, pero no es la única oportunidad en que se expresa de manera tan clara; hay firmes repeticiones de la idea, con el importante añadido de la irresponsabilidad nacional, es decir la culpa repartida entre la voracidad extranjera y la negligencia criolla. Los pueblos pobres levantan su triste espectáculo junto a las torres millonarias (p. 125); y han sido los mismos nacionales los primeros causantes de esa situación. Gallegos resume su planteamiento con toda precisión:

Ludmila contempla el soberbio espectáculo de las torres erguidas y con esto y sus impresiones de hacía poco, ante la indiana de Tierra Negra y las que ahora ha recogido al paso por los pueblos, formula esta conclusión:

—La estupenda suerte ajena junto al descuidado infortunio propio, sobre la misma tierra. (p. 126).

Finalmente, la novela, a semejanza de *Mene*, presenta el símbolo del incendio de la turbulenta Lagunillas —especie de culminación catastrófica del desenfreno—, y al igual que la obra de Díaz Sánchez, en la de Gallegos permanece la proyección también simbólica de las torres petroleras que no son destruidas, que sobreviven hacia el futuro (p. 85).

Sin ser propiamente una novela petrolera, *Sobre la misma tierra* tiene importancia de primer orden en el desarrollo del tema en Venezuela, en especial por su vigoroso tono de alegato, de denuncia animada por un evidente espíritu nacionalista. No sólo pinta con indudable acierto territorios y ambientes —físicos y espirituales— petroleros, sino que va más allá, en la búsqueda de las verdades ocultas y las fuerzas definitivas que gobiernan la maquinaria petrolera. En ese camino, esta obra sólo es superada por *Mancha de aceite*; anotándose, sin embargo, a su favor, en un balan-

ce de señalamientos, el apuntar con toda exactitud dos hechos tan significativos como la existencia de un país petrolero extranjero dentro del país Venezuela y el manejo del engranaje petrolero desde Wall Street. A esta visión internacional —realista y aguda— de la explotación petrolera no une Gallegos la determinación de las complicidades oficiales nacionales —sólo indica las particulares—, pero en cambio pone todo énfasis en el complemento básico de su gran mensaje reivindicativo y condenatorio: es inadmisibles que sobre la misma tierra coexistan la miseria nativa y la riqueza extraña. Lamentablemente Gallegos se queda en la denuncia; no hay perspectivas de salida o al menos líneas de lucha con miras al porvenir.

Aparte de las novelas donde ocupa sitio central, o al menos lugar sobresaliente, el tema petrolero continúa figurando incidentalmente en obras novelescas destinadas a otras captaciones, pero en las cuales cualquier intento de visión de la problemática nacional profunda, ya sea en su conjunto o en parcelamientos regionales, lleva de algún modo a tocar el gigantesco y proteico asunto. Es el caso de *Clamor campesino* (Caracas, 1944),³⁶ de Julián Padrón. Allí, el autor aspira a presentar aspectos determinantes de la vida de los campesinos del Estado Monagas, entre ellos el de las dificultades que encuentran para dar salida a los frutos que cultivan. Y de inmediato se plantea al autor la cuestión de relacionar esa circunstancia con la presencia próxima de campos petroleros. Todo parece muy lógico y natural, y Padrón ofrece la visión idealista —y conciliadora de intereses opuestos— de las Compañías petroleras como posibles mercados para los productos de los agricultores y los hacendados cafetaleros de la región, a condición de tener buenas carreteras (p. 158). De su parte, la realidad evidencia el proceso económico de círculo cerrado en cuanto a la dependencia del Norte de la vida en los campos petroleros, y que elimina la posibilidad de la perspectiva anterior sobre el mercado para los frutos de la región: las Compañías estaban importando conservas alimenticias cuya materia prima “se producía en la zona monaguense donde ellas operaban” (p. 205). Padrón no penetra las razones profundas del hecho, sin ver que esto ocurre independientemente de que haya o no fáciles vías de comunicación. Y su visión idealista culmina al imaginar —en la misma época en que publica su novela— a las Compañías ayudando, con el aporte de maquinarias, de la manera más desinteresada, a diligentes inmigrantes agricultores a hacer una carretera que atravesaría toda la fértil región y permitiría el rápido transporte de los productos agrícolas (p. 288). Sin embargo, es de interés destacar que al lado de estas idealizaciones, la ex-

perencia propia y la fuerza de los acontecimientos reales llevan a Padrón a poner énfasis en señalar el desajuste económico y los males morales provocados por la nueva explotación y los pueblos improvisados en la zona, y en especial lo tocante a la gravedad del intenso éxodo campesino, bajo el atractivo del brillo de las monedas que ofrecía a manos llenas el petróleo y que con frecuencia se trocaban en invalidez o muerte (p. 81-84). Aunque a decir verdad esto de “monedas a manos llenas” resultaba muy relativo, sobre todo con respecto a los obreros no calificados, cuyos salarios eran sumamente bajos.

En *La casa de los Abila* (Caracas, 1946),³⁷ de José Rafael Pocaterra, el petróleo importa a la acción por cuanto significa una perspectiva de mayor riqueza para Juan de Abila, cuya recuperación económica se asentaba en el trabajo agropecuario, hecho fundamental para el desarrollo de la novela, ya que Juan es no sólo personaje central sino además encarnación de la proyección simbólica más esperanzada de la obra. Sin embargo, la presencia directa del tema es mínima. Se entiende, desde luego, que se trata de una época –podría fijarse en 1918– cuando apenas comenzaban las exportaciones de petróleo venezolano, y todo lo relativo a esta industria se encontraba en su iniciación. Precisamente lo más frecuente era la compra de tierras ricas en yacimientos, con el consiguiente beneficio económico casi milagroso para los vendedores, tal como el caso que presagia *La casa de los Abila* y que recuerda el ya visto en *Elvia*.

Así, propiamente el *problema petrolero* no toma parte en la novela; sólo surge, por la vía indirecta, un aspecto elemental del asunto, no enjuiciado ni cuestionado. Es visible cuando Juan pide a Sabás que le muestre el sitio de sus propiedades llamado El Mene, donde aflora un aceite negro por varias bocas y hasta se encuentra una gran laguna de betún. El interés le viene a Juan más por indicaciones de Roberto, quien ya había visto muestras del líquido, que por una verdadera conciencia de la posibilidad de la existencia de yacimientos petrolíferos. Después de una prolongada marcha, llegaron al lugar, donde Juan toma todas las notas de ubicación y características que le había pedido su amigo, y en última instancia queda sorprendido ante la magnitud del hallazgo. Todo marcha hacia el registro del yacimiento y hacia la futura mayor riqueza de Juan (p. 303-304).

Más adelante, como otra muestra del vigoroso realismo de esta novela, el descubrimiento definitivo y el registro legal dan paso al inevitable, y deseado, complemento: la perspectiva de venta a “míster Curtis, el

americano"... (p. 317), el fatal "americano" del petróleo venezolano desde los comienzos de la búsqueda hasta nuestros días.

Fue la segunda oportunidad en que Pocaterra dio entrada al tema petrolero en sus obras novelescas –antes, en *Tierra del sol amada*, había apuntado el sentido y los efectos de la "nueva conquista"–, esta vez como una muestra de la significación creciente, cotidiana, que el petróleo tomaba ya en aquella época en la vida nacional, hasta el extremo de afectar los más diversos aspectos de la dinámica del país y de sus habitantes, y aun poder transformar –como en el caso de Juan de Abila– un destino, una voluntad, un hombre en suma, bajo los efectos del oro repentino y aparentemente regalado.

Cuando aparece *Guachimanes* (Santiago de Chile, 1954), de Gabriel Bracho Montiel, han pasado dieciocho años desde su composición³⁸, y la realidad petrolera ha variado considerablemente. Sin embargo, la obra conserva su particular fuerza como documento de época, justamente de los años en que fue escrita: finales del régimen dictatorial de Gómez y momento de la muerte del sátrapa.

Bracho Montiel insiste en que *Guachimanes* –nombre criollizado de los vigilantes que en lengua anglopetrolera se llaman "watchmen"– no es una novela. Con toda intención al respecto, subtitula su libro "Doce aguafuertes para ilustrar la novela venezolana del petróleo", y en nota de solapa enfatiza su punto de vista al afirmar que "este libro no es una novela" y que fue escrito como apuntes para "organizar precisamente una novela". Añade que así se quedaron para siempre los apuntes, integrando ahora doce crónicas "que apenas se enganchan hasta aparentar una sola narración". En verdad sólo el primer cuadro, *Uno menos*, queda desgajado del conjunto como relato diferenciado; los once restantes son partes –tal vez poco desarrolladas de acuerdo a los planes del autor– de un todo, de una novela en ciernes, o decididamente de una novela breve. No dejaría de ser absurdo debatir con el propio autor la ubicación genérica de su obra, pero es obvio que si Bracho Montiel hubiera publicado *Guachimanes* sin el primer cuadro y bajo la clara presentación de "novela", su libro sería una importante, viva y vigorosa novela breve del petróleo en Venezuela. En tales condiciones, en este seguimiento de la trayectoria del tema petrolero en la novela venezolana, se tratará de *Guachimanes* como de una unidad novelesca, quedando establecido que en ese caso se hace referencia a las once "aguafuertes" señaladas, que son en rigor once capítulos de una novela que casi llega a las cien páginas.

En primer lugar sobresale la descripción de los elementos que posibilitaron el asentamiento de las Compañías: el despojo, las compras engañosas, los intermediarios serviles (p. 53-54). Son hechos ya observados, en forma reiterada, en novelas anteriores. Las imposiciones cronológicas de la fecha de edición impiden que estos señalamientos sean considerados como originales; otra cosa sería si *Guachimanes* se hubiera publicado cuando se escribió, el mismo año en que aparece *Mene*.

Esos apuntes iniciales dejan, en seguida, lugar a los instrumentos de dominio y represión de que se valieron las empresas imperialistas para su fortalecimiento en la tierra extraña: el abogado venal, la discriminación racial, y sobre todo la monstruosa *lista negra* (p. 67), que podía condenar a un hombre al desempleo y hasta a la muerte, como se vio en *Mene*. Pero aun por encima de todo esto, la novela revela con toda fuerza lo que resulta todavía más inaceptable, más indigno: la complicidad del propio empleado criollo, olvidado de su tierra y de su pueblo. Y dentro de esta fauna de asalariados envilecidos de las bajas esferas de la Compañía, ninguno tan visible y odiado como el cuidador de los intereses extranjeros, el "Guachimán". Forma parte de la casta de los renegados: son los perros de presa para sus propios compatriotas, vigilantes comprados hasta en su sueño, aprovechadores de las ventajas y los valimientos derivados de sus puestos de confianza. Dan título a la novela, y ésta no tarda en retratarlos:

Los *guachimanes* que duermen de día, salen ahora con su reloj de control colgado como bulto de escolar y el arma al cinto. Primeras víctimas de la máquina, esclavos del reloj que impone sus viglias y denuncia las derrotas ganadas por el sueño, vagan por los caminos solitarios rumiando ideas oscuras como la noche, como la cabría, como el petróleo. Silban olvidados *corridos* del Apure, canciones viejas de la sierra trujillana, *gaitas* del Saladillo marabino; ¡silban y avanzan como las balas!

La Compañía paga sus insomnios, compra sus silencios y soborna sus complicidades. El "coronel" Jefe Civil gratifica sus influencias, subvenciona su cooperación, negocia sus delitos. (p. 17).

La transformación del medio se cumple casi instantáneamente. El atractivo de los salarios elevados, aun en su relatividad, llena su función de imán fantástico que lleva su poder a todos los rincones del país. Y surgen las poblaciones improvisadas, señaladas por el bullicio y el aturdimiento de

sus habitantes:

escándalo de Jazz-band, notas confundidas, lanzadas por mil pianos automáticos llamados pianolas, músicas de ortofónicas, primeros silbatos lúgubres de los primeros radiorreceptores, sirenas de automóviles. ¡En el mabil estarán descoyuntando las caderas los hombres que han de ir mañana a la maroma de la cabria! ¡Estará corriendo sobre el tapete la moneda del salario! (p. 18).

Surgen los prestamistas y los vendedores por cuotas (p. 19); las prostitutas y los aventureros de peor ralea. Surgen los jefes civiles déspotas al servicio de la Compañía, también prestamistas y también ladrones. Surgen las trampas al fisco, como aquella muy famosa que se resume de este modo: los barcos petroleros pagaban un impuesto de dos bolívares por tonelada, pero los que llevaban frutos del país estaba estatuido que pagasen sólo un bolívar, así que las petroleras compraban abundantes racimos de cambur, los colocaban a la vista en los barcos y con la complicidad de los inspectores obtenían la rebaja (p. 76). Surge, en suma, el torbellino del cambio, del nuevo estado, confuso y alucinante como una monstruosa sorpresa, afincado en la ambición y la corruptela generalizadas:

Fue un furioso batallón de hombres poseídos del torvo anhelo de lucro y explotación; abigarrado enjambre de pigmentos de pieles blancas o cobrizas o amarillas o negras, pero todo ello presidido por un solo espíritu de conquista que no era expresión de lucha fértil sino arrebato de absorción y de saqueo; por eso estuvieron juntos en la hora de la invasión el rubio portador del dinero y el criollo fraguador del plan perverso, la avasalladora catarata de dólares comprando conciencias baratas y la tremenda opinión del mausser y del foete quebrando rebeldías.

Se volvieron doradas las monedas de níquel y amanecieron con precio de arenas diamantíferas las tierras yermas... (p. 52). Preparado así el sendero asfaltado, vino por él un carro que tenía por ruedas dólares y esterlinas, y trabajo en la cómoda carlinga al jurista criollo, al mediquito obediente y sumiso, al contable atónito que aprendía ahora a sumar y dividir cantidades de siete cifras... (p. 53).

La situación de crecientes presiones insoportables va generando una rebeldía que al comienzo es sólo latente, soterrada (p. 46-47). Poco a

poco el nervio de la protesta y el afán de mejoramiento se va personificando, definido en las ideas y en los actos. Así aparece en la mente de don España y del doctor Trino Paz, reunidos en la funeraria del primero para intercambiar opiniones y libros revolucionarios. En las palabras del joven empleado de la Compañía míster Charles, anti-imperialista en su propia tierra, yanqui representativo del proletariado de su país,³⁹ que transmiten al digno y valeroso Tochito explicaciones sobre el funcionamiento de los sindicatos en Estados Unidos y sobre la necesaria lucha contra la explotación del trabajador y el robo del petróleo. También en las palabras del mismo Tochito, rebelde instintivo al comienzo y después cada vez más dueño de un espíritu de clase —ya convertido en un verdadero obrero (p. 39)— y de una conciencia anti-imperialista; que cuenta a su amigo míster Charles el intento, frustrado por la fuerza de las autoridades civiles, de fundar una So-Sociedad de Obreros (p. 37), y que permanece en el pueblo como una fuerza motorizadora de cambios hacia el futuro cuando míster Charles se ve obligado, a abandonar el país por imposiciones de la Compañía y del propio gobierno nacional, como represalia por su labor difusora de ideas. Por último, esta rebeldía se hace manifiesta y pública en el momento de la muerte del dictador Gómez, cuando la agitación promovida por estudiantes y obreros, aprovechando el ligero paréntesis de libertad que entonces se produjo, lanzó al pueblo a las calles y a los jefes civiles y torturadores al escape (p. 103-105). Como compendio de toda la rebeldía, en un sentido general, aparece la figura de Tochito: dignidad sostenida hasta el final, cuando puede tomar parte en la simbólica venganza consistente en el lanzamiento a las llamas del quemador de gas de los más connotados déspotas y espías del lugar; a la muerte de Gómez. Por componendas del Jefe Civil es acusado de robo a la Compañía, encarcelado y torturado, pero su rebeldía no se quiebra, en espera del momento de la venganza, que llega en medio de la agitación colectiva. Es un símbolo y una advertencia.

El espíritu anti imperialista que anima esencialmente a *Guachimanes* se hace evidente no sólo en exaltaciones ideológicas, en impulsos retóricos —casi siempre exclamativos—, que el autor no puede evitar y que delatan con exceso de intromisión su presencia y su afán de subrayar y acusar (p. 107, 152). Pero junto a este factor básico en la concepción y realización de la obra, se define una amplia visión sobre la invasión petrolera y la complicidad oficial generalizada, complementos fundamentales en el sentido final de la novela. La primera formulación queda recogida en es-

te diálogo:

Sobre un escaño de una nave hace el último comentario un coriano somnoliento:

—¡Ah mundo!... ¡Si los americanos se van se acaba este pueblo pa siempre! ¡Por eso es que el gobierno los ayuda y los deja de hacer de tó!

—¿Y si no hubieran venío nunca? —pregunta el Patrón.

El coriano responde casi dormido:

—¿Yo sé ... pues? (p. 23).

Y la segunda en la violenta reflexión de Tochito —expresada con las peculiaridades de su habla—, que explica aún más el sentido del título de la novela:

—¡Guachimán es er Coronel y er Presidente, y er juez y er Abogao, y er Ingeniero y er Médico! ¡Sí! ¡Guachimanes todos! ¡Guachimanes que también vigilan los pozos de donde sale el petróleo que nos roban! ¡Guachimanes, guachimanes son todos! ¡Er viejo Gómez es er primel guachimán! (p. 98).

En suma, *Guachimanes* es una valiente novela de medianas proporciones sobre el tema petrolero. Aun a sabiendas de que su autor la considera como apuntes para una novela, la extensión y la consistencia de lo logrado permiten referirse a esta obra como algo hecho, cerrado. Su publicación muy tardía ha actuado claramente en la limitación de su importancia histórica para el desarrollo del tema del petróleo en la novelística venezolana; de allí que muchos de sus asuntos y personajes que hubieran sido de gran novedad cuando se escribió la obra, dieciocho años después —fecha en que se publica— parezcan reiteraciones de tópicos ya presentados en otras novelas. Sin embargo, el énfasis señalador de la complicidad oficial, la aparición del espíritu de clase entre los trabajadores, el yanqui realmente revolucionario, la marcha del aparato imperialista, el proceso de mantenimiento y progresión de la rebeldía, así como ciertas descripciones de ambientes y de procedimientos del abuso de las autoridades y del robo al fisco, son señalamientos y logros novedosos, en oportunidades de poderosa sugerencia.

Al publicar *Cassandra* (Caracas, 1957), Ramón Díaz Sánchez se convirtió en el único autor venezolano de dos novelas sobre el tema gigante. En efecto, once años después de la aparición de *Mene*, vuelve a los

ambientes petroleros, con una especie de afán de completar, de enriquecer lo que inició en la primera y apasionada obra. Este propósito aparece como evidente, y así lo demuestra ese tono general de cosa “dirigida”, que lesiona grandemente el valor novelístico de *Casandra*. Todo lo que en *Mene* fue vida, naturalidad, experiencia, vigor elemental, es ahora circunstancia calculada, intelectualización, irrealidad extemporánea, efectismo intrascendente. Fallas todas sorprendentes en un novelista formado y experto, pero nada extrañas en un plan novelesco excesivamente lucubrado y lleno de prejuicios intelectuales y de supuesta profundidad reflexiva.

Casandra se desarrolla a partir de 1935, cuando el joven José Ubert (hijo del Joseíto Ubert de *Mene*) llega a Campo Escondido, después de haber estado preso en el Castillo de San Carlos, por represalia política de la dictadura gomecista, de 1928 a 1930 —en correspondencia con la propia experiencia del autor—, y de una estadía de cinco años en Maracaibo. La acción culmina en el momento de la muerte del sátrapa de turno, con la lógica agitación política derivada del hecho. Después, la novela se prolonga en un deshilvanado capítulo final, que el autor llama *epílogo*, y donde aspira a mostrar la evolución burguesa definitiva y antirrevolucionaria del joven José Ubert, y a aclarar algunos símbolos de la novela, que a fin de cuentas no aclara.

Es evidente que *Casandra*, al igual de *Mene*, se fundamenta en vivencias y contactos bastante directos del autor con el mundo de la explotación petrolera en el Zulia. Pero de una novela a la otra se advierte la notable diferencia que va de algo vivo y espontáneo, y por ende sincero, a una cosa reelaborada y artificiosa. La base vivencial es tal vez la misma, pero las actitudes son totalmente distintas y hasta opuestas. Las esencias intelectualizadas de *Casandra* llevan a Nicole SaintGille a decir, con razón, que esta novela “no aspira a pintarnos una serie de escenas vividas sino a presentarnos, por medio de un personaje central, una larga meditación sobre Venezuela, su sentido, su futuro”.⁴⁰

Para la fecha en que aparece esta segunda novela petrolera de Díaz Sánchez, la situación de la industria del petróleo en Venezuela ha evolucionado de manera total con relación al momento en que se publicó *Mene*.⁴¹ Sin embargo, de hecho, con respecto a la propia acción de *Casandra*, interesa directamente el estado de cosas petrolero hasta 1935, cuando muere el dictador Gómez y se cierra el ciclo de los sucesos acaecidos en la novela. Sólo se alude a épocas posteriores, y hasta casi coinci-

dentes con el año de edición de la obra, en el prólogo del autor y de manera indirecta en el epílogo.⁴²

Lo primero que se advierte en la lectura de *Casandra* es la presencia de personajes ya aparecidos en *Mene*: José Ubert, Josefíto Ubert, Teófilo Aldana. De entre ellos sobresale aquí José, el niño José de *Mene*, que adquiere categoría de personaje central de la obra. El desarrollo de José en *Casandra* es absurdo y decepcionante. Se trata de un joven revolucionario, que ha pasado por la violenta escuela de la cárcel política, que ha leído sobre temas sociales, que conoce asuntos elementales del socialismo, y sin embargo piensa en la recuperación del país por medio de la fe en el símbolo impreciso cuando no ridículo encarnado por Casandra, vieja loca y borracha del campo petrolero (p. 200). La personificación en Casandra aun de un ideal de redención nacional tan vago como el de José, resulta inconcebible de parte de quien parece tener nociones bastante claras de la realidad del país. Y en consecuencia la muerte de Casandra simboliza la muerte de los pobres ideales de José (p. 417). Finalmente, el joven revolucionario, frustrado, anarquizado, terminará por someterse a los beneficios de la riqueza malhabida del padre y pasará a formar parte de la ronda de los nuevos ricos nacidos del petróleo, olvidado en la bonanza de la vida burguesa de las luchas juveniles (p. 413).

Igualmente se encuentran en *Casandra* representantes de la tipología petrolera ya aparecidos en *Mene*: el criollo servil, ahora representado por Míster Epi (por ejemplo, p. 19); el cómplice nativo de los invasores petroleros, el principal culpable (p. 390); el abogado a sueldo de la Compañía, siempre dispuesto a obedecer la orden en lengua extraña de los nuevos amos en contra de los intereses de su propia tierra y siempre preparado para fabricar oportunamente a los petroleros “la ley que necesitaban” (p. 286). Y aquí ocurre una de las contadas explosiones de protesta y de sentimiento nacional ofendido de Díaz Sánchez en la novela, con la fuerza de ciertos pasajes de *Mene*:

Y obra de éstos, venezolanos formados en nuestras universidades y letrados que viven con el nombre de Bolívar en los labios, fueron las normas que regularon la industria de nuestro petróleo; ellos son los que van a intimidar a los jueces cuando alguien demanda a una de esas empresas; ellos, los que libran de castigo al extranjero que despanzurra a un trabajador con su automóvil; ellos, los que solicitan la exoneración de derechos arancela-

rios, sobre todo cuanto importan las compañías, desde las cabrias y los camiones hasta los trajes, los cigarrillos, el *whisky*, los perfumes y los preservativos para evitar que los niños rubios nazcan en un país tan sucio y caluroso como éste (p. 286).

Algunos temas significativos planteados en *Mene* reaparecen en *Cassandra* sin grandes variantes: el éxodo campesino (por ejemplo, p. 54); el imperio de la máquina, que no debe nunca detenerse aunque el hombre sucumba (p. 104); la colaboración inconsciente del criollo para con el petrolero, sin llegar a ser un cómplice calculador pero por igual un instrumento del extranjero (p. 105); el desprecio de los invasores por la mujer nativa (p. 220). En otros casos se produce una considerable profundización, con mayor espíritu denunciatorio, en asuntos y casos señalados en la primera novela: la descomposición social se revela hasta en la vida alterada, sin equilibrio, individualmente de los miembros de la comunidad petrolera (por ejemplo, p. 106); los métodos de soborno para obtener la entrada libre, sin pago de impuesto, de productos para las Compañías, comprando con dinero o especies a jefes civiles, a empleados fiscales, a agentes aduanales (p. 180); los abusos y desmanes de los señores petroleros en la compra de tierras, en los pagos relativos a las hectáreas del Lago de Maracaibo en explotación, en lo que se refiere al derecho de boyas, en lo que concierne al impuesto de “medida neta” aplicado a los buques cargados de petróleo (p. 284-285); las malas condiciones de vida de los obreros, que llevan al joven revolucionario Palmenio a presentar la situación de este modo:

—Dirijan ahora la vista al trabajador —aconsejó—, y contemplen este aspecto del vasto problema. ¿Construir viviendas higiénicas para unos seres semi-salvajes? ¡Bah! ¿Quién se interesa por la salud y la cultura de estos fetos de una raza inferior? ¿Remuneraciones por accidentes de trabajo, por muertes y mutilaciones, intoxicaciones, pérdida de la vista, de las manos o de las piernas? ¡Tonterías! ¿Sindicalización del obrero y creación del seguro social? Crímenes que se pagan más caros que el homicidio. (p. 285).

Cassandra aborda nuevos temas con respecto a los que incluye *Mene*. Algunos se explican por razones históricas derivadas de las peculiaridades de las épocas distintas a que se refieren ambas novelas; pero en general pueden considerarse como consecuencia de una mayor con-

ciencia –al menos más plena si no más combativa– del problema petrolero de parte del autor. Sobre todo hay un conocimiento histórico más profundo de lo que antes, en *Mene*, era visión directa, contacto de cronista. De allí, por ejemplo, que ahora se vea claramente una importante base del despojo petrolero: la complicidad del gobierno (p. 285), y en particular la corrupción del régimen gomecista, que le llevó a la triste condición de cómplice de los petroleros, a la vez chantajeado y amenazado por éstos (p. 282). Así surgen, también, las primeras noticias sobre socialismo (p. 146), y se comienza a hablar de marxismo en el campo petrolero (p. 280). De todo ello resulta que comiencen a esbozarse “incipientes movimientos gremiales” (p. 179), y que el jefe civil denuncie ante los yanquis –la verdadera autoridad– las actividades “comunistas” de los obreros, quienes hasta se habían atrevido a lanzar una hoja pública titulada “La lucha por el pan y la tierra” (p. 107-108).

El momento de la muerte de Gómez y la reacción popular consiguiente, significan un pasaje de gran dramatismo y vigor en la novela, quizás lo mejor logrado en toda la obra. La agitación de masas es general, poderosa; pero su ímpetu desorientado, anárquico, sobre todo políticamente vengativo, dispensa de sus furores a la Compañía y sus propiedades. Y finalmente es contenido por la fuerza militar dirigida por el nuevo aparato de gobierno encabezado por otro general. La novela recoge las tres circunstancias:

No eran sólo trabajadores del petróleo los que formaban el encrespado cortejo; también participaban en él labriegos de las glebas del interior y pescadores de las costas del lago. Unos y otros se distinguían por sus ropas, por sus maneras y por sus palabras. Algunos portaban machetes; otros, las tercerolas con que cazaban conejos y palomitas. (p. 370-371).

... un gran campamento en el cual reinaba el silencio. Sobre la verja pintada de blanco y sobre las casas de techos rojos una brisa doméstica mecía las ramas de las acacias. El se hallaba frente al portal y podía ver por entre los huecos del acero expandido las avenidas de limpias arenas, la ancha piscina llena de un agua inmóvil, el *court* de *tenis* y la blanca pantalla para la proyección de películas. Bien se advertía que la furia del pueblo no había llegado hasta aquel lugar. (p. 391).

...había llegado la tropa y los soldados cubiertos con sus cascos de acero y armados con sus relucientes fusiles se distribuían por los campos para guar-

dar el orden y proteger las instalaciones. (p. 409).

Al igual de *Sobre la misma tierra* y de *Guachimanes*, *Casandra* aísla el personaje especial del extranjero al servicio de los poderosos petroleros que, sin embargo, se opone al despojo que estos realizan. No es el caso sorpresivo e ingenuo del Hardman de Gallegos, ni tampoco el proletario revolucionario en su propio país, Míster Charles, de Bracho Montiel. Ahora Díaz Sánchez nos presenta un excepcional Míster Walter, de los laboratorios de la Compañía, que encarna al científico, al intelectual solidario de los explotados (por ejemplo, p. 220). Comprende la situación y por su capacidad de inteligencia y de espíritu de justicia se opone a los opresores. En el fondo es una visión tan idealizada como la de Hardman, aunque con ligeros fundamentos de que éste carece. Por cierto que al pobre Míster Walter le toca hacerse tal vez el más pesado personaje de la novela con los discursos que le endilga el autor en varias oportunidades. Deseoso de decir todo lo que no estaba en *Mene*, afanoso por mostrar sus conocimientos sobre materia petrolera, Díaz Sánchez pone a Míster Walter a producir unas extensas e insoportables disertaciones sobre la formación del petróleo, sobre temas de geología y geografía, y otros asuntos técnicos, que imprimen una notable pesadez al libro. Un ejemplo espantable de estos discursos es el que versa acerca del origen y la historia del petróleo, y que va de la página 250 a la 257. El único tema que Míster Walter no toca es el político, y explica, sensatamente, a José –su frecuente auditor– que de eso le hablará un compatriota de éste (p. 261).

Casandra contiene ciertos planteamientos sobre el problema petrolero que pueden considerarse como postulados generales y básicos, definidores del sentido total de la obra. Son los siguientes: 1º) El mundo del petróleo: las prostitutas y la ruleta (p. 310); 2º) La ilusión del petróleo: la riqueza no es para los que vienen a trabajar al campamento, ya tiene dueño (p. 53); 3º) La propiedad del petróleo: la Compañía es dueña hasta de la carretera que construye en tierras nacionales (p. 238); 4º) La verdad económica del petróleo: el aceite se va en los barcos, que traen de vuelta productos manufacturados (p. 160); 5º). La devastación del petróleo: *Casandra* habla de una “lluvia negra” –el petróleo– que sólo produce esclavos y muertos; lo que necesita el país es volver a la tierra, a la agricultura (p. 203).

A fin de cuentas, *Casandra* aporta elementos nuevos a la personalidad de novelista del petróleo de Díaz Sánchez; pero en un sentido

general, con respecto a la novela petrolera en conjunto, es bien poco lo que podría destacarse como innovador. Más bien cabría señalar el ahondamiento en algunos temas acertadamente presentados, y la significación particular de esta obra como único caso de segunda novela petrolera de un mismo autor. Con relación a *Mene*, la contraposición es irregular: hay aspectos más clara y vigorosamente tratados (la complicidad del gobierno, la rebeldía de los trabajadores) y otros decididamente idealizados (visión romántica de los motilonos, el petrolero “bueno”, la mitomanía de José). En definitiva *Mene* se presenta como visiones reales de la experiencia y *Cassandra* como la intelectualización de un tema, el proceso “dirigido” de un asunto novelesco. Y, por último, desde el punto de vista formal y estructural, ya se ha dicho, esta novela olvida lo espontáneo y vivo de *Mene* para perderse en lo pesado y francamente fatigoso.

En el mismo año en que aparece *Cassandra*, Mario Briceño-Iragorri publica *Los Riberas* (Caracas-Madrid, 1957). Libro al que se le ha discutido su condición de novela. En efecto, la gran carga claras, el prólogo del autor —donde destaca el “fondo de realidad histórica” del volumen— y hasta el subtítulo que él le dio: “Historias de Venezuela”, hace bastante fácil insistir en que no se trata de una novela propiamente dicha. Pero de otra parte, resulta que tampoco es el caso de historia simple y llana: lo novelesco salta constantemente de las páginas del libro. “Crónicas noveladas”, “Historia novelesca”, “Memorias noveladas”; tal vez alguna de estas clasificaciones híbridas le cuadre mejor que la concreta de novela o de historia. Pero mientras esto se establece de manera definitiva, y aun independientemente de ello, procederemos como lo hicimos con *Guachimanes*: fuera de clasificaciones absolutas, interesa para nuestro estudio el tema petrolero donde quiera que surja aparejado a lo novelesco. Justificará, pues, este propósito investigativo que incluyamos aquí, entre novelas más precisas, a *Los Riberas*, considerando además que por las características peculiares de la obra y la significación de su autor no puede descartarse la posibilidad de su influjo en novelas posteriores.

Los Riberas es una especie de “proceso a la formación de la burguesía venezolana”⁴³, a lo largo de jugosas páginas, plenas de historia palpable a través del desenvolvimiento novelesco de personajes directos de tres generaciones de la familia merideña Ribera. Coinciden y se suceden los tiempos de Vicente, Alfonso y Vicente Alejo Ribera a lo largo de un período histórico del país de unos veinticinco años a partir de fines de la primera guerra mundial. Como es fácil imaginar, en ese vasto conjunto de

hechos y momentos significativos para Venezuela, el petróleo ocupa lugar destacado, sobre todo en una época que coincide con la “explosión” y fortalecimiento definitivo de la gran industria petrolífera. Esta importancia básica del petróleo para la historia contemporánea de Venezuela hace que sea tema reiterado a lo largo de todo el libro, determinado por un enfoque preciso de parte del autor; tal como se verá a continuación.

El surgimiento de la explotación petrolera trajo de inmediato una apasionada lucha por las concesiones. Ya hacia 1918 en Maracaibo ardía el enfrentamiento de intereses: las petroleras, el gobierno, los intermediarios. Es la iniciación para el país de “la era de la minería” (p. 117). Y una vez lanzadas las cosas por este despeñadero de ambiciones y corruptelas, todo se desarrolla a gran velocidad: dos años después “la red de intereses que se movían en torno a las concesiones petroleras aumentaba de una manera sorprendente” (p. 360). Y en medio del juego de sobornos, propinas e influencias, los intermediarios obtienen sus jugosas “tajadas”. Tal como desarrolla su fortuna el abogado Vicente Ribera, digno cabeza de familia, prominente figura entre los validos del dictador Gómez. En especial resulta apetitosa la tarea de remunerada mediación cuando, después de los ingleses y los holandeses, en 1918 comienzan los yanquis de la Standard a buscar concesiones (p. 212). Por último el atractivo llega a su culminación en la Navidad de 1922 cuando revienta el pozo Los Barrosos y se hace definitiva la evidencia de la riqueza petrolífera del subsuelo venezolano: se multiplicaron las solicitudes de concesiones y los intermediarios no descansaban para dar gusto a los nuevos amos petroleros (p. 378). Toda esta productiva situación lleva a Vicente Ribera a destacar cómo las concesiones favorecen no sólo a las Compañías sino también a los intermediarios, y a hacer una viva apología de la política de entrega del petróleo, a través de sus amigos y protegidos, del general Gómez. Cuando Ribera dice: “nuestro porvenir está en el petróleo”, es muy claro: no se refiere al país sino a su familia. Su reconocimiento a la correcta posición patriótica de Gómez, se expresa así: Castro ahuyentó a los extranjeros; Gómez los atrae (p. 231). Para Ribera este es un tema vital, de allí su insistencia en meterse en la cabeza —y en la de los demás— su tesis, que por cierto excede de lo petrolero, para prever —proyectándose hacia tiempos futuros— el descubrimiento de otras riquezas mineras: “Nuestra riqueza está en el subsuelo. Precisa explorar y explotar los grandes yacimientos de petróleo y demás minerales ricos (p. 354): Las “tajadas” son extraordinarias, no hay riesgo ninguno y todo queda amparado por la ley aprobatoria que difun-

de la “Gaceta Oficial” (p. 372). De allí que a fin de cuentas Vicente Ribera no tenga escrúpulos en defender su posición —vale decir su negocio— aun frente a vigorosas manifestaciones de dignidad y patriotismo como la del doctor Urdaneta, que acude ante el poderoso e influyente político en busca de ayuda para defender los intereses de venezolanos atropellados en sus derechos por la “British” en el distrito Mara del Estado Zulia. Briceño-Iragorry ofrece por medio de los dos personajes las posiciones adversas del sofista que oculta sus intereses personales tras patrióticas invocaciones, y el natural defensor de lo nacional, espontáneo y preciso:

Ribera: ...Yo creo, doctor Urdaneta, que no es patriótico oponer tantos obstáculos a los planes de las Compañías. Fíjese usted en lo que espera a Maracaibo cuando esté en pleno desarrollo la industria del petróleo y lo que espera a la República. Nuestro porvenir está en la industria petrolera. (p. 293).

Urdaneta: ... Pero el problema petrolero se ha venido tratando a puerta cerrada y de espaldas al pueblo. En Venezuela no hay diálogo. Venezuela vive un espantoso monólogo. Con respecto al petróleo, yo divido la población de Venezuela en dos: una parte que cree, por la cercanía de la ventaja, en los grandes beneficios que reportarán las compañías extranjeras; y otra que considera el petróleo como un mero tema para fantasear. El pueblo, en realidad, no sabe lo que está ocurriendo. (p. 293-294).

El autor establece de modo directo la conclusión: de esa lucha por las concesiones resultó un hecho evidente y definitivo: los capitales extranjeros se adueñaron del país. En un principio, la Corporación del Puerto de La Guaira y el ferrocarril que iba de ésta a Caracas eran ingleses; el que iba de Caracas a Valencia era alemán; las grandes empresas de la capital eran extranjeras: los tranvías, la luz eléctrica, los teléfonos. Pero después le tocó el turno al subsuelo. Comenzaron los ingleses por hacerse dueños de él (p. 175), para completar totalmente el círculo del dominio económico foráneo:

Venezuela era un país políticamente independiente, pero el capital extranjero la rodeaba como un pulpo que extendiese sus mil brazos sobre el cuerpo rendido de la víctima. Para algo había ayudado Canning a la independencia de Venezuela. (p. 16).

Esta situación permite imaginar de modo realista la potencia política que significará en el futuro –ahora la actualidad– ese vasto capital fortalecido por la gran empresa petrolera. No es casual que este temor sea expresado en la obra por el joven y combativo intelectual Jacinto Fernández, en angustiosa pregunta dirigida a un amigo de tertulias: “¿Sabes tú lo que representará mañana en el país el poder absorbente de las compañías?” (p. 278). Y ya en 1921 es posible palpar la amenaza como una realidad estatuida: los nuevos dueños dirigen el país, suplantando antiguos guías ahora relegados a la condición de lejanos símbolos. Briceño-Iragorry lo dice de la manera más franca, efectiva e hiriente:

El gobierno desplegaba todo el aparato festivo para evocar la fecha en que fue sellada con sangre del pueblo la libertad proclamada por los ideólogos de 1811, al mismo tiempo que entregaban el subsuelo de la nación a la voraz explotación del capital extranjero. En el propio año del centenario de Carabobo, los políticos se afanaban por vender la nación. Sir Henry Deterding y Mister John D. Rockefeller serían en lo sucesivo los grandes capitanes llamados a guiar el destino de Venezuela. La *Royal Dutch Shell* y la *Standard Oil Company* tomarían el sitio ayer ocupado por los ejércitos contrincantes de Bolívar y de La Torre (p. 368- 369).

El nuevo orden económico y político determina la aparición de una oligarquía del petróleo. Forman en ella todos los enriquecidos por el desarrollo petrolero, y están llamados a suplantar a la vieja oligarquía sostenida por el cacao. Y así como ayer se habló de poderosos señores como de “grandes cacaos”, ahora habrá que referirse a los “grandes petróleos” (p. 299). Pero no todo se detiene en este cambio de estructuras económicas en cuanto a los grupos de presión y mando; también surge una “cultura petrolera”. El petróleo no sólo transforma las bases económicas y políticas del país, sino que además aporta una “cultura” nueva. Las bondades de esta flamante “cultura petrolera” están afirmadas por sus dos grandes conquistas: “el whisky and soda y la excitante Coca-cola” para beneficio y dignificación de los venezolanos (p. 136).

Los perjuicios materiales y las alteraciones desniveladoras provenientes del petróleo no se hicieron esperar. Desde el comienzo las Compañías trataron de no conceder a Venezuela sino lo estrictamente necesario: ya en el 1916 la *Royal Dutch* poseía oficinas en Curazao y sus planes se dirigían a instalar allí sus refinerías (p. 162). El atractivo de los elevados

sueldos petroleros se ejerce no sólo sobre los trabajadores, sino en profesionales, sobre todo ingenieros, que se someten a la Compañía que paga más, dejando de servir a la nación o la colectividad (p. 301). Pero la gran perturbación la introducen los nuevos ricos del petróleo, quienes desde fines de 1922 empiezan sus grandes negocios que inflan los precios de las casas; que convencen a todos de la necesidad de “anchar” la capital para mejores especulaciones; y hasta construyen algo tan “útil” al pueblo de Caracas como el Country Club, símbolo de la propiedad privada y reservada a la tarjeta de identificación del millonario (p. 379).

Lo que se produjo realmente entonces fue una simple y llana entrega del país. Este calificativo resume el conjunto de significados y extremos de lo que ocurrió. Venta o regalo, el hecho concreto es que los acontecimientos hasta hoy dan toda la razón a las palabras del inconforme doctor Urdaneta: “Estamos vendiendo a Venezuela, amigo Fernández; estamos entregando al Diablo la riqueza y el decoro del país” (p. 303). Los entreguistas no sólo regalan a pedazos el país, sino que, demostrando sus oscuros sentimientos de inferioridad, tratan a todo trance de incorporarse ellos con sus familias al mundo de los nuevos amos: ideal de todos los representantes de la “cultura petrolera”. Así el viejo Alfonso Ribera se siente “en la cumbre de la satisfacción” por el matrimonio de su hija Adelaida con el ingeniero yanqui Charles Keats:

Su hija se incorporaba en esa forma al mundo nuevo del progreso. Su hija realizaba el ideal de las nuevas aspiraciones nacionales. Su hija viajaría con pasaporte americano. Sería su hija la mujer de un americano. La mujer de un hombre dirigente del curso de la nueva riqueza. La mujer de un hombre que viviría en Venezuela sin riesgo de ser molestado por las autoridades. Así le gustaran las hallacas de Mérida y las doradas arepas de harina de la dieta de la Cordillera, don Vicente Ribera era un extranjero completo. Extranjero, como los estirados caballeros que con el texto de Historia de Venezuela bajo el brazo, miraban impassiblemente la ruina moral del país, extranjero, como los hombres sin reflexión que estaban entregando la República a la ocupación económica de los grandes consorcios internacionales. (p. 380).

Esta entrega sólo fue posible con la complicidad del gobierno. Los intermediarios se veían respaldados por la “ley” y en consecuencia cubiertos por la impunidad. Eran “hombres honorables”, “buenos hijos de la pa-

tria”, “ejemplares ciudadanos” destacados por la prensa y los comentarios públicos. Pero en el fondo todo era corrupción y bajos intereses. La descomposición era tan conocida que al autor le basta con aludir a ella por medio del fogoso Fernández, quien expresa así el papel de intermediario entre el gobierno y las petroleras, de Vicente Ribera: es una “cloaca de empotramiento entre la inmundicia de acá y la inmundicia de allá” (p. 304).

A fin de cuentas, entre todos los perjuicios ocasionados por el petróleo al país nada es peor que el mal moral. Allí se concentra el efecto nocivo; es el aspecto más profundo e indeleble: la mancha espiritual, la desorientación, el imperio de la ambición monetaria. En el fondo es la subversión de valores que hace, por ejemplo, que a la muerte de Gómez se hable con entusiasmo de la “riqueza” petrolera que encierra Venezuela, sin que se advierta la “atrofia cívica” a que ha sido reducida (p. 403-404). De allí que el autor ofrezca una especie de símbolo del petróleo en estas palabras: en el subsuelo “duerme el petróleo un sueño de riqueza y de progreso, capaz de resolverse en diabólica pesadilla y en pestilente estercolero” (p. 175). La realidad de esta sociedad carcomida moralmente, minada de vacío y de vicio, queda retratada en las penetrantes sentencias del doctor Alejo Solórzano, digno anciano, capaz de hablar como la voz de una inflexible conciencia colectiva:

Somos una casa invadida por las termitas. Por fuera todo se mira bien. Ahora se construye mucho, se hacen grandes carreteras con el dinero del petróleo, se hará mañana una gran ciudad, hasta cambiarán por otra a nuestra Caracas, pero la procesión va por dentro, hijo. El suelo se sostiene sobre el aire. El corazón de la tierra ha sido perforado, y a medida que sacan el petróleo queda vacío. Se va la soberanía y con el dinero vienen los vicios (p.415).

El enjuiciamiento del problema petrolero que hace Briceño-Iragorry en *Los Riberas* se detiene propiamente en el momento de la muerte del dictador Gómez. El autor quiere tener fe en el futuro, y alude a un cambio grande en la vida del país después de la desaparición del sátrapa (p. 413). Hay esperanza de su parte ante los nuevos rumbos políticos. Sin embargo, es extraño ver que guarde algún optimismo con relación al asunto petrolero en épocas posteriores al fin de Gómez que el autor ya había vivido cuando escribió este libro y en las cuales había comprobado que, aparte de cambios menores, las grandes bases del proble-

ma del petróleo se mantenían inalterables. Parece la patentización de un afanoso optimismo, algo simbólico y considerablemente obligado.

En su conjunto de aspectos petroleros, *Los Riberas* profundiza como ninguna obra novelesca anterior en asuntos esenciales: la lucha por las concesiones; el capital extranjero dueño de Venezuela; la aparición de una “cultura petrolera”; la total “entrega del país”; el imborrable mal moral del petróleo. Así mismo, pinta inolvidables personajes de la fauna de los intermediarios y de los representantes de la nueva civilización petrolera. La discutida condición de memorias noveladas, y no de novela propiamente, resta al libro la especial significación que tendría en el desarrollo de la novela del petróleo si perteneciese claramente al género. Y esto, en especial, al considerar que *Los Riberas* se adentra en un campo casi ausente en otras obras relacionadas con el tema petrolero: el de los altos intermediarios, sus esquemas mentales y sus procedimientos.

Un buen ejemplo de la importancia de la experiencia viva, del elemento vivencial para la captación del ambiente de los campos petroleros es el esquema novelesco *Campo Sur* (Caracas, 1960)⁴⁴, del poeta Efraín Subero. Nuevamente es el caso de una obra que en rigor no es una novela; aunque sí el proyecto, el germen de una novela. El propio autor subtitula su narración distribuida en breves capítulos: “Apuntes para una novela que nunca escribiré”. En efecto, su reducido número de páginas acerca a *Campo Sur* a la categoría de los relatos; pero su estructura se orienta hacia el plan novelesco. En esta oportunidad interesa sobre todo esta pequeña obra como punto de referencia para el desarrollo del tema petrolero en la novelística venezolana y como muestra del papel primordial de la experiencia vivida para el reflejo de la atmósfera del petróleo. Esto último evidenciado en la fuerza descriptiva y ambientadora que encierran estas cortas páginas, superando en vigor y sugerencia a obras de mayor extensión y más decidida condición de novela.

Campo Sur resulta de las experiencias del autor en un período de permanencia activa en la zona petrolera de San Tomé (Estado Anzoátegui), en 1956. Con lo cual, de paso, se destaca que este esbozo de novela contiene el reflejo de ambientes petroleros más cercanos cronológicamente a la actualidad. Subero narra y describe lo que palpó directamente, en actitud de vigorosa sinceridad y en función de un presente. El complemento de redacción final corresponde al mismo año de edición. *Campo Sur* va fechado por el autor de este modo: “San Tomé: Semana Santa de 1956. Caracas: San Juan y junio de 1960”.

Estos “apuntes para una novela” ofrecen logros descriptivos suficientes como para llevar al lector a la propia atmósfera petrolera de los campamentos y poblaciones anexas en la actualidad. Este ambiente se toca, se respira en el propio aire cargado. En primer lugar el planteamiento topográfico, que ya señala las grandes diferencias –discriminación habitacional– entre los campos y las casas correspondientes a los obreros y a los altos empleados extranjeros y nacionales:

Se entra a San Tomé rozando necesariamente la acerada piel de unos tubos tendidos horizontalmente sobre un foso. Práctica manera de indicarle al ganado –y a la gente también– que allí termina la sabana y comienza el campo petrolero.

Sorprende en primer lugar la uniformidad de las viviendas. La Compañía dispone su forma y su color: Las destinadas a los solteros son idénticas las unas a las otras. Las destinadas a los casados, también. No obstante existen mínimas diferencias. Grandes diferencias. Extraordinarias diferencias.

En las casas destinadas a los obreros la diferencia es una pieza más o una pieza menos. Están unidas por el cordón umbilical de una pared de concreto que no logra impedir que los ruidos de la media casa donde vive una familia se escuchen en la otra media casa donde vive la otra. Por otra parte, el pequeño corredor frontal también tiene que ser compartido a medias. Si los niños son tremendos o si hay disgustos vecinales no queda más remedio que levantar un tabique de por medio.

Esto es llamado *Campo Sur* (p. 8).

Los altos empleados de la compañía viven muchísimo mejor: Ocupan el llamado *Campo Norte o Stall Campo*, separado del *Campo Sur* por altas y fuertes alambradas. Aquí viven en su totalidad los norteamericanos y los venezolanos –altos jefes, empleados de confianza– la mayoría de ellos completamente americanizados ya. Las casas aquí no son tales. Constituyen cómodas quintas amuebladas con todas las exigencias modernas. Magníficas residencias rodeadas por bellos jardines cuidados por obreros pagados por la Compañía. (p. 9).

Cuando aparece Campo Sur la evolución de la industria petrolera en Venezuela ha llegado a un estado de desarrollo que se caracteriza por un extraordinario incremento de la producción y por el logro de evidentes conquistas reivindicativas de parte de los trabajadores. Es claro

que el aumento de la producción no se efectúa de manera progresiva sostenida, pero, en general, puede hablarse de un crecimiento incesante a partir de 1959; en cambio lo que no se corresponde claramente con este aumento es la participación fiscal, es decir lo que queda a Venezuela por impuestos petroleros, y ello como consecuencia de los complicados mecanismos del petróleo, que permiten ganar más a las Compañías mientras la Nación percibe menos.⁴⁵ Del mismo modo, no puede pensarse en un desarrollo lineal en el campo de las reivindicaciones obreras. Si es evidente que mucho se ha obtenido en materia de atención médica y de escuela para los niños, en cambio los desajustes en seguridad en el trabajo y en equilibrio social y discriminación racial siguen operando. Subero destaca —y quizás extrema— los riesgos de muerte en el trabajo en la plataforma de las torres y en las cercanías de las calderas; para terminar con un señalamiento de alcances simbólicos que recuerda al contenido en las novelas que aluden al incendio de Lagunillas (*Mene, Sobre la misma tierra*): después del desastre sólo permanecerá la enorme cabria, afirmando su fuerza, su dominio:

Muy pronto la ropa kaki estará bañada de sudor y bañada de aceite. Muy pronto el peligro será otro mal compañero trepado a la complicada plataforma donde no tan sólo se teme al prematuro reventón del pozo, sino al arrume de tubos que puede deslizar o a la pesada mole que cierra mecánicamente el tubo de perforación y bajo la cual pueden morir aplastados al menor descuido del juincherero. Todavía otro peligro: la cuerda tensa que da vueltas a las roscas que agarran la cabeza del tubo. Todavía otro: la guaya del carrete que varias veces ha reventado ya mutilando al primero que agarra por delante. Y todavía otro más, unos metros lejano pero no por eso menos temible: ¡las calderas!. Los dos inmensos óvalos de hierro que no resisten sino determinada temperatura. En la guardia de cuatro a once, en la de once a tres, ellos saben que si el fogonero se queda dormido unos minutos, volarán por los aires en pedazos y que apenas si la inmensa cabria quedará en pie, como demostrando su extraordinario poderío, su inmovible omnipotencia. (p. 20).

Pero, por encima de todo, *Campo Sur* nos da la sensación del contacto con el ambiente del campo petrolero. Con la novedad de que lo hace desde dentro; conociendo y transmitiendo las interioridades, las percepciones profundas, los planteamientos de cada día, de esa atmósfera. Así

surgen los numerosos *clubes* del campamento, multiplicados como una forma calculada y dirigida por la Compañía de estimular la evasión y la indiferencia social y política entre los pobladores de la zona (p. 7); la tragedia grotesca de los que se van del campo en busca de mejor suerte, fracasan y vuelven al “portón” en solicitud de un reenganche que tarda en llegar (p. 5-6); la angustia del trabajador envejecido, que ve en la edad el gran enemigo para el nuevo contrato personal (p. 6); el hombre frustrado que cambia el salón de clases por la cabina de una camioneta Chevrolet modelo 49; la amargura de la mujer, Absinta, tan inestable como es confuso el campamento; el desenfreno prostituido de la joven sin asideros vitales; el peso del aire, que se siente en la laxitud del mediodía y en los contornos de la señal ardiente del mechuzo de gas. El índice de captación ambiental en las breves páginas de *Campo Sur* puede darlo este fragmento que sugiere el pueblo de El Tigrito:

No todos los empleados y obreros de la Compañía viven en San Tomé. Algunos, inconformes con las incómodas viviendas o por conveniencias personales —exigen entrada adicional por concepto de vivienda y transporte— viven en El Tigrito. Es éste un pequeño pueblo levantado desordenadamente al calor de la industria petrolera. Por su asfaltada calle central pasan con estrépito los pesados vehículos del petróleo, los transportes de obreros que en verdad no son tales sino simples camiones acondicionados sin mucho esmero con unos bancos rudimentarios y un encerado pintarrajeado. A la larga e irregular calle central que conduce a El Tigre, confluyen diversidad de pequeñas callejuelas de tierra, en las cuales se levantan construcciones caprichosas e inverosímiles.

Campo Sur se cierra con el trágico proceso del nacimiento del niño sin filiación precisa, repudiado por la madre, descuidado y muerto de mengua (p. 2224). Es un producto del petróleo, también es hechura de la riqueza petrolera, como una nueva Venezuela imprecisa.

Campo Sur significa en el desarrollo novelado del tema petrolero una muestra de la fuerza ambientadora que puede contenerse en pocas páginas, a partir de la experiencia viva del campamento petrolero y de la sinceridad denunciadora en los planteamientos. De otra parte aparece como el único intento hecho hasta ahora en terrenos novelescos de captar etapas actuales del mundo particular de la explotación petrolera en tierras venezolanas.

Otro ejemplo de presencia complementaria del tema petrolero en novelas no dedicadas al tópico en especial, puede verse en *Talud derrumbado* (Caracas, 1961) de Arturo Croce. Así como se hizo referencia a *Clamor campesino* de Julián Padrón, ahora se trata de dar otra señal de tratamiento suplementario del asunto petrolero, como inclusión complementativa en todo intento novelesco de reflejar aspectos básicos y profundos de la realidad nacional en el presente siglo, donde no puede faltar alguna alusión a fundamento tan decisivo como el petróleo y sus efectos transformadores.

Talud derrumbado se desarrolla en los Andes tachirenses durante el régimen gomecista. Al presentar el conjunto de la situación social y política del lugar y la época —con numerosos elementos tomados de la realidad histórica—, Croce hace referencia a la incipiente explotación petrolera del momento y a la atracción por ella ejercida en las zonas andinas. En primer lugar surgen dudas en cuanto al auge total de los medios petroleros y de los beneficios que la propaganda prometía a todos los que allí laboraban; luego la experiencia de los fracasados que regresaban “con historias tristes y los bolsillos vacíos”, resultaba aleccionadora para los demás (p. 136). En última instancia la ilusión del petróleo y sus beneficios económicos queda deshecha por la competencia para las plazas libres y por los elevados precios de los productos de consumo diario, que prácticamente se llevan casi todo el salario (p. 216).

En el fondo la visión de Croce del problema petrolero es esencialmente negativa, disipadora de la perniciosa quimera de la bonanza de los campamentos. La corrupción y la alteración del ritmo sereno de vida causadas por el petróleo llegaban como nuevos males junto con “la guerra, la especulación, los abusos, el mundo para los zánganos” (p. 172). Así el desajuste causado por la explotación petrolera venía a coronar el conjunto de desgracias y perjuicios que actuaba sobre el hombre del pueblo.

A fin de cuentas la actitud de Croce en *Talud derrumbado* frente al mundo petrolero puede resumirse de este modo: el petróleo es “más una alucinación que una verdad”. Este fragmento es de la más absoluta claridad al respecto y enfatiza el sentido general del enfoque petrolero en la novela:

Algunos se enloquecían al ver cómo de la tierra saltaba el chorro de aceite, y luego el salario los deslumbraba. Pero la vida siguió siendo para ellos la misma, aunque un poco más decente, y los extranjeros les prometían mucho, les decían que eso sería cada vez mejor; pero Joaquín y todos sabían que muchos deberían regresar sin nada, que era más una alucinación que

una verdad. (p. 217).

Más de medio siglo después de la primera mención novelesca del petróleo registrada en este rastreo del tema, publica Miguel Otero Silva su *Oficina N^o 1* (Caracas, 1961), que pondrá fin al presente itinerario petrolero en la novelística venezolana.

Oficina N^o 1 es una novela del petróleo propiamente dicha. Su tema, su sentido, su propósito pertenecen de manera directa al mundo petrolero. Por encima de la endeble trama amorosa que incluye a dos de los personajes centrales –supuestamente los principales–, interesa el proceso de formación y desarrollo de un campamentopueblo petrolero. Además *Oficina N^o 1* es una novela novelesca⁴⁶, viva e interesante en su lectura fácil. Es obra de un autor maduro, experimentado en los difíciles caminos narrativos, que sabe desenvolver su tema y mantener la atención despierta todo el tiempo. Sin embargo –tema atractivo y de gran significación e interés novelesco creciente–, *Oficina N^o 1* es a fin de cuentas el ejemplo de cómo se sacrifica un asunto de primer orden, de cómo se desperdicia la oportunidad de hacer una gran novela. Y ello, fundamentalmente, por el fracaso absoluto en la penetración psicológica, en la creación esencial y coherente de los personajes que podrían tomarse como principales: Carmen Rosa y Matías Carvajal; y por la falta de vigor, de sinceridad y de combatividad en el planteamiento general del tema petrolero en Venezuela, que requiere por encima de todo precisamente fuerza, verdad y rebeldía.

Con respecto a nuestro seguimiento del desarrollo del tema petrolero en la novela de Venezuela, *Oficina N^o 1* encierra numerosos ángulos de interés y factores de significación, como se verá a continuación.

Oficina N^o 1 se basa en la historia del pozo petrolero del mismo nombre, del campo a que dio origen y en aspectos generales de la vida de la región –y en algunos, por extensión, de todo el país– en el período final del régimen de Gómez, la muerte del dictador y el proceso gubernamental subsiguiente, que desemboca varios años después en una etapa de libertades públicas hasta entonces desconocidas.⁴⁷ Las primeras exploraciones y pruebas en el sitio datan de 1925; doce años después se completó el pozo y empezó la producción. Nació así el campo Oficina, a unos 160 kilómetros de Puerto La Cruz, en el Estado Anzoátegui, por operaciones de la Mene Grande Oil Company.⁴⁸ La novela ofrece al final los datos precisos de iniciación y producción, de una inscripción sobre una ver-

ja de hierro, casi diez años después de los comienzos de la explotación:

Se inició la perforación de este pozo Oficina N^o 1 el 23 de febrero de 1933 y fue el primer pozo perforado en Los Llanos del Este de Venezuela. Fue completado el 16 de julio de 1937 a una profundidad final de 6.184 pies. La producción inicial fue de 1327 barriles de petróleo por día. Produjo 729.489 barriles a flujo natural. Después se puso en flujo artificial y produjo 375.432 barriles más. Total: 1.104.921 barriles (p. 246).

El comienzo de la exploración y el estudio del sitio, cuando no había más de ocho “ranchos de palma de moriche”, ya señaló el imperio de la petrolera: es la Compañía la que designa y paga a la única autoridad civil del lugar, un vendedor ambulante de pronto nombrado comisario y poco después convertido en el “coronel” Arismendi (p. 25). Del mismo modo, los directivos del campamento empiezan a practicar, con todo el despotismo que da la impunidad, los sistemas usuales de la Compañía en el trato para con los trabajadores y las sanciones impuestas a la más leve falta o apariencia de tal. El más claro ejemplo de este procedimiento de arbitrariedades, se ve en el despido simple y llano que hace de un trabajador que le pareció dado con desgano a su labor, el petrolero Taylor; liquidándole de inmediato su cuenta, ya que “siempre llevaba billetes y monedas sueltas en el bolsillo del pantalón para enfrentarse a emergencias como aquella” (p. 47). Con el tiempo el mecanismo variará en lo formal con la frase estereotipada que decía el pagador Guillermito Rada: “La Compañía ha resuelto prescindir de sus servicios a partir de mañana”, pero conservará toda su esencia despótica e irresponsable (p. 120).

La omnipotencia petrolera comienza a dar señales al poco tiempo de instalado el campamento. El abuso de autoridad es norma de funcionamiento de la Compañía y de cada uno de sus altos empleados, que no hacen más que llevar a la práctica en el campo Oficina N^o 1 el espíritu general que anima a todos los nuevos conquistadores. Un claro ejemplo de los excesos en este sentido aunque la base religiosa del caso lo lleva demasiado a lo irracional, es el entierro obligado del suicida Gabino fuera del cementerio del lugar, porque los principios de fe del jefe del campamento impedían que quien se había privado a sí mismo de la vida fuese sepultado en un camposanto, así fuese el rudimentario sitio para cadáveres y cruces de Oficina N^o 1 (p. 61).

Un hecho que transforma esencialmente el proceso de la novela

y aporta nuevas modalidades a la resistencia y lucha de los obreros petroleros es la muerte de Gómez y la conmoción política inmediata, pasaje de los mejor logrados en la obra. La desaparición del dictador provoca a su vez la huída del comisario Arismendi; llegan agitadores —estudiantes, obreros, presos recién liberados— que arengan a los trabajadores de campamento; el jefe petrolero yanqui por primera vez es atento, soporta los discursos de los visitantes, habla “con un tono mesurado y cortés que no empleaba desde cuando era alumno de la Universidad de Oklahoma y estaba en la obligación de responder comedidamente a los profesores, dando seguridades del apoyo de la Compañía a la democracia naciente, y regala provisiones de todo tipo a los viajeros que continúan su ruta de euforia libertaria (p. 6870). Por último, pasa el entusiasmo del momento y todo vuelve al ritmo anterior; para asombro del boticario, quien encuentra de inmediato la respuesta del capataz margariteño que lo trae a la realidad:

Secundino Silva deliraba:

—¿Y eso es todo lo que va a pasar en este lugar mientras el país se sacude de un extremo a otro, mientras la muerte del tirano cambia decisivamente el rumbo de nuestra historia?

Y Luciano Millán lo bajaba a la realidad:

—¿Y qué quieres tú que pase? Esto no es sino un puñado de chozas de bahareque y moriche, que no llegan a treinta, cuatro casas portátiles de los americanos, un campamento de lona y un taladro. ¿Qué quieres tú que pase? (p. 71).

Las primeras señales de protesta pública ante los abusos de la Compañía ocurren con motivo del entierro del indio Gabino fuera del cementerio. Son formulaciones contra el imperialismo en boca del boticario (p. 61). Después de la muerte del dictador Gómez empiezan las iniciales actividades sindicales⁴⁹: circula una hoja invitando a los trabajadores a formar un sindicato (p. 95). El movimiento va tomando fuerza, hasta provocar una reunión de las autoridades del lugar: el jefe civil, el cura y un representante criollo de la Compañía que ya no juzga necesaria la presencia allí de un yanqui, pues se han formado buenos servidores indígenas. Este asalariado de los petroleros es Guillermito Rada, ahora ascendido a algo así como mayordomo general, y que completa en la citada reunión la voz total de la Compañía, ya que a ella también están sometidos el jefe civil y

el cura. Comentan lo grave de la situación, mientras el autor pierde una oportunidad de penetrar más a fondo en el sentido de sumisión de estos personajes ante la vasta maquinaria imperialista. Por último el jefe civil “decide” lo que va a hacer, casualmente en coincidencia con las aspiraciones de los amos petroleros:

—Pues aquí no van a comenzar. Esta misma noche le pongo la mano al comité entero, los meto a todos de cabeza en un calabozo y en menos de una semana no queda un sólo sindicalista por estos contornos (p. 121).

Las palabras del jefe civil se han repetido una y otra vez en la historia de Venezuela hasta nuestros días, conservando el término de “sindicalista” o cambiándolo por otro que signifique interés popular o rebeldía. Sin embargo, Otero Silva no da ninguna proyección a tan dignas y fatídicas palabras. Es una sentencia que en la novela —como en la realidad— pasa a la práctica: los organizadores sindicales van a prisión. Pero los intentos de agrupamiento no cesan. Los propósitos son claros y prácticos, como precisa el revolucionario Clímaco Guevara, llamado a ser el dirigente del grupo:

—Como ustedes saben, muchachos, se trata de formar un sindicato o por lo menos un comité que defienda los derechos de los trabajadores. Con la llegada de la tubería se ha levantado un rimero de taladros nuevos en toda la sabana. La construcción del oleoducto ha aumentado también enormemente el número de obreros en Oficina N^o 1 y sus alrededores. Sigue llegando gente de todas partes pero la Compañía puede hacer con nosotros y con los que llegan lo que le dé la gana porque el jefe civil es un perro de presa al servicio de Mister Thompson y porque el Comisionado del Trabajo le concede siempre la razón a la Compañía, sin molestarse en pensar si la tiene o no la tiene. Necesitamos formar un sindicato para que cuando Guillermito Rada vaya a despedirlo a uno, a nombre de la Compañía, sepa que no está despidiendo a Nicanor Arteaga, ni a Lorenzo Torres, ni a Clímaco Guevara, sino a un miembro de una organización que está resuelta a dar la cara por sus afiliados (p. 164).

Las elocuentes palabras de Clímaco Guevara aluden, de paso, a una situación básica de complicidad del gobierno con las petroleras que el autor no destaca con atención en toda la novela, y que es nada menos que el fundamento central del estado de explotación y abuso reinante.

Mientras el proceso sindical continúa, la evolución política del país va siendo favorable al establecimiento de la agrupación obrera. El comité se crea después de una serie de esfuerzos y de la superación de los obstáculos puestos por las autoridades civiles y petroleras (p. 163-166). Vienen entonces las represalias: se ordena el despido de los dirigentes. El propio Clímaco Guevara está amenazado en el mismo sentido. Se solicita la legalización del sindicato por documento con sesenta firmas. Sin embargo, el proceso ha perdido intensidad por la excesiva localización que se ha hecho de él: precisa el autor que “en otros campamentos petroleros funcionaban sindicatos legalmente” (p. 164). Es decir que todo parece reducirse al caso singular de un lejano campo dominado por la voluntad y el capricho de quienes detentan circunstancialmente el poder, y contra los cuales hay que luchar como frente a una excepción inaceptable. Este descenso del nivel representativo del caso culmina con el corte inesperado de la acción por un forzado accidente grave que sufre Guevara. La salida artificiosa permite detener allí las cosas, sin el enfrentamiento final, y retomarlas en época de posterior gobierno auspiciador de libertades, cuando Guevara aparece en su silla de ruedas actuando al frente de un sindicato legalizado (p. 244).

Otero Silva presenta una nueva versión del petrolero yanqui distinto —ya visto en *Sobre la misma tierra* y *Guachimanes*, y fuera de esa nacionalidad pero igualmente diferenciado en su actitud, en *Cassandra*—, el joven Tony Roberts. El yanqui “bueno” de Otero Silva es un ingeniero tejano, hijo de un socialista norteamericano; tiene noción de los derechos obreros y en el fondo los acepta y hasta comparte puntos de vista reivindicativos de los trabajadores, pero nunca se atreverá a defenderlos públicamente. Prefiere ganar dinero y seguir su camino individualista. La amplia descripción de Roberts y su condición especial (p. 94-97), se complementa con su desenvolvimiento —poco convincente— como personaje: tiene una novia venezolana, se casa con ella, se va de la Compañía petrolera, abre un taller mecánico para automóviles y se queda en la zona como un resultado del aluvión petrolero.

Sin embargo, de manera desconcertante, Tony Roberts, el yanqui distinto, desde el comienzo da señales de solidaridad con la protesta de los obreros, así lo haga en el tono de sordina con que repite los “¡abajo el imperialismo de mierda!” de Secundino Silva ante el abuso cometido con el cadáver del silencioso indio Gabino (p. 61). Y así mismo demuestra una conciencia plena de la situación: explica cómo se enriquecen y viven los

accionistas de la Compañía:

—Ya le han sacado a este brazo de sabana millones y millones de dólares. Tantos millones que usted, mi querido amigo Secundino Silva, se moriría de susto si Tony le dijera la cifra exacta. Los accionistas de la Compañía, que nunca han visto esta sabana ni en fotografías, se han comprado yates, palacios, escuadras de automóviles, colecciones de platos de porcelana, gargantillas de brillantes para las coristas; han ido muchas veces a Hawái, a la Semana Santa de Sevilla y a la ruleta de Montecarlo; han importado masajistas, pedicuros y cocineros franceses. Mientras tanto los hijos de los obreros que sacaron el petróleo comen tierra junto al rancho. Mientras tanto, mi querido amigo Secundino Silva, el aguardiente, el analfabetismo y la desnutrición son las tres divinas personas de este Paraíso. (p. 245).

○ dice cosas significativas con aire pintoresco:

—La última transformación química del petróleo, aquella que convierte el aceite refinado en dividendos, es la parte más interesante y más curiosa de la industria petrolera —insistía Tony Roberts un poco borracho. (p. 125).

Casi exclusivamente a Roberts corresponde hacer planteamientos de profundidad respecto al petróleo, la Compañía y el sentido general de la explotación de Venezuela, lo cual reduce la significación denunciadora de lo expuesto, resta fuerza a las ideas que no corresponden a la conciencia antiimperialista de uno de aquellos que debían sentirla más hondamente en carne y en tierra propias. Es el mismo Roberts quien expresa una idea de gran contenido para el reflejo de la verdad del proceso petrolero en Venezuela, que se asimila a otra semejante de *Cassandra*:

—Esos tubos vienen desde los pozos e irán a parar a la orilla del mar, a un muelle donde estarán esperando los tanqueros de la Compañía para llevarse el petróleo de ustedes al extranjero. Allí lo refinarán y después se lo volverán a vender a ustedes mismos como gasolina por cincuenta veces su valor. (p. 169-170).

Por encima de todo *Oficina N° 1* ofrece el proceso de nacimiento y de desarrollo de un campamento petrolero, la atmósfera de ciertos aspectos de la región y la pintura de algunos personajes secundarios bien

sugeridos y proyectados con acierto. Desde el punto de vista de los planteamientos sobre el petróleo, es poco lo que aporta. Amplía el sector de visiones novelescas del petróleo en el Oriente venezolano, añade elementos descriptivos de los ambientes específicos, agrega algunos señalamientos documentales sobre la gestación de los sindicatos. En el fondo, las limitaciones de *Oficina N° 1* en estos aspectos significativos para la evolución del tema, provienen de que es tal vez la única novela de las vistas en estas páginas que no tiene una posición definida ante el problema. Otero Silva no se precisa en su enfoque de la explotación del petróleo en Venezuela. Tiene qué pintar; qué escribir; pero no qué decir. Y la ausencia de opinión sobre el petróleo es la peor enemiga para escribir una novela petrolera, justamente sobre un asunto básico para entender la realidad venezolana y que exige, como la misma situación del país, una posición clara, expresa. La aparente objetividad de narrador puro es una forma de evasión o de complicidad. La explotación petrolera en Venezuela, aun en una obra de arte como es una novela, tiene que verse con valentía, con sinceridad. Si se quieren defender posiciones de dignidad nacional, de interés popular; hay que llegar hasta el fondo y descubrir al imperialismo yanqui y a sus cómplices. Otero Silva no quiso caminar en ese sentido. De allí que *Oficina N° 1* sea muestra de un gran tema desperdiciado: obra inacabada, de media ruta.

Al final del itinerario trazado al comenzar esta “Breve historia del tema petrolero en la novela venezolana”, y ahora cubierto, un balance nos da el siguiente resultado: más de medio siglo —cincuenta y dos años exactamente— de evolución del tema petrolero en novelas y obras de tipo novelesco; siete novelas que pueden considerarse precursoras en el tratamiento del asunto; cinco que tocan el tema en mayor o menor grado; siete de carácter petrolero propiamente dicho, de las cuales sólo cinco pueden considerarse como novelas del petróleo: *Mancha de aceite*, *Mene*, *Guachimanes*, *Casandra* y *Oficina N° 1*, fragmento de novela una: *Remolino* y esbozo de novela otra: *Campo Sur*. Como se observa, en cuanto a producción novelística petrolera especial el cómputo es pobre, por no decir desolador. En cambio en cuanto al camino recorrido por el tema hasta la actualidad, en relación a la evolución de la gigantesca industria petrolera y a la propia historia del país, el proceso es rico en elementos significativos y aleccionadores, como se ha visto en las páginas anteriores.

Notas:

- ¹ En declaraciones a la prensa, el 6 de setiembre de 1902, Cipriano Castro acusó a la New York and Bermúdez Company de haber dado 150.000 dólares al terrateniente Manuel Antonio Matos para llevar adelante su llamada Revolución Libertadora y derrocarlo del poder.

Posteriormente el gobierno venezolano reclamó a la compañía el pago de una elevada suma en millones de bolívares como indemnización por sus deudas al fisco; y ante la negativa del consorcio extranjero a pagar, se procedió a su embargo. De allí se derivaron protestas y amenazas en el tono imperialista yanqui, y después reclamaciones de esa y otras compañías del Norte, que condujeron al cierre por parte de Estados Unidos de su Legación en Caracas, y tuvieron evidente relación con el fin del gobierno de Castro.

El hecho es presentado y sutilmente comentado por Eduardo Machado: *Las primeras agresiones del imperialismo contra Venezuela*. México, 1957, p. 51, 56-59.

- ² En 1907 la concesión a favor de Andrés J. Vigas, en el distrito Colón del Estado Zulia, fue comprada por la Colon Development Company (que ahora pertenece a la Shell). La concesión a favor de Antonio Aranguren, en los distritos Bolívar y Maracaibo del Estado Zulia, fue adquirida por la Venezuela Oil Concessions (del grupo Shell). De su parte la concesión dada a Francisco Jiménez Arráiz, en distritos de Zulia y Falcón pasa a manos de la North Venezuelan Petroleum Company; y la otorgada a Bernabé Planas en el distrito Buchivacoa del Estado Falcón, a la British Controlled Oil fields. Ver: Federico G. Baptista. *Historia de la industria petrolera en Venezuela*. Caracas. Edición de la Creole Petroleum Corporation. 1960. p. 4.
- ³ No es de extrañar que Ayala hable de *minas de asfalto* sin referirse al *petróleo*, pues para la época lo más común era considerar la existencia de lagos y minas de asfalto natural (igual al *mene* de los indígenas), que era, por otra parte, lo más visible y palpable. Será posteriormente cuando las ventajas del asfalto obtenido por proceso artificial harán casi olvidar al natural.
- ⁴ Para el texto completo de los fragmentos citados de *Lilia*, ver Apéndice I.
- ⁵ Respectivamente p. 105 y 108. Para el texto completo de los fragmentos citados de *Elvia*, ver Apéndice II.
- ⁶ En nota enviada entonces por Grover Cleveland, Secretario de Estado norteamericano, a Lord Salisbury, Primer Ministro británico, se afirmaba: "Los Estados Unidos son virtualmente soberanos este continente y sus fallos representan la ley en cuanto a los sujetos a los cuales alcanza su interposición". Citado por Eduardo Machado, ob. cit., p. 41 (ver nota I).

- ⁷ El término de *mina* (presente varias veces en la novela de la p. 128 en adelante), era, sin duda, el más tradicional para los yacimientos bituminosos. En los más antiguos Decretos de la Real Corona de España ya se habla de “minas de plata, oro, plomo y otras clases de metales, o cualquier otra cosa semejante”. Igualmente en las Leyes de Indias, de 1602; y en especial en las Ordenanzas de 1783 de la Real Corona de España, que fueron ratificadas en 1829 por decreto de Simón Bolívar; donde se mencionan no solamente “minas de oro y plata, sino también minas de piedras preciosas, cobre, plomo, estaño, antimonio, calamina, bismuto, sal gema, y cualesquiera otras materias fósiles, así sean éstas minerales perfectos, bitúmenes o jugos de la tierra, y se hará una provisión apropiada para la adquisición, aprovechamiento y desarrollo de la misma”.
- ⁸ Parece claro que esta venta pudiera hacerse sin mayores trámites, pues a pesar de la gran tradición, desde tiempos coloniales, del principio de propiedad de la nación de todas las riquezas minerales del subsuelo (presente en las Leyes de Indias y en especial en las Ordenanzas de 1783 ratificadas por Bolívar; ver nota 7), fue ya entrado el siglo XX cuando el gobierno venezolano comenzó a preocuparse por reglamentar más exactamente la explotación petrolera, y sólo en 1922 cuando se promulgó la primera Ley de Hidrocarburos de Venezuela.
- ⁹ La concesión fue dada al Dr. Rafael Max Valladares, quien en seguida la pasó a la Caribbean Petroleum Company subsidiaria de la General Asphalt Company of Philadelphia (ahora del grupo Shell). La concesión dio derecho exclusivo a explorar por dos años una enorme zona compuesta por doce estados y el Territorio Delta Amacuro; tiempo en el cual debían hacerse los denuncios de explotación que la compañía quisiera conservar, con duración de treinta años y prórroga posible por otros treinta. Todo ello sancionado por la ley de Minas de 1910. (Ver: Federico G. Baptista, ob.cit.,p.4-5).
- ¹⁰ El descubrimiento del campo de Mene Grande fue uno de los mejores frutos de la concesión Valladares, que incluía justamente ese denuncia de explotación en el distrito Baralt (antes distrito Sucre) del Estado Zulia. Las compañías petroleras extranjeras en Venezuela consideran a 1914 como el punto de partida de sus actividades comerciales, ya con resultados positivos para ellas en cuanto a beneficios se refiere. De allí que en 1964 estos trusts petroleros internacionales conmemorasen sus cincuenta años de vida y dividendos en el país; y en la prensa de Caracas no fueron pocas las alusiones al hecho, hasta en la forma de heroicos y patrióticos anuncios ilustrados, pagados por las compañías y destinados a recordarles a los venezolanos el extraordinario esfuerzo económico realizado por los inversionistas foráneos a lo largo de medio siglo y el agradecimiento con que deben corresponderles los nacionales.

¹¹ Para el texto completo de los fragmentos citados de *Tierra del sol amada*, ver Apéndice III.

¹² “Cuando a fines de la Primera Guerra Mundial se inicia en Venezuela la exportación petrolera, la economía venezolana dependía fundamentalmente de la agricultura. Este sector ocupada alrededor del 80% de la población activa y aportaba, aproximadamente, el 70% de la producción de bienes materiales, así como la casi totalidad de las exportaciones”. (Armando Córdova. “La estructura económica tradicional y el impacto petrolero en Venezuela”. Revista economía y Ciencias Sociales. Facultad de Economía de la Universidad Central de Venezuela. Año V. N^o 1. Caracas, enero-marzo de 1963. p.7)

¹³ Maza Zavala nos dice “La estructuración de la actividad petrolera puede ubicarse históricamente entre 1917 y 1929”. (D. F. Maza Zavala. “La economía venezolana”. En Venezuela 1^a. Caracas. Facultad de Economía de la Universidad Central de Venezuela. 1963).

Edwin Lieuwen llama este período “boom era”. (*Petroleum in Venezuela. A history*. Berkeley (Estados Unidos) University of California Press. 1954. p. 33).

De esas setenta y tres compañías operantes en 1929, tuvieron verdadero éxito los grupos que ahora constituyen la Shell, la Creole Petroleum Corporation y la Venezolana Gulf Oil Company /subsidiaria de la Mene Grande Oil Company)

¹⁴ Maza Zavala, ob. Cit. En nota 13. En esa misma página (sin número) añade al pie: “En el año 1926 la exportación de hidrocarburos se cifró en Bs. 247 millones, en comparación con Bs. 149 millones de otras exportaciones”.

¹⁵ Para el texto completo de los fragmentos citados de *La bella y la fiera*, ver Apéndice IV.

¹⁶ Sobre el conocimiento de la existencia de yacimientos de petróleo, revelados a flor de tierra y de agua, en la playa de la punta occidental de la isla de Cubagua, en el lugar denominado La Brea, hay diversos testimonios entre cronistas y correspondencia de funcionarios de tesorería de la Corona Española. Por ejemplo, son conocidas las referencias hechas por Juan de Castellanos y Fernández de Oviedo, así como una famosa carta del tesorero Francisco de Castellanos donde revela su obligación, de enviar hacia España en cada navío “azeite de petrolio”. De su parte Fernández de Oviedo habla de “*stercus demonis*” de “*petrolio*” y de “*asphalto*”. Se desprende de los cronistas la clara presencia de grandes manchas de aceite, visibles a buena distancia, sobre el mar, en el sitio señalado de la isla. Asimismo, son precisos –al igual que Antonio de Herrera–, en cuanto a las aplicaciones medicinales del petróleo, reconocidas en la época.

Como dato pintoresco complementario se añade el hallazgo en el Archivo de In-

días de células donde la emperatriz Isabel da órdenes para que se le envíe “aceite petrolío” de Cubagua.

Acerca de estos asuntos y otros relativos a los intentos de explotación del petróleo en Cubagua concretamente sobre concesiones de explotación solicitadas por particulares entre 1921 y 1937, ver: Justo Simón Velásquez. “Petróleo en Cubagua”. Revista *El Farol*, N^o 171. Caracas, julioagosto de 1957. p. 1013; y: “Hace de esto 418 años: petróleo de Cubagua para Su Majestad La Reina”. Revista *El Farol*, año XX. Caracas, mayojunio de 1958, p. 2425.

- ¹⁷ Para el texto completo de los fragmentos citados de Cubagua, ver Apéndice V.
- ¹⁸ Para el texto completo de los fragmentos citados de *Odisea de tierra firme*, ver Apéndice VI
- ¹⁹ Miguel Toro Ramírez es autor de obras teatrales y de un grupo considerable de novelas. Estas últimas son: *Los ilusos* (1925), *Pecados veniales* (1925), *El gallo pelón* (1929), *La señorita bien* (1929), *El señor Rasvel* (1934), *Las apasionadas* (1935), *Fango* (1936) y *El manifiesto de un provinciano* (1936).
- ²⁰ El fragmento completo es el siguiente: “Jóvenes ingenieros fueron becados en los mejores centros técnicos educacionales del extranjero para que recibiesen la preparación necesaria con el fin de que ocuparan los cargos directivos de esta Oficina. Así se preparó un personal especializado, que ha protegido los intereses de la nación y garantizado a las compañías una administración equitativa e inteligente de la política petrolera del gobierno”. Y se encuentra en: Federico G. Baptista. Ob.cit. en nota 2, p. 28.
- ²¹ Para el texto completo de los fragmentos citados de *El señor Rasvel*, ver Apéndice VII
- ²² César Uribe Piedrahita (1897-1951) es figura sobresaliente en la novela colombiana contemporánea. Médico y hombre de letras, gran amante de las regiones selváticas, su personalidad novelística ha sido vinculada con la de su compatriota José Eustasio Rivera; y ello en especial a raíz de la publicación de la primera novela de Uribe Piedrahita, *Toá* (1933), apasionante relato sobre la vida de caucheros e indígenas en la selva amazónica colombiana. Si se añaden los valores literarios de *Toá* a la significación singular de *Mancha de aceite* es posible tener noción de la importancia de este autor poco favorecido por la crítica oficial.
- ²³ José Agustín Silva Michelena. “Hipótesis sobre el cambio social en Venezuela”. En: *Venezuela 1^a*. Caracas. Facultad de Economía de la Universidad Central de Venezuela. 1963.
- Silva Michelena precisa en nota correspondiente que el dato proviene de un estu-

dio especial preparado para el Ministerio de Agricultura y Cría. Y añade que del *Anuario Estadístico de Venezuela* se desprende que el valor de las exportaciones pasa de 170,6 millones de bolívares en 1920, a 711,7 millones de bolívares en 1935.

²⁴ Respectivamente p. 52 y 3637, 3940.

Desde 1913 la Colon Development Company (de la Shell) exploró la zona oeste del Lago de Maracaibo, y a partir de entonces hubo incursiones de los motilonos contra los petroleros, con saldo de muertes. Los campamentos tuvieron necesidad de una vigilancia especial día y noche. (F. G. Baptista. Ob. cit. en nota 2, p. 1012).

En realidad la actitud hostil de los motilonos –víctimas de no pocos desmanes y despojos de parte de los petroleros– se mantiene todavía en la actualidad, con ocasionales desenlaces sangrientos.

²⁵ p. 40, 61, 69.

El intento de objetividad de Uribe Piedrahita es eminentemente realista. Son petroleros quienes defienden sus puntos de vista. Queda al lector juzgar por sí mismo de las “bondades” de la explotación petrolera para el país. El equilibrio objetivo no lleva a *Mancha de aceite* a caer en la ingenuidad del “yanqui bueno” de *Sobre la misma tierra y Oficina N^o 1*.

²⁶ p.107,129.

Como se verá más adelante, cuando se trate el tema de la gestación sindical en particular, la formación de los primeros sindicatos petroleros data de 1936, pero son el resultado de una serie de protestas huelgarias e intentos de agrupamiento gremial de varios años atrás. (Ver: Rodolfo Quintero. “Las bases económicas y sociales de una aristocracia obrera en Venezuela”. *Economía y Ciencias Sociales*, revista de la Facultad de Economía de la Universidad Central de Venezuela. Año V. N^o 2. Caracas, abril-junio de 1963, p.95).

²⁷ Para el texto completo de los fragmentos citados de *Mancha de aceite*, ver Apéndice VIII.

²⁸ Esta ubicación, aparte de provenir de los hechos mismos que narra la obra, es dada de manera precisa por Díaz Sánchez en el prólogo a su novela *Casandra* (1^a ed. Caracas. Edic. Hortus. 1957.p.12).

²⁹ El fragmento completo de los juicios de Díaz Sánchez es el siguiente: “*Mene* es un libro de la juventud en el que no escasean las incorrecciones formales. Su mérito consiste en su carácter documental y en la sinceridad con que fue escrito, en una época en la que los trabajos de esta índole estaban rodeados de peligros materiales en nuestro país. En él no se pretende, ni con mucho, agotar el apasionante tema del petróleo venezolano. Lo inexplicable es que las lagunas y defectos que contiene no hayan sido superados hasta hoy por otros escritores nuestros. Difícil

resulta justificar el que aquellos que se han detenido a señalar sus deficiencias, no hubiesen abordado la tarea de mejorar este desnudo testimonio de nuestra época, en el clima de relativa libertad de estos últimos tres lustros". (De la solapa posterior de *Mene*. 3ª ed. Caracas. Editorial Ávila Gráfica. 1950).

- ³⁰ El fragmento de *Remolino* viene acompañado de otras obras de Ramón Carrera Obando: "Lenguas de esquina" (cuentos y relatos) y "Poemario ovancista", en el tomo: *Güina*. Carúpano. Empresa "El Popular". 1940. 115 p. (La colección de cuentos incluye uno titulado *Güina*, que da nombre a todo el volumen).

Con respecto a *Remolino*, hasta el presente no ha sido posible averiguar si alguna vez se publicó de manera íntegra.

(La numeración de páginas señalada en el texto corresponde a la totalidad del volumen).

- ³¹ De acuerdo a las informaciones ofrecidas por Federico G. Baptista (Ob.cit.p.21-22; ver nota 2), el campo de Quiriquire, situado a una distancia de alrededor de 27 kilómetros al sudoeste de Caripito, fue descubierto en 1928 por la Standard Oil of Venezuela. Un año después se hizo evidente el "valor real del descubrimiento". Y hasta fines de 1959 se habían perforado en ese campo 641 pozos.

Para tener una idea de la riqueza del campo de Quiriquire, baste decir que ha sido uno de los más pródigos de todo el país sólo superado por tres o cuatro de la fabulosa costa este del lago de Maracaibo y alguno de la costa oeste.

- ³² "Fue tan rápida la subsiguiente expansión de estos campos, que en 1937 Venezuela había sustituido a México como el segundo país productor; con el 40 por ciento del comercio mundial de exportación de petróleo. Más del 99 por ciento de esta cantidad estaba bajo el control de tres compañías: cerca de la mitad por la Standard de Nueva Jersey (Creole), un tercio por la Shell y el resto por la Gulf (Mene Grande)". Harvey O'Connor: *El imperio del petróleo*. (The Empire of Oil) 2ª ed. en español. Buenos Aires. Editorial Platina, 1958. p.279.

- ³³ José Giacopini Zárraga, especialista en asuntos petroleros, y más directamente "Ejecutivo" de la Compañía Shell de Venezuela, considera que en 1942 se cierra un lapso, que había empezado en 1933, de recuperación con respecto a la crisis mundial que se había iniciado en 1929. Y para el siguiente período de auge señala las fechas: 1944-1948. ("Política de las empresas petroleras". En: *Conferencias de extensión cultural* en la Escuela Superior de la Fuerza Aérea. Caracas. 1962-1963. p. 134-135).

- ³⁴ Tal vez podría encontrarse una explicación para esta sorprendente ausencia en las razones que Juan Liscano subraya al buscar el origen del optimismo que, a fin de cuentas, anima a *Sobre la misma tierra*: "Gallegos se ha dejado seducir por el momento histórico que vive su país. El presidente, general Isaías Medina Angarita, pro-

picia un régimen liberal que augura un proceso posible de evolución progresista. La Presidencia de López Contreras terminó respetando la alternabilidad republicana pautaada por nuestra ley constitucional". (*Rómulo Gallegos y su tiempo*. Caracas. Ediciones de la Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela. Biblioteca de Cultura Universitaria. 1961. p. 161). En tales condiciones, Gallegos no hubiera querido comprometer el buen nombre del gobierno, que él más bien aspiraba a consolidar. Sin embargo, esta posición parece demasiado oportunista y superficial para ser adoptada por un escritor de pensamiento penetrante como Gallegos.

³⁵ Lowell Dunham. *Rómulo Gallegos, vida y obra*. México. Ediciones De Andrea. Colección Studium. 1957. p. 274-275. Anson C. Piper. "El yanqui en las novelas de Rómulo Gallegos". En: *Iberoamérica*. (Sus lenguas y literaturas vistas desde los Estados Unidos). México. Ediciones De Andrea. Colección Studium. 1962. p. 113-118.

³⁶ Esta novela, al igual que alguna otra más adelante, sólo se incluye con el propósito de dar ejemplos de la presencia del tema a manera de asunto incidental, en obras orientadas hacia la captación de otros ambientes, como una demostración de la importancia general del problema petrolero, hasta el extremo de que es imposible hablar de aspectos esenciales del país sin tocarlo aunque sea de pasada.

Del mismo modo cabe citar, con carácter de señalamiento temático, aunque no sea propiamente una novela pero sí un relato novelesco la idea para una película venezolana, *Marcos Manauere* (Caracas. Editorial Ávila Gráfica. 1950. 63 p.), de Aquiles Nazoa. Al intentar plantear un asunto de hondas raíces nacionales, de alcance popular, Nazoa no se queda sólo en el problema vital de la tenencia y el cultivo de la tierra, sino que entra además en buena proporción en el desajuste económico y espiritual provocado por el atractivo del petróleo, en el éxodo campesino, en el despojo de tierras por parte de las Compañías, en el falso progreso; todo lo cual lleva al desenlace de sangre y de muerte que rodea a los pozos incendiados, al río ardiendo en su capa de petróleo como un símbolo de destrucción y desgracia para todos.

³⁷ Novela de publicación muy tardía. Había sido escrita veinticinco años antes, como declara el autor en nota epilodal explicativa de esta circunstancia y del sentido mismo de la obra.

La casa de los Abila va fechada de este modo, en cuanto a la época de su composición: "La Rotunda. Celda 41. 1920-1921".

³⁸ Al igual de *La casa de los Abila*, de Pocaterrea, *Guachimanes* fue escrito por Bracho Montiel muchos años antes de su publicación, en 1936, y también bajo infamante encarcelamiento político. En nota en la solapa del libro el autor revela que todo lo

escrito “dentro de la dolorosa penumbra de un calabozo de la llamada Cárcel del Obispo, en Caracas, quedóse al fin siendo lo que es hoy después de dieciocho años”.

³⁹ Míster Charles representa el caso del revolucionario que viene como empleado de la petrolera. Ya trae su actitud ideológica, la mantiene en el país explotado y trata de difundirla. Nada se le da repentinamente por inspiración de responsabilidad o compasión humana sorpresiva. Como proveniente de un medio socialmente, y sobre todo proletariamente más avanzado, le toca aportar experiencias y conocimiento. Es una posibilidad mucho más definida, concreta y verosímil, que la del bueno de Hardman en *Sobre la misma tierra*, por ejemplo.

⁴⁰ *L'implantation de l'industrie pétrolière au Vénézuéla, vue par les écrivains: romanciers, conteurs et essayistes*. (Mémoire pour le Diplôme d'Etudes Supérieures). Institut d'Etudes Hispaniques de Paris. 1959. p. 50.

Sin embargo esa circunstancia no le impide a Gloria Stolk repetir, sin razón, el lugar común de que esta novela “está llena de personajes vivos, cuya realidad nunca es borrosa” (“Casandra” [reseña]. *Revista Nacional de Cultura*. Año XX. N^o 128. Caracas, mayo-junio de 1958. p. 168). Y ello respondiendo al viejo axioma de que toda creación de autor consagrado está llena de cualidades y logros, entre los cuales ocupa siempre destacado lugar el de los “personajes vivos”. Justamente lo que no aparece por ningún lado en *Casandra*.

⁴¹ Precisamente el año de publicación de *Casandra* corresponde a un período de particular expansión en la industria petrolera en Venezuela a partir de la crisis de Suez en 1956-57. Es el momento de los “extraordinarios niveles de rentabilidad de los dorados años” de la dictadura perejimenista. (Colegio de Economistas. “La explotación petrolera en Venezuela”. En: *Diagnóstico de la Economía Venezolana*. Caracas. Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela. 1964. p. 48 y 49). Como dato revelador de la transformación radical ocurrida desde la época de la explotación incipiente hasta la etapa actual de gigantesco desarrollo, puede señalarse que la producción petrolera se sextuplica de 1935 a 1957.

⁴² En el epílogo de la novela sólo se alude indirectamente al “nuevorriquismo derivado del petróleo para sus beneficiarios. Es en el prólogo del autor (“En la plaza Bolívar”) donde se precisan de manera clara puntos de vista sobre el período posterior a la acción de *Casandra* y aun cercano a su fecha de edición. Por otra parte, aunque son ideas supuestas en boca del personaje –supuestamente real– de José Ubert, revelan criterios del propio autor. José explica así la “tercera etapa” del proceso petrolero:

“Pues la define como la etapa del tecnicismo y de las rectificaciones realistas. Estu-

die el asunto y verá hasta dónde pueden alcanzar todavía esas modificaciones. Hoy poseemos una noción más concreta de nuestro petróleo, de sus numerosas aplicaciones, de lo que puede y debe aún producirnos...

Si quisiera explicarse mejor...

Voy a hacerlo, tome usted nota. Hemos hecho pagar a las compañías petroleras lo que nos corresponde como dueños de esa riqueza; las hemos inducido a tratar al trabajador criollo como un ser humano; hemos visto reflejarse en la economía del país el enorme tesoro de nuestro subsuelo; ahora nos preparamos para explotar, por nuestra cuenta y con nuestros propios recursos, la cuota de aceite que nos corresponde. ¿Le parece a usted poco?" (p. 1213).

⁴³ Ver: Germán Carrera Damas. "Proceso a la formación de la burguesía venezolana" (A propósito de "Los Riberas", de Mario Briceño Lagorrry). *Crítica Contemporánea*, Nº 5. Caracas, mayo-junio de 1961. p. 1122.

⁴⁴ El pequeño libro contiene, además de *Campo Sur*, el relato del mismo autor titulado: "Biografía de un hombre cotidiano", parcialmente relacionado con el tema petrolero. Ver Apéndice IX.

⁴⁵ De acuerdo con el mecanismo petrolero "resulta perfectamente factible que los ingresos de una de las partes se eleve a costa de los ingresos de la otra, no sólo en términos relativos sino incluso en términos absolutos, es decir, que los beneficios de las empresas aumenten mientras se reducen los ingresos fiscales petroleros. Esta es, precisamente, la tendencia que se viene observando a partir de 1959, la cual se traduce en una declinación de los ingresos petroleros del fisco, mientras crece el volumen de producción y el monto de los beneficios de las empresas". ("La explotación petrolera en Venezuela", p. 125. Ver nota 41).

⁴⁶ La aparente redundancia vale en el sentido de destacar la diferencia de una novela ágil en su narración, regida por lo "novelesco", de lectura suelta, como ésta, con respecto a las novelas más morosas, reflexivas u oscuras, cuando no fatigantes.

⁴⁷ Para la sustentación de ese tema y la reconstrucción histórica, Otero Silva contó con la inapreciable ayuda no sólo de documentos al respecto y de viajes a la zona, sino con algo que significa particular vivacidad y fuerza expresiva, calor humano y posibilidad de indagación a voluntad: informantes orales. En efecto, propios actores de la novela o grandes conocedores de los hechos allí narrados ofrecieron sus recuerdos a la tarea de evocación de un pasado no muy distante y por ello bastante claro y comprobable. Ideal oportunidad para un novelista.

⁴⁸ F. G. Baptista. Ob. cit. p. 23. (Ver nota 2).

⁴⁹ Ver nota 26.